

LEGADOS

HORACIO ESBER



Literaria Pandora

HORACIO ESBER

Horacio Esber ha editado y publicado *El ojo del perezoso* (Lerner, 1999), *El familiar* (Lerner, 2000) y, a través de Editorial De La Campana, *Algo va a Pasar* (2002), *Llegar a Tilcara*, (2003) y *Las nueve muertes del Tusta Anastasio Frassoldatti* (2007).

En 2012 publica *Supé La Habana*, novela que da comienzo al sello Literaria Pandora.

El autor es cordobés por adopción, tiene dos hijas y participó en el Taller Literario de Héctor Lastra.

Legados

HORACIO ESBER

Legados



LiterariaPandora

Esber, Horacio Eduardo

Legados / Horacio Eduardo Esber. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Horacio Eduardo Esber, 2016.

245 p. ; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-42-1542-0

1. Novela. I. Título.

CDD A863

© Horacio Esber, 2016

Dibujo de tapa e interiores: Claudia Sanz Bayeto

Foto de contratapa: Horacio Esber

Corrección: Diego Alfaro Palma

Diseño Gráfico: Guadalupe Serra

ISBN 978-987-42-1542-0

Queda hecho el depósito que marca la ley N° 11.763

Libro de edición argentina.

Impreso en Argentina.

A mis hermanas Marta y María del Carmen

A Thai

*La chica no bebe
La chica no piensa
es la chica que
Antaño
es antaño fue
¡Así!*

Ruth Weiss¹

Me apropio, para esta novela, de las palabras de Victor Serge expuestas en la suya titulada *El caso Tuláyev*:

“Esta novela pertenece al dominio de la narrativa. La verdad que crea el novelista no puede confundirse, de ningún modo, con la verdad del historiador o del cronista. Toda pretensión de establecer una relación precisa entre los personajes o episodios de este libro y los personajes y hechos históricos conocidos no tendría, por tanto, justificación”.

1 Weiss, Ruth (2015): *Beat Attitude*. Antología de mujeres poetas de la generación beat. Madrid, Bartleby Editores – Edición Bilingüe, pg. 123.

1

Maidana

1)

Había algo sobrenatural en esa casa. Quizá fuera su fachada antigua, un poco triste. Los siete escalones de piedra, la puerta enrejada y su base de chapa negra. Tal vez fuese el largo, frío corredor de piso abaldosado que separaba la cancel de entrada del primer patio. O los marcos de las ventanas, con hierro poblado de óxido. Las paredes empapeladas. El prehistórico ciruelo del patio trasero. Como sea, cada vez que Daniel Altamirano visitaba a Maidana, una o dos cuadras antes de llegar un ligero estremecimiento lo atravesaba.

Desde que lo conocí supe que él no sería una persona más en mi vida. Al principio pensé que a lo mejor llegó para que la inaudita y definitiva ausencia de mi padre no fuera desmedida. Maidana se le asemejaba: su andar desgarrado, las manos grandes, los dedos largos. La manera que tenía de enojarse. Más que todo eso, él compartía con mi viejo un cierto modo de narrar el ayer, ese, que los atormentaba. En cierto sentido, la manera de

relatar la he tomado prestada; me gusta que mi voz vaya y venga desde el presente al pasado o al futuro y viceversa. A lo mejor porque no creo en la linealidad del tiempo, más bien pienso en la verdad de su circularidad; aunque puede que tenga otra explicación para esto: me ayuda a sobrellevar este encierro definitivo contándolo todo, escribir algunos sucesos y narrar en voz alta los otros. Y acaso mi lenguaje sea algo rebuscado, a veces un poco solemne, no sé por qué, me ayuda a sobrellevar esta carga demasiado pesada.

El padre de Daniel, Roberto, había muerto cinco meses antes de que Maidana apareciera en la puerta de su departamento. Una manera incomprensible de morir. Su amigo Mime Romero, ex campeón argentino de Rally, se lo advertía siempre: “Un día no vas a contar el cuento, Roberto”.

Y así fue, volcó con su Peugeot 405 a la salida de la Avenida Lugones hacia mediados de marzo de 2012.

Y casi desde ese mismo momento, para Daniel las relaciones de tiempo fueron perdiendo toda variación, como si cada acontecimiento de su vida pudiera quedar fusionado en un único instante.

Mi mamá vino a darme la noticia, fue sólo verla y saber. Estaban divorciados igual ella llora mucho.

Agustina era la novia de Daniel, estudiaba Arquitectura pero le gustaban los testimonios y la memoria, las cuestiones sociales. Investigar: meterse a fondo en las historias que le contaban. Estaba de acuerdo con medidas del gobierno, por

ejemplo la Asignación Universal por Hijo. Agustina aseguraba que los grupos de gays, lesbianas, bisexuales y trans eran tan maravillosamente subversivos que por eso se identificaba más con ellos que con cualquier sindicalista o dirigente estudiantil. También que había que empezar a cuestionar la maternidad ya que no era una obligación ineludible para cualquier mujer. Decía que eligió estudiar Arquitectura porque era muy adolescente y prefirió darle el gusto a sus padres; arquitectos los dos, con algo de fama se dedicaban a las exposiciones, el Malba, Casa FOA, cosas por el estilo.

Nos conocimos hace dos años, Agus cumplía veintiuno y yo veintitrés, amigos comunes decidieron que festejáramos juntos. Nos pusimos de novios al toque. Nos llevamos bien, nos gustan cosas similares. Por ejemplo, el fútbol, a ella más que a mí. La música. Leer. Fumar fasos alguna vez. El té de San Pedro. Pensar en el futuro, el nuestro, a mí más que a ella. Y ser curiosos. Mucho. Descubrir las cosas que a otros les importan. Intuir lo que viene, descifrar cómo fue, cómo es. Adora sacar fotos. A mí no tanto.

Usted sabe que me llamo Daniel, lo que no sabe es que desde la secundaria todos me conocen como el “Negro Altamirano”.

*

El Negro trataba de concentrarse en reseñar el capítulo XXI: “Los objetos tabuados” de *La Rama Dorada: magia y religión* de James Georges Frazer; el timbre del portero eléctrico lo sacó de su tarea. Maidana se presentó diciendo que su padre, en vida,

se lo había pedido y que él estaba ahí para cumplir con eso; también por otra cosa. El Negro, más adelante, notaría que su buen aspecto solía contrastar con su parquedad (de gestos y a veces de palabras) y aunque se habituaba a eso, en aquel minuto le resultó un tanto chocante. Sabía de su existencia, su padre le había mencionado su nombre y la amistad que los unía. Fueron muchas las veces que Roberto había dicho que se quedaba dormir en Florida, en la casa de Maidana. Al menos con eso se justificaba hasta que llegó el divorcio. Eso sí, nunca explicó de dónde lo conocía, ni tampoco por qué eran tan amigos.

Una tarde de septiembre, a mis quince años, mi viejo me dijo con tono serio, mientras salaba la carne del asado:

-Oíme, Negro, si yo me voy y no vuelvo por un tiempo largo, por cualquier cosa que te haga falta, guita, consejos, un médico para hacer un aborto, un abogado por si fajaste alguien, lo que sea, andá a ver a Maidana.

-Si no lo conozco, papá.

-No importa, vos sabés dónde vive, andá y decile quién sos.

No hizo falta que fuera porque él estaba ahí, debajo del marco de la puerta, escasos centímetros separaban su cabeza del travesaño, las manos metidas en los bolsillos de la gabardina marrón, los grandes ojos oscuros, fijos, observándolo todo. Estuvo apenas diez minutos, le pidió que fuera a visitarlo al menos una vez al mes. Que no se preocupara, no haría preguntas. Quería cumplir con su promesa:

-Tu viejo significó mucho para mí... más que cualquiera de mis parientes, o que la gente de afuera. Roberto me sostuvo todo este tiempo, ¿entendés?

Y se fue.

¿Sabe? No alcancé a darme cuenta entonces, a comprender lo que ese gigantón correntino me estaba diciendo. No sólo venía a ofrecerme ayuda. Claro que no. Por suerte me avivé poco después, la primera que le hice una visita.

2)

Había asamblea del Centro de Estudiantes en Filo. Agustina lucía más pálida que de costumbre; su piel contrastaba con el gris oscuro de la campera que llevaba puesta. Acompañaba al Negro; no quería participar, sabía que no obtendría nada para sí misma, ni siquiera para su agrupación. Para él, era su aspecto manso, las maneras cuidadas y un natural énfasis de clase lo que atraía la mirada de varones y mujeres. Justo ahí, en medio de afiches y consignas, de pintadas y panfletos.

Sé que ella es linda, sexy también. Muy inteligente. Si bien al principio todo fue parejo entre ella y yo, en algún momento eso cambió. Agus empezó a mandar: qué, cuándo, cómo, dónde. Yo me limitaba a escuchar. Sólo de tanto en tanto se rompe esa monotonía, y se abre la esperanza de que vuelva el tiempo de las cosas decididas entre los dos.

No puedo, tengo que admitir que en general -salvo en la cuestión política-, sus propuestas, ideas y percepción de la realidad van por sobre las mías. Sí, me supera y eso es malo porque sé: puedo perderla. Eso me asustaba. Algunas veces al atravesar el

Botánico, imito a las tribus de Sarawak¹ y busco en los árboles nudos que descubran si ella me engaña. Lo hago desde antes que me dijera que me ama, mucho, pero que no tendría problemas de, si pinta, acostarse con otro; tampoco que lo haga yo. Lo que no aceptaría ni podría, me aseguró, sería sentir que su amor por mí se opaque. O saber que yo amo a otra. Admite que se puede amar a más de una persona a la vez..., que no está hecha para eso.

-Sí, sé que es un poco loco todo -dijo Agustina, y añadió- egoísta y escasamente razonable. Mirá Negro -siguió mientras yo trataba de que mi cara no revelara el pavor en el que había entrado- Sos un tipo entrador, tenés esa forma de hablar, de mirar, encima tocás la guitarra increíble; una mira las cuerdas que vibran con tus dedos, te escucha cantar, huele tu aliento y, no sé, adivina lo que viene. Mirá, Negro -insistió-, lo hacés muy bien, sos muy especial, por eso te amo... but, sé que otras te van a garchar, no me importa siempre que yo sea la única a la que ames.

Aquellas palabras, que serían una especie de sueño para muchas personas de mente abierta, produjeron en el Negro el efecto contrario.

Me achiqué, tuve ganas de largarme a llorar ahí mismo. O reventarla de una piña.

1 "...Muchas de las tribus indígenas de Sarawak tienen la firme convicción de que si las mujeres cometiesen adulterio mientras sus maridos buscasen alcanfor en la selva, se evaporaría el que recogieran. Hay maridos que pueden saber si sus mujeres le son infieles por ciertos nudos en los árboles; se cuenta que en tiempos pasados, muchas mujeres fueron muertas por sus maridos celosos sin más evidencia que la de estos nudos..." (Frazer, James (1998): *La Rama Dorada: magia y religión*. México: Fondo de Cultura Económica, pg 48).

Estaban cenando en *Santé*, un restaurante en Azcuénaga y Peña. Ella Fitzgerald desgranaba su voz armoniosa al tiempo que el Negro trataba de reponerse de la novedad:

-No veo nada de malo ni complicado en eso de darse una refrescadita -soltó la risa y su cara se iluminó-. No digo que contemos, Negro, que me cuentes tus proezas ni yo las mías... para no generar roces, ¿no?, eso sí, saber que el otro puede y que no pasa nada, así se acaba la hipocresía. Negro, tampoco me jodería saber que alguno te tienta, ¿sabés? cada vez que veo a Scarlett Johansson, ¿la tenés? Bueno, me dan ganas de comerle la boca, ¿y quién dice que hay algo de malo en eso?

Ella siguió argumentando, él ya no la escuchaba.

Sabe que pasa, doctor, quiero rescatarme para que Agustina no se dé cuenta lo mal que me pegó lo que dijo.

El Negro fue al baño. Orinaba y hacía saltar las bolitas de naftalina del mingitorio, jugaba con eso para limpiar la furia... y el miedo. Se levantó el cierre de la bragueta y quedó fijo en el espejo, necesitaba asegurar que su cara se mostrara recompuesta.

Regresó. "Dinah", interpretada por Thelonius Monk, sonaba entonces:

-Todo bien -mintió, agarró sus manos-. Te amo, Agus, no te preocupés.

Ella dejó sus ojos en los de él, después llamaron a la camarera.

Por fin, el Negro se soltó del recuerdo porque, ahí, en la asamblea de Filo que estaba por decidir la toma de la facultad había muchos que esperaban su palabra. La ocupación sería en apoyo a los estudiantes secundarios de las escuelas públicas de Buenos Aires, ya que el Jefe de gobierno de la Ciudad acababa de decidir que *El Eternauta* no entraría a las aulas. Los alumnos no podrían expresar sus ideas políticas. Por eso el Negro se disponía a dar fundamento a esa solidaridad propuesta que rechazaba el representante de Franja Morada, la agrupación estudiantil perteneciente a la Unión Cívica Radical. Agustina le dijo algo al oído que él no alcanzó a escuchar porque en ese instante le dieron la palabra.

-Sabemos bien lo que significó Oesterheld para su propia generación, además de su militancia montonera, su intensa lucha también se vio reflejada en cada uno de sus actos que representaron la rebeldía contra la dominación y a favor de la libertad. Las enseñanzas que dejó, la solidaridad y el compromiso con lo colectivo por encima de la individualidad...

El Negro avanzaba desgranando la referencia histórica del autor de *El Eternauta*, deteniéndose brevemente en el sentido subyacente: el héroe verdadero es un intérprete colectivo. Siguió alegando que la prohibición del Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires -“definitivamente no entra y no entra ningún tipo de manipulación, de adoctrinamiento”, representaba exactamente todo lo opuesto a lo que muchos estudiantes deseaban: conocer, comprometerse con la realidad social, elegir de qué lado estar.

-La mordaza que pretenden imponernos se refuerza con esa increíble creación del teléfono bucha, ese que sirve para de-

nunciar las actividades políticas de los compañeros de la secundaria, ¿eso no nos hace acordar a lo que pasaba en la dictadura, cuando se quemaban libros y se fomentaba la delación, la buchoneada?

Desde el centro de la reunión otro estudiante interrumpió el alegato:

-¡Pará, Altamirano, largá el chamuyo! Nos querés meter a todos en el arreglo que tenés con los muchachos del gobierno nacional, ¿quién te convenció?, ¿La Cámpora? Nosotros no vamos a aceptar meternos en la pelea de los gobiernos, el nacional y el de la ciudad.

-¡Nosotros no tenemos ningún arreglo, flaco! Somos socialistas y nos solidarizamos con la lucha de las escuelas públicas en la ciudad, con todos los estudiantes a los que se les prohíbe expresarse impidiendo la lectura de textos como el de Oesterheld y si esto sigue así vaya a saber lo que se viene, por ahí más adelante también prohíban el *Nunca Más* -respondió Gustavo Favalessa, uno de los compañeros del Negro.

-¡El *Nunca Más* lo escribimos nosotros de la mano de Alfonsín! ¿O te olvidas de eso, boludo? - Intervino un estudiante radical.

La voz de Soledad Dezzotti, también aliada de Daniel y Gustavo, se impuso:

-Nosotros respetamos a Alfonsín, pero no vamos a olvidarnos de las leyes de Obediencia Debida y Punto Final.

-Pará rubia, vos sabés bien que esas leyes fueron una debilidad de todo el sistema democrático de ese entonces -contestó otro representante de Franja Morada-.

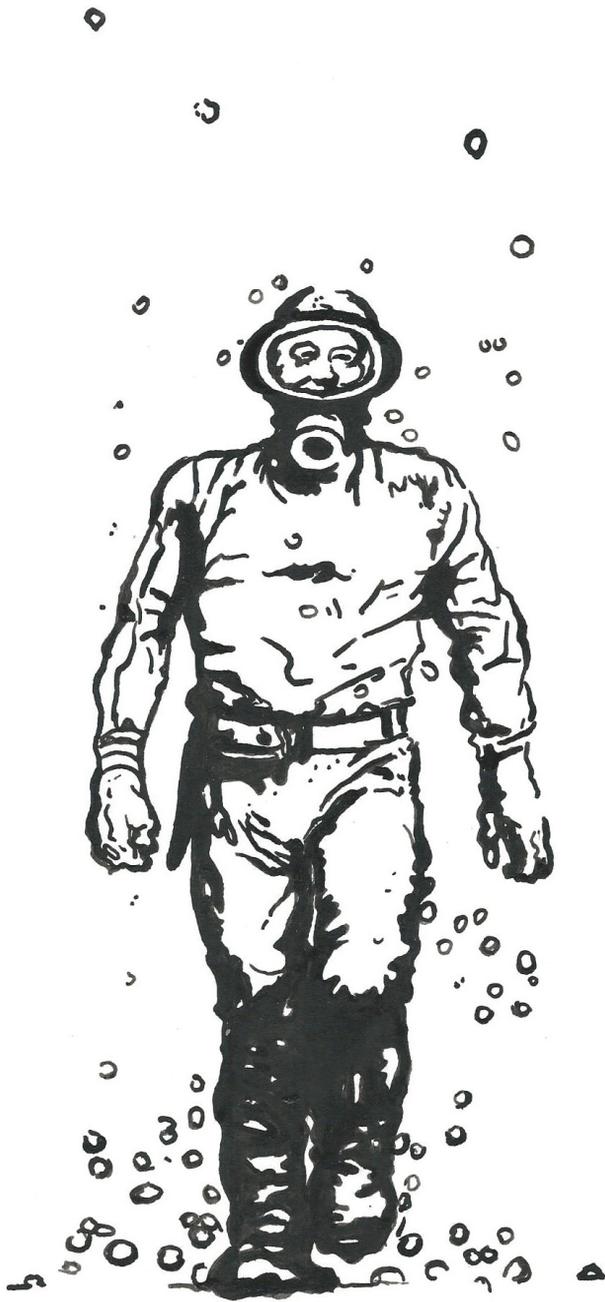
-Sí, una debilidad que dejó libres por muchos años a los tor-

turadores y represores, todo de la mano del gobierno de ustedes y sus cómplices, y ni hablar del indulto menemista que pretendió cerrar todas las puertas.

De ahí en más la asamblea fue desbordada por múltiples voces, gritos, acusaciones y amenazas que nunca llegarían a concretarse. Los militantes de Franja Morada, que pretendían apropiarse del *Nunca Más* -el documento que reunió las denuncias de los delitos de lesa humanidad cometidos durante la dictadura militar-, no aceptaban la chicana y se empeñaban en rebatir todas y cada una de las acusaciones. La Juventud de Estudiantes Socialistas, de la que formaba parte el Negro, intentaba retomar el cauce de la asamblea proponiendo volver a debatir acerca del motivo de la convocatoria. Los de La Cándida gritaban su verdad acerca de que el actual gobierno al que pertenecían todos y todas era el que había anulado el indulto y las leyes de Obediencia Debida y Punto Final, y que por fin había logrado que los represores estuvieran juzgados y condenados, aun a despecho del aparato judicial conservador.

La asamblea deambuló por esas y otras discusiones hasta que por fin el Negro pudo, con una voz más alta y fuerte que todas las demás, mocionar para volver al tema principal:

-Compañeros, esto se resuelve no con discursos y sí con votación. Propongo concretamente que votemos si acompañamos o no la protesta de los pibes de la secundaria y si, aparte de movilizarnos, tomamos la facultad.



3)

El lugar de concentración fue en la esquina de las avenidas Corrientes y Callao. El Negro, Soledad Dezzotti, Favalessa, Berenthal, Rosella, Paula, Matías, el flaco Tealdi, Delfi, Juani encabezaban la marcha. Agustina venía más atrás. Cada tanto, el Negro se daba vuelta para mirar.

La columna de los universitarios se encontró con los pibes de las secundarias públicas y avanzaron juntos hacia la Plaza de Mayo.

Entretanto, los policías de la federal brillaban por su ausencia, en cambio, discretos, los de la metropolitana iban por la vereda; a través de sus “walkie talkie” no paraban de transmitir órdenes y datos.

Era viernes, la ciudad atestada de autos, camiones, motos, bicis, camionetas 4x4. Radio Mitre en la voz de Magdalena cuestionaba el caos que traía la protesta de “unos pocos”, y el Negro, avisado del reclamo del multimedio, protestaba dirigiéndose a su compañero, el flaco Tealdi:

-Es increíble que esta mujer sea la misma que trabajó en el *Nunca Más*. Bah, también trabajó de locutora en los años de la dictadura. ¿Conocés lo genuflexa que fue cuando entrevistó a

Harguindeguy o a Videla?... ¿No? Bueno, googleala y te vas a enterar, también vas a ver que dejó pagando a sus compañeros despedidos de Clarín en el 2000. Y mejor ni te cuento que ella sostuvo y sostiene la teoría de los dos demonios equiparando a los guerrilleros con los militares torturadores.

Varias bombas de estruendo aturdieron la tarde acompañando los cánticos. Al frente iba una chica con delantal blanco. Llevaba una pancarta con la frase de Fito Páez refiriéndose al gobierno de la Ciudad Autónoma: “Esta gente durante la dictadura hubiera sido buchona: hubiera entregado gente”.

Llegaron. La Plaza de Mayo alardeaba orgullosa aquella pompa de libertad. Allá los del Partido Obrero. En diagonal los de La Cámpera, Los Negros de Mierda y la JP de la Facultad de Sociales. Más acá algunos pañuelos que empezaban a llegar. Un palco improvisado. El Cabildo, la Catedral, las palmeras. Los del PST se quedaron de espaldas a la carpa de los ex combatientes; se habían encendido las bengalas. Entre las banderas rojas y negras y el humo blanco, algo espeso, el Negro alcanzó a distinguir que alguien que bien podría ser Maidana saludaba a uno vestido de soldado malvinense; después caminó en dirección del Paseo Colón. Iba con las manos metidas en los bolsillos de la gabardina marrón, lento, acaso fatigado. Pasaba entre los estudiantes sin rozarlos. El Negro se quedó fijo en él:

Envuelto en una redonda de guitarra dejo que mi mundo haga silencio en medio de los cantos. Lo sigo con la mirada, sólo me muevo para no perderlo, hasta que dobla la curva del Ministerio de Economía. Ninguna intuición viene para alertarme, doctor.

Al terminar la marcha, las agrupaciones se dispersaron cada una por su lado. El Negro y varios más se quedaron en las inmediaciones de la Plaza, metidos en un bar semi vacío a evaluar lo que ya consideraban un éxito político llegado de la mano de la convocatoria. De a poco, algunos se fueron retirando y entre los que se quedaron la conversación fue alejándose del asunto para virar hacia otras cuestiones relacionadas con la música y el espacio que ocupa en todo proceso de cambio y radicalidad.

La tarde soleada marchaba hacia el crepúsculo. El Negro y Agustina despidieron a Gustavo Favalessa, a Rosella y a Soledad en la parada del 59 en Pellegrini y Sarmiento.

Esa noche, Agustina se quedaría a dormir en la casa del Negro. Caminaban callados, ella lo prefería así. Él registraba lo que pasaba alrededor. De cada tres dos la miraban. O eso suponía.

Apreciaba que se quedara a dormir. Salvo por el comentario aquél, a él le gustaba su forma de ser. Como en el tema de Los Decadentes, al Negro lo volvía loco.

Esa cosa entre concheta y hippie, intelectual y bardera. No se come ninguna. Yo sé muy bien lo que le digo, a la hora de romper las formas a ella nada le parece suficiente.

Estaba más nervioso que de costumbre, por eso quería que se quedase en su casa, ella no supo que él se quedó así, mirándola mientras dormía.

Pasa que dudo acerca de cuánto estará conmigo, cuántas más vendrá a casa, igual que esta noche.

Ella lo había inventado. Primero él jugaría su fantasía. Después ella la de él. No se trataba de ser originales sino de tentarse un poco más cada vez.

Entró a la habitación desnuda. Un pañuelo ajustado al cuello. El pubis casi del todo rasurado. Apenas una sombra oscurecía su piel (y el Negro trataba de no pensar que ella decía que alguna vez se dejaría crecer el vello en sus axilas, porque aseguraba que quitarlo le producía demasiado dolor y que no tenía por qué sufrir). Su cabeza ligeramente inclinada a la izquierda y hacia abajo. El contraluz punteaba su perfil.

Actúa y viene hacia mí aparentado ser mucho más experimentada. Ha recogido su pelo a la nuca. Intuyo la cola de caballo que acaricia el nacimiento de su espalda. La música acompaña sus pasos: el querido Bobby Flores (Red House Volumen 4) la trae de su mano. Olor y tacto se confunden en mi cabeza. Entonces siento sus dedos que me tocan. Agarran. Besan... los dedos. Lenta, tranquila. Siento su aliento en mi pecho, la boca apenas. Los cierro. Si no veo, imagino. Es la vulgar urgencia de mis manos la que apura. También mi pija endurecida. Entonces la abrazo. La traigo hacia mí, no del todo brusco, casi. Sus ojos verdes, semejantes al hada de la absenta, se abren grandes y se clavan en los míos. Hago la pausa.

Empezar de nuevo: recorro su espalda y llego a ese culo perfecto. Agustina me besa, mitad comisura mitad mejilla. Parece cantar. Lo hace en un susurro; me dispongo a seguirla. Pero desde el centro de mi estómago me domina esa voz quemante de mondongo enloquecido.

Beso su boca, incluso algo brutal.

Primero la cola de caballo. Casi de inmediato es la suya (su boca) la que parece escaparse. Diez centímetros alejada de mí, tuerce su cabeza y sonrío. Comprensiva, domestica el ímpetu que me gobierna.

Son las manos de mi madre, eso creo por una milésima y espanto el espanto en una millonésima. Apoyo mi cabeza entre su pecho y el mentón entretanto largo un te amo inaudible que pretende in crescendo ser grito.

Fuego otra vez.

Calla mi voz en el instante que mis manos separan sus piernas. Miro hacia su cara. Y ella que los cierra porque abjuran del apuro; piel pálida son sus párpados. Por suerte, a pesar de mi pija, entiendo su llamado, me quedo quieto o mejor dicho, desprendido. “Gracias” antes de te amo escucho.

El ritmo de su respiración, en una pendiente leve, me lleva entonces y ya no me suelta. Me cuesta la tardanza, accedo, más por miedo que por generosidad. Trouble in my mind me acompaña.

De propósito dejó la persiana entreabierta. El Negro prefería que sea la luz y no el ruido. Al contrafrente, su departamento gozaba de la virtud del silencio. El pulmón de manzana estaba poblado de árboles pequeños y ni los pájaros alteraban aquella paz.

Sabe qué, doctor... La semi desnudez de Agustina es maravillosa. No del todo envuelta en las cobijas de mi cama, su piel inmensamente blanca parece transparentar en el clarear temprano. Tomo la punta de su pelo y me quedo así: sé, lo sé. Adán Buenos Aires; Marechal legó ahí la fórmula con la que desperta-

ba a su Elbiamor. Necesito imitarlo porque a lo mejor sea esto lo que ella se lleve de mí. Entonces regreso al cuarto con el café que lo aromatiza todo. Antes de que los abra, toco su frente y pongo en su mano un Buda de piedra que trajo Juan Bruno, el padre de Loredane, desde Varanasi, India. Dejo la taza en la mesa de luz. Despejo las cortinas. Dos o tres arpegios mansos de mi guitarra hacen que ella los abra. Sonríe y yo muero: cómo lograr que se quede ahí, para siempre.

Colchas y sábanas a sus pies. Ella sentada, completamente exhibida. Aspiraba el aroma fuerte del café y mientras bebía lo miraba, él rasgaba las cuerdas de la guitarra pensando en aquellas palabras que habían decomisado cada parcela de su cerebro: “no tendría problemas de, si pinta, acostarme con otro”.

-¿Querés que me quede todo el fin de semana? -preguntó Agustina y el Negro mantuvo los suyos entornados porque no quería que adivinara lo que pensaba:

-Sí, obvio.

Llovía; ese sábado se quedarían todo el día adentro, en la cama. Afuera alguien corría y las cámaras de aire de sus Nike rebotaban en la vereda húmeda; casi superpuesto se oyó que otro gritaba:

-¡Agarrenlón, agarrenlón, boliviano chorro, boliviano chorro!

4)

Salieron muy temprano hacia Retiro.

Al Negro le gustaban las estaciones ferroviarias centrales. Las vías pobladas de formaciones, los andenes con gente que camina o corre. Ese aire de paso, de transición permanente. Vendetutti, vagabundos, kioscos, inspectores sin gorra ni uniforme. Bultos, maletas, mochilas. La voz en los parlantes que anuncian el que llega, el que sale. Creer posible que todavía las noticias puedan ser voceadas. Los relojes empotrados en los muros altos. Los bancos de madera en los que alguien duerme. Si tuviera que reconocer que ciertas tonadas lo ponían nervioso, desubicado, lo mismo disfrutaría de todo eso.

Llegaron. Deseaba que un poco de humo blanco se escapase entre los boggies de las locomotoras y los bordes del andén; ficcionar que estaba metido en una vieja película de la Segunda Guerra.

Soy un antropólogo de algún país neutral que va hacia el frente a registrar los combates. Me acompaña una fotógrafa de la mejor escuela, la de Margaret Mead... ¿Por qué estoy pensando en ella? ¿Margaret Mead? ¿La que tuvo tres matrimonios heterosexuales y dos amantes lésbicas declaradas?

El Negro no encontraba en su memoria la cita que buscaba, extraída de *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*, en la que Margaret Mead expresaba su opinión: “...En Samoa el amor romántico tal y como se da en nuestra civilización, inseparablemente unido a las ideas de la monogamia, la exclusividad, los celos y la fidelidad, no tiene lugar...”.

Era la primera vez que iba a la casa de Maidana.

Bajaron en la estación Vicente López. Algunas calles mantenían cierta bohemia burguesa, elegante, sin sofisticación. Otras, en cambio, ostentaban la pretensión de una alcurnia europea que envidiaban y no tenían.

Cuadras enteras con techos a dos aguas, españolas o de pizarra, las tejas dominaban el paisaje. Algunas balaustradas descascaradas con el tiempo lograban mantener una innegable potestad de época.

Árboles grandes abovedaban las calles hasta que alcanzaban a la avenida. Cruzaron y entraron en el barrio Florida.

Fresca la mañana gris, un poco destemplada. El olor a humedad y hojas muertas dilataban las fosas. El Negro llevaba del hombro a Agustina. Domingo de invierno. Se veían parejas o grupos de tres, cinco o hasta siete. Caminaban, iban en auto. Volvían de bailar. Algunos gritaban, otras se reían. “Pepa, faso, birra. Todo bien”. Agustina lo abrazaba por la cintura, tenía frío, pero iba muy despierta. Le entusiasmaba acompañarlo para conocer a Maidana, esa discreción familiar. Más que misterio de familia, un enigma que privatizó Roberto Altamirano.

Agustina frenó la marcha asiéndolo del codo:

-Mirá, Negro, escuchá.

Él las oyó: zureaban justo arriba. Cruzaron la calle. Desde la otra vereda pudieron apreciar el palomar. Apenas asomaba la cabeza encanecida, hombre o mujer, no lo podían saber. Abrió las jaulas para alimentarlas. En el córner izquierdo de la terraza una torcaza inflaba el buche, en el derecho un gato estrangulado colgaba hacia el vacío. Agustina, como si nada. A lo mejor pensaba que se lo merecía, ¿lo habrá visto?

Calle Gobernador Valentín Vergara. Y sí, desde el primer segundo que la vio, el Negro sintió que esa casa ocultaba una premonición trágica.

Agustina estaba un paso detrás de él, aguardando sus movimientos. Retuvo la mirada antes de agarrar el llamador: una vieja mano de bronce descolorida; el toc-toc sonó hueco.

Esperaron.

Pocas veces sonreía. Esa vez no. Maidana abrió y permaneció embutido en el pasillo corto que separaba la puerta de entrada del vitraux que adornaba la cancel. Lo saludó extendiéndole la mano y obligándolo después a dar unos pasos y entrar:

-Está bien, por fin te decidiste -dijo.

Maidana retuvo sus ojos en Agustina; el Negro pensó que esa mirada resplandecía. Hizo un gesto para que ella pasara. Cuando la tuvo a distancia, le dio un beso en la mejilla.

-Maidana -se presentó.

Ella lucía fascinada. Es que la figura de Maidana embebida en el contraluz de aquel zaguán húmedo, acaso neblinoso, semejaba a un fantasma.

¿El Negro? Perplejo. Más bien apocado.

Mucho más tarde, ella revelaría en afanosa alegación, que la gente que lo veía pasar tal vez nunca descubriera que, en

verdad, Maidana era un espectro condenado a habitar en la soledad del olvido a la que ellos mismos -la gente- lo habían confinado. También confesaría al Negro que ella era quizá la única persona a la que Maidana le había contado su pesadilla más recurrente: Por las noches se despertaba angustiado, había gritado dormido; en el medio del sueño esperaba ansioso que llegara aquella lluvia siempre dura y afilada, de la que no podía escaparse. Y que ese final, invadido por su propio grito, tenía algo misericordioso.

Agustina agregaba que para ella eso que le pasaba no era más que la secuela manifestada de la culpa.

La que padecía Maidana, la de los sobrevivientes.

Sabe una cosa, doctor, siempre me pregunté si a ella Maidana le había contado ese sueño o si en verdad... nada, ¿no? ¿A usted qué le parece?

Esa casa, el olor a encierro, espeso, algo agrio a pesar de los dos espacios abiertos. La inmensidad blanca de la pared del primer patio obturada por el buraco del tamaño de un puño que la ennegrecía. Y el ciruelo del segundo que encubría cualquier otra consideración.

Sentados en el sillón del living. La mesa ratona de por medio y Maidana acomodado en la silla que era su silla.

Pasaron algunas horas en las que él fue pormenorizando pausado cómo lo había conocido. Con Roberto transitaron muy juntos el lapso más trascendente de sus vidas -el Negro lo entendería más adelante- después de eso nunca más dejaron de verse, acompañarse.

Yo sabía que Maidana me iba a decir lo que mi viejo había ocultado a toda la familia. Serían varias las visitas; pese a todo, ya lo he dicho, nunca perdería la aprensión cada vez que se aproximaba el encuentro.

Lo último que les dijo fue que Roberto era el que lo sacaba de las depresiones en las que habitualmente caía, deseo de suicidio:

-Suele ser una puerta a la que muchos de nosotros llegaron; Roberto nunca dejó que la abriera.

Afuera se oyó el canto de un cardenal.

5)

Llovizna sucia, fría. Era de noche. Antes de llegar ella compró una botella de ron.

No la tenía a esa. ¿Ron? Qué onda doctor... fueron muchas las cosas que yo no sabía de Agustina, que descubriría a medida que pasara el tiempo.

La ropa, algo mojada, los acercaba un poco más a la intimidad cuando, en el ascensor, se besaban.

Adentro, escucho la lluvia que remacha en el asfalto de Buenos Aires. Vuelvo a mis dedos en las cuerdas. Trato de comprender lo que me pide. Ahí adentro habita una pausa que para mí es grosera. Busco las notas y levanto los ojos. Me encuentro con los de ella; interrogan para saber si entendí. ¿Cómo componer por más bueno que sea con la guitarra? No sé quién es ese o esa tal Didac Coliman o si existe o si es alguien o una cosa, lo cierto es que Agus insiste que ponga melodía a una poesía bloguera que leyó, llamada "Tortura":

“...Sobre monte de hierro de gangrena
Se congregan los amos escondidos
Con mal entuertos que al pueblo encadenan
A la miseria que los ha destruido...”

El Negro Daniel Altamirano era buen músico que había evitado perfeccionarse asistiendo a alguna academia. Consideraba que su talento era bastante para lo que él necesitaba. Hubo algunas oportunidades en las que le ofrecieron integrar alguna banda en formación, él reiteradamente rechazó la idea. Su relación con la música fue más bien intimista; los sonidos eran para él una vía de escape o reconcentración en sí mismo. Muchas veces sus amigos le recriminaban por usar la guitarra para seducir y el Negro invariablemente negaba aquella acusación con todo el énfasis posible. Él creía que así, manteniéndose ajeno a toda propuesta o insinuación utilitaria, podría hacer que su arte lo acompañara sin el límite que implicaba hacerlo para gustar a otros. Era una llave para expresar los sentimientos que no podía poner en palabras. Proclamaba que las letras y sus melodías nunca podrían ser, como él decía:

-Un mero chamuyo.

Y para el caso de que así fuera, esa falsedad quedaría fácilmente al descubierto. La música era su refugio, el espacio al que nadie podría penetrar si él no quería. Ni su padre pudo. Ni siquiera al exigirle que dejara la guitarra o que se dedicara a ella para obtener algo más que el aplauso.

El Negro no pretendía más de lo que se ha dicho. Por otra parte, en las letras de las canciones -también pasaba con la teoría antropológica- encontraba suficientes respuestas, incluso

de su libre interpretación, que lo ayudaban a comprender el mundo que lo rodeaba. A la vez, la militancia política era el modo de integrarse a ese mundo desde su yo más profundo, por más sencillo y simplista que fuera. Era por eso que no podía prescindir de la música, la política, ni tampoco de la antropología. Y quizá fuera por eso también que todo lo que vendría a su vida a continuación de la muerte de su padre resultaría tan contradictorio.

En las canaletas pluviales del edificio, el agua gorgoteaba de a ratos y el ruido entre cavernoso y metálico se repetía en un eco, a veces, indefinible.

No podía despegarme de su remera blanca, ajustada, un poco húmeda todavía, que revelaba la textura suave de sus pezones. Sonríe y me incita a que siga intentándolo. Vibra la cuarta y la dejo que corra. Pronto busqué que la octava real despejara mis dudas y me mandé.

Agustina aplaude y ríe; su cara se ilumina, la boca abierta, los ojos grandes.

Quiero porque me mata, ella me mata. Por fin logré la inspiración hasta entonces negada y, definitivo, voy decidido a lo que salga. A lo mejor lo consiga y ella me premie.

Agustina Arrieta sabía que sus padres, primero desolados, enseguida furiosos, no cesarían en sus enojos y consecuentes reclamos si supieran que admiraba la “Ciudad Anarquista Americana” de Pierre Quiroule. Ciudad radial en la que en el centro de todo se encontraría una inmensa biblioteca pública. Por eso había elegido que ese fuera uno más de sus muchos

silencios para con ellos y no para con el resto del mundo.

-Escuchame, Negro, ¿vos no creés que si deconstruyéramos las ciudades siguiendo la inspiración de la utopía urbanística conseguiríamos una vida mejor? Copate, amor, imaginá ciudades pequeñas de no más de 35.000 habitantes, por supuesto unidas entre sí pero todas diseñadas en círculos, tipo las ondas del agua, completamente interrelacionadas en las que el salir y entrar se confundiesen en un mismo movimiento libertario. Donde el uso de vehículos a motor quedase reducido a las ambulancias o a los bomberos. Micro urbes, Negro, pequeñas, limpias, alejadas del anonimato en las que el encuentro de las personas fuera el rasgo que las distinga. ¿Te va, Negro? No sé, a mí me vuela.

Calle 13 ocupaba el espacio abandonado por la guitarra que estaba tumbada contra el apoyabrazos del sofá. Agustina buscó un artículo entre un montón de revistas que coleccionaba llamadas *Razón y Revolución*.

Dejá, le digo, dejá y vení. Me levanto y voy hasta ella. La tomo por la cintura. Ella suelta, a lo mejor obligada, la que tiene en las manos que se desparrama en el piso.

“...la mitad de los artistas deberían estar presos (...) lo que no dicen lo digo yo...” canta Residente.

Y, por fin, la noche invadió los sentidos.

Antes de dormir, lo desafió:

-Si vos me conseguís esa obra en papel, yo hago lo que me pidas para siempre.

-¿Cuál?

-Esa, Negro, la de Quiroule.

Una luz azul atravesó el cuarto.

El Negro dormitaba abrazado por las piernas de Agustina, y narcotizado por el olor potente de su sexo ya en reposo sentía que, abismada en su sueño, ella dejaba de pertenecerle.



6)

Llovía el lunes. En Filo asistía a la clase de Sistemática III. El Negro no prestaba atención a las palabras del profesor porque pensaba en Maidana. Presentía que alguna vez develaría el enigma de los años. Ese que su padre ocultara con empedernida terquedad. Sabía también que dos eran las llaves que abrían la puerta: el compromiso de Maidana con Roberto para ayudarlo... y Agustina.

Pude notar, doctor, que la miraba casi desfachatado. Mi estómago se anuda; no me importa porque de todos modos no podría evitarlo. Ellos dos son independientes de mi voluntad. Maidana, al hablar, mueve las manos enormes, arriba, abajo y a los costados. Agustina nunca le quitó los ojos. Parecía detenerse cada vez que él, a su vez, suspendía el movimiento.

Si bien la clase de Wright continuaba, el Negro se metía más y más en los dichos de Maidana:

-Con Roberto caminamos un mundo raro, lleno de entuertos y codicias en las que no importaba cuántos pagaran las consecuencias. Lo sabíamos, lo supimos siempre aún siendo

muy chicos; apenas teníamos dieciocho. Nos conocimos en la peor de las circunstancias que se puedan imaginar. Ese mundo, mezclado entre dimes y diretes, siguió idéntico a sí mismo.

Al Negro le hubiera gustado verlos alguna vez juntos: Su padre y Maidana comían un asado. Y él estaría ahí, en silencio, en un rincón sin hacerse notar para que se olvidaran que estaba presente.

No sé, fantaseo con que tendré doce o trece años. Temprano por la mañana acompañaré a mi padre a comprar la carne que venderá don Julio, el carnicero de mitad de cuadra. Nunca más volví a comer carne como esa. Él murió y la carnicería cerró para siempre. Los imagino sentados, ya en la sobremesa, mi viejo el que más habla, hace pausas largas entre trago y trago. Tinto del bueno. Maidana permanecerá la mayor parte del tiempo callado, a veces sonreirá, otras asentirá con la cabeza y también arrugará la frente si no está de acuerdo. Yo sé que es un recuerdo de lo que no fue... igual me gusta ver que las manos grandes de mi viejo acompañan la hondura de lo que afirma. Me cautiva adivinar qué respondería Maidana en sus pocas intervenciones, con esa rebuscada insuficiencia de palabras. Porque supongo que él, en aquella época, sería mucho más elocuente con sus silencios. Al quedarse callado, en medio de una idea, yo me desesperaría, tendría miedo de que mi viejo reaccionara apurándolo. No, él también esperaría, porque entendía que los tiempos de Maidana no se correspondían con el común de la gente. Otro recuerdo inventado: todo eso mi papá se lo comentaría a mi madre y ella lo ignoraría abriendo una más de las muchas discusiones que precedieron al divorcio; porque ¿qué era eso de que Maidana des-

cendía de guaraníes o en una de esas de la rama de los charrúas que habitaban a las dos orillas del gran río?

Imagino todo, la exacta evocación de la ropa, el olor a achuras abrazadas en los hierros de la parrilla y los colores del patio de mi casa de entonces. Los troncos apilados, la pared revestida de lajas amarronadas y la casilla de los tubos de gas con las puertas ligeramente oxidadas. Hasta la curva del pino veo, plantado en el centro, perfilada gracias al peso de su follaje. Todo. Lo que no puedo imaginar es la conversación. ¿De qué hablarán? Qué cosa tan fuerte será la que los unirá para que hablen siempre en clave.

La clase de Wright terminó. El Negro salió a la avenida pastosa. Había dejado de llover. El tumulto lo acompañaba y lo llenaba de anonimato. Agradeció eso. El frío avanzaba. No deseaba volver a su casa. Mantuvo el teléfono celular apagado. Explicaría que se había quedado sin pila si es que Agustina le preguntaba.

Ojalá me pregunte.

Necesitaba quedarse solo, era evidente, porque de golpe la ausencia de su padre tuvo un peso inevitable como no lo había tenido hasta ese momento. Deseaba que estuviera ahí, con él, y preguntarle qué hacer para convencer a Agustina.

Y no puedo conseguirlo.

Su especial tendencia a caer en depresiones se acrecentaba.

Caminó por calles ajenas, ¿lloraba? A lo mejor a los veinticinco todavía no fuese un hombre completo.

Su cabeza se volvió monosilábica.

Arriba, la luna. Redonda, grande, iluminaba las terrazas a contramano de un cielo poco antes nublado.

Entonces algo lo estremeció: astillada primero, enseguida conciliada, sintió la costra de los callos manchados y marrones que engordaban las yemas de Roberto Altamirano... esas con las que apretaba su mano para cruzar la calle, justo antes de entrar a la escuela.

Volvía para acompañarlo.

Fue la voz de su padre -que solía repetir que al aceite y la grasa de los diferenciales no había detergente que les pudiera-, la que acaparó su atención.

Voz encallada en la inflexión de los fonemas que uno tras de otro retumbaron en su cerebro y lo transportaron a su abrigo total.

En la escuela le habían enseñado con insistencia a reverenciar al amo-Padre que está en el cielo, al jefe-Padre en la Patria, al hombre-Padre en el hogar. Esa palabra enorme, omnipresente también a él lo guardaba.

En la noche el frío amainó.

Envuelto por esa ensoñación siguió su camino sin preocuparse por dónde. Y anduvo perdido en una Buenos Aires desconocida, eclipsado entre su desaliento y las emociones revividas, creyendo, a la vez, entender el sentido de la soledad.

Justo desde la otra vereda, Gustavo Favalessa lo llamó asomado a la ventanilla de la destartalada Quantum azul, y aunque al Negro le pareciera inverosímil, su amigo largaba en su llamado una proclama completa, igual que si estuviera en el

medio de un acto o una asamblea de la agrupación y no en la calle:

-Che, Negro, dale boludo, ¿te olvidaste que hoy teníamos pintada? Tenemos que laburar contra el cacerolazo de la opulencia por más que no seamos kirchenistas. Contra las redes conchetas comandadas por ese pichón de hijo de puta, Lucho Bugallo, que se insinúan con una histeria de loritos por el cepo al dólar. Tenemos que hablarle a esta puta ciudad autónoma en la que la pequeña burguesía reinante, mucho más que pequeña, pequeña florece de queja en queja. Por otra parte tenemos que asegurar que Mariano Ferreyra vea, desde dónde esté, que hacer justicia es posible.

El Negro respondió con fastidio y sin moverse de la vereda:

-Pará, Fava, dejá de hacerme discursos a mí, ¿querés?

La luz brillante de una marquesina lo cegó por un instante, de todas formas pudo ver la mano de Favalessa gesticulando sin parar.

-Vamos forro, apurate. Gritó Gustavo sin saber todo lo que el Negro hubiera deseado pasar de largo, seguir perdido en esa ciudad de repente tan extraña.

*

Primero blanquearon una, dos, tres y hasta diez paredones. Posteriormente regresaron al primero, el de Económicas. Escribieron la consigna y rieron. Ya no olvidará esa noche dividida en dos, porque además fue la primera vez que Rosella le habló de ese tal Ramiro.

Le confieso, doctor, que aquella historia despertó en mí cierta fascinación apenas la escuché. Lo que no supuse entonces fue que sería Agustina quien se mandaría de una para averiguar todo sobre aquel tipo.

Buenos Aires a las tres de la mañana de un martes, con la lluvia escampada evocaba mucho a una metrópolis dócil, casi tranquila. El aerosol rojo refrendó en las paredes las JES de la autoría. Arriba se oyó el motor de un Aerolíneas que, atrasado, llegaba o salía desde Aeroparque.

Hacia el mediodía, otra vez fue Favalessa; lo despertó prendido del timbre.

Esa tarde era el acampe frente a la Facultad de Derecho. Semana cargada de asambleas, marchas, militancia. El mundo giraba y ellos con él. Llevaban el termo y el mate.

Pasa que Rosella y Gustavo quieren ir a fondo siempre. Parecen troskos. A veces hay que saber guardar alguna carta porque si constantemente jugás todo, alguna te estrolás, y no está bueno.

Sentados en las escalinatas, un poco abrumados por el tráfico crujiente de la avenida Libertador, esperaban ansiosos. A lo mejor fuera por la agitación de saber que Luis Mattini los recibiría. Ícono de los setenta, sucedió al jefe del Ejército Revolucionario del Pueblo, Roby Santucho. Mattini afirmaba que el mundo era de los jóvenes.

El encuentro fue en un bar cercano a la facultad.

Entretanto el Negro, Rosella y los demás insistían en arran-

car de Luis Mattini la voz de años lejanos, éste presionaba para que se entendiese que, premisa necesaria, lo importante era privilegiar la actualidad.

-Esta realidad -argumentaba Luis- en la que la desigualdad subsiste sin remedio consolidada en un saber que se asume irreductible.

Rossella intervino, ávida de ser localizada por el héroe setentista:

-¿Decís que de nosotros depende y no ya de lo que ustedes y todos los demás hicieron?

-¡Sí, claro! Mirá, la memoria está bien, el no al olvido es una justa consigna. Y que la justicia actúe, mucho más. A lo mejor mi hacer sea hoy dar cuanto testimonio se me reclame desde las fiscalías y los organismos de derechos humanos. El de ustedes tiene que ver con resignificar aquellas luchas en muchas otras y nuevas. Grandes. Diferentes. Transformadoras, si es que queremos una historia distinta. Ahora que el capitalismo usurpó, incluso, la voluntad de gran parte de Oriente también, ahora que al Che lo han convertido en una marca, ahora que Fidel se nos va. Les toca a ustedes la posta... nosotros somos hombres y mujeres de una época que ya pasó, hicimos lo que pudimos y nos jugamos por esos ideales en los que creíamos; el hoy, el presente, es de ustedes, podemos ser una referencia, y me siento orgulloso si es que es esa mi pertenencia, mi lugar, no más que eso. La lucha no se gana con el recuerdo de las pasadas sino con la acción. Con el hacer cada día. Con la rebeldía renovada y repuesta en emblemas originales que vengan para restaurar la inequidad de este tiempo.

-No alcanzo a entender, ¿está resignado? -interrumpió Gustavo sin tutearlo.

-¡No, de ninguna manera reniego de lo que fui, de lo que soy! Mirá, por ejemplo, en nuestro tiempo había que descolonizar los territorios y romper con la explotación ejercida sobre el proletariado; en el de ustedes, creo, de lo que se trata es de descolonizar la cultura, nuestra cabeza y romper con el dominio del estereotipo hegemónico del individualismo cómodamente instalado. El capitalismo ha conseguido su mejor triunfo al convencer a los dominados de que el dominio es parte del juego. Ese consentimiento del dominado es su gran victoria. Y por favor, perdonen si bajo línea... que quede claro que la hegemonía de hoy viene de la mano de una Europa que sigue creyéndose superior, creadora de los conceptos que gobiernan al mundo, imponiendo que, por ejemplo, el autogobierno sólo es posible en una democracia como ellos la concibieron; de un EEUU que acrecienta su mano con la amenaza de sus armas y de su ineluctable vocación intervencionista. Hoy el imperialismo no es similar al que gobernó en mis días porque mutó hacia su siguiente fase, semejante a una bacteria que ha vencido a los antibióticos. El imperio de hoy ya no tiene, desgraciadamente, las fronteras de ayer..., está metido en cada casa, en la tuya y en la mía, en la de él y en la de ella. Lean a Negri, a Said, releen a Fanon, vuelvan, si tienen ganas, a Marx, pero no se dejen enamorar de palabras que fueron para otro ciclo. Hay que reinventar las palabras, muchachos, adecuarlas a este siglo, imiten a Marcos en aquello de que “Un mundo en el que muchos mundos sean posibles es el desafío”. Hay que rebelarse, sí, como el Che, sí... con los modos de hoy para entonces cambiar la realidad de una vez y para siempre. No crean en la derrota y busquen cómo hacer la revolución hoy en día porque yo no sé cómo hacerla.

Afuera, en la tarde noche, Buenos Aires se agitaba en el deseo del regreso a casa y de bailar por un sueño de la mano del conductor televisivo, Marcelo Tinelli. Adentro, en el bar, Mattini, algo cansado, anunciaba el fin de la reunión:

-El mejor homenaje a los viejos revolucionarios que ya no están es hacerse cargo de las banderas que el siglo veintiuno les reclama.

Antes de despedirse volvió a recomendarles a Toni Negri, previniéndoles de cierto tufo a populismo que albergaba la idea de *multitud*.

Tarde en la noche vuelvo a casa. Hoy no hablé con Agustina. Apenas un sms. De una que la encuentro en Facebook.

-Hola Agus qué hacés.

-Nada todo bien, qué onda el acampe??



-Como siempre

-Q bueno!!!!

- Sí lo mejor vino dp

-Por qué??

-Nos reunimos con Mattini

-Q clase de transa sos?????? no me dijiste nada!!!

-Bueno, la próxima te aviso, se dio así solo

-No te hagás, querés

-Vos que onda

-Dale cambiame el mambo

-Dale, no te saqués, nada me colgué

-Boludo, sabés que me hubiera regustado acompañarlos, me dijeron que el tipo es un copado

-Seeee no sabés, jajajaja

-?

-Nada, parece que con Rosella pinta algo más que una charla. Bueno, fue ella la que nos hizo el contacto y organizó todo

-Turra y no me dijo nada

- El chabón es un tipo grande, viejo

-¿Qué tiene que ver, Negro? Vos mismo admitís que el flaco es un copado; conozco mucha gente de nuestra edad que piensan peor que si fueran viejos. Le copa mandarse en cualquiera

-Es verdad

-Y sí

-Che querés que arregle con Maidana para verlo el finde?

-Dale, avisame, ¿cuándo nos vemos?

-No sé, el jueves?

-Ok, ¿venís a casa?

Se desconectaron. El Negro se quedó sentado, escuchaba a Jarvis Cocker mientras pensaba que ella nunca le preguntó qué hizo el lunes, por qué no la llamó. No podía definir si eso respondía a esa natural discreción que Agustina tenía o si en realidad no le importaba:

O no quiso contarme qué mierda hizo ella. Ojalá pudiera saberlo. Si Favalessa me escuchara me diría que flasheo igual que las minas, me hago los mismos problemas que se hacen ellas. Insistiría que aproveche, porque mujeres a la manera de Agustina hay pocas. ¿Cómo? Así, casi masculinas en la forma de pensar.

Es verdad, ese sentido práctico que ella tiene la asemeja mucho a los varones. Me la juego que está llamando a Rosella para que le cuente, para que arregle algo con Mattini. Y no me van a decir nada, va a ir por la de ella nomás. Gustavo Favalessa es un tipo contradictorio. Otras veces también me ha dicho que a Agustina yo la endioso.

Antes de dormir el Negro punteó varios arpegios en su guitarra.

*

Rossella fue hasta la casa de Agustina y se quedó a dormir. Permanecieron un par de horas comentando el encuentro con Mattini:

-Sabés qué, boluda, el viejo está muy bien, alucina escucharlo. No se la cree, ni ahí, Agus... yo lo miraba a los ojos y él ni bola.

-O se hacía.

-Ponele..., mirá, Agus, bajó línea todo el tiempo; yo estaba segura que más adelante podría escucharlo atenta, así que me dediqué más a tratar de que se diera cuenta de lo que me pasaba que a prestar atención a lo que decía.

El barrio era uno de los más acomodados de Buenos Aires. La casa de los padres de Agustina, rodeada de residencias distinguidas y embajadas, formaba parte del paisaje, por supuesto, sin desentonar.

En una de las paredes de la antesala del cuarto de Agustina se exponía un cuadro de Pierre Le Trividic, el pintor francés

de entreguerras. En el otro, uno del catálogo más modesto de Silvina Baigurría.

-Qué sabés, Rosi, a lo mejor al chabón no le daba pensar que le estabas tirando onda.

-Ya lo sé, por eso arreglé para otro día...

-¡Hija de puta!

-Y sí, me cabió hacerlo boluda, qué querés que te diga.

La charla resultaba algo divertida, sin embargo Agustina no pudo disimular que cierto malestar se le escapara en una mueca.

-¿A vos te pasa algo, Agus?

-¿Por?

-Nada, me da que sí.

Estaban recostadas, cada una en una cama. Rossella apagó el cigarrillo y la miró, curiosa. Agustina se revelaba en una expresión posiblemente caprichosa. La de alguien poco acostumbrada a un no por respuesta. Después de una pausa ella retomó el diálogo:

-Y qué querés, Rosi, creo que el Negro es un poco prejuicioso, no sé, boluda, no entiende de lo que hablo, creo que nunca debería haberle dicho lo que pienso...

-Acerca de qué, ¿no se banca que seas K?

-No, nada que ver..., qué onda ser K con los prejuicios.

-¿Entonces?

-El otro día en un bar le dije que no tengo problema que se curta a otra si quiere, o yo a un chongo, ¿entendés? Desde que boquié está perseguido, él trata que no me dé cuenta viste, ¿pensará que soy boluda?

-Qué forra, cómo le vas a decir eso; si el pibe, disimulando

y todo, es un machista de aquellos, bah, parejito a la mayoría, ¿no?

-Yo tenía la esperanza...

-Ni ahí, nena, tienen el mambo de jugarla de superados y no dejan de ser tan mandones como sus abuelos. ¿Vos no leíste *Memoria de mis putas tristes* de García Márquez o esa otra de Kawabata, *La casa de las bellas durmientes*? ¿No? Los chabones no la pueden con su vida si no la están referenciando siempre con una mina, ¿entendés?

-Sí..., además, esa familia...

-Qué pasa con la flia.

-Nada, demasiado, no sé, ¿kitsch?

-¡Kitsch! Jaja, sos una re-hija de puta.

-Nada boluda, a lo mejor Altamirano se piensa que no le agarro el mambo que se comió; porque al Negro siempre le pintó tenerla clara... creo que en estas cosas la caretea.

Emergió un silencio suave hasta que Rosella se puso de pie; caminó descalza tres o cuatro pasos sobre el parqué lustrado y se sentó en la cama de Agustina. Se miraron, permanecieron quietas; una expectativa fugaz y cómplice sobrevoló inclasificable todavía. Agustina se desplazó hacia su izquierda y Rosella se recostó a su lado. Miraban hacia el cielorraso blanco.

-A veces pienso que mi viejo tiene razón.

-¿A ver?

-Estudiar afuera.

-No da, boluda.

-Qué sé yo, a lo mejor en otros países nadie se hace tanto problema para averiguar con quién transás o te echás un garche... le dan importancia a otras cosas, no se fijan tanto. Bah,

no estoy segura, qué querés que te diga, lo que sí, es como que sé, y me da cagazo que me canse, él también y se pudra todo. Al Negro lo quiero, un montón boluda... but, no sé qué va a pasar el día que me harte.

Desde la calle un murmullo felino entró a la habitación. La luz de los veladores simulaba adaptarse a las dudas de Agustina. Rossella estuvo tentada de hablar, de decir algo, prefirió no hacerlo. En cambio, queriendo consolarla, acarició con su mano la de Agustina.

En el tejado detuvo el vuelo una paloma insomne.

Con cierta aplicación en el movimiento, cuidadosamente pachorrienta, Rossella cambió de posición, se acomodó sobre su brazo izquierdo. Agustina seguía fija, los ojos al techo. La otra permanecía callada. Sonrió antes de preguntar:

-¿Tenés porro, Agus?

-Sí, pero ni ganas.

-Copáte boluda, dale.

-No da, Rosi.

Rossella retomó a la postura inicial; a continuación se levantó y regresó a su cama no sin antes cerrar los cajones de la cómoda desde la que asomaban prendas de marcas caras. Cambiaron de tema.

Corría el rumor de que el nuevo llamamiento de la clase media alta a un cacerolazo conseguiría ser masivo. Ellas cuestionaban los argumentos de la convocatoria, y más que eso, lo que consideraban una reacción egoísta de los que más tenían, a quienes sólo les importaba no acceder fácilmente a los dólares necesarios para viajar al exterior.

Rossella se durmió primero, en cambio Agustina dio vuel-

tas en su cama. Le daba rabia que Rossella hubiera tenido la iniciativa de contactar a Mattini, y no podía dejar de pensar en la manera de conseguir una reunión con él, sin la presencia de su amiga.

7)

Sin dar demasiadas explicaciones, Maidana les pidió que fuesen el sábado por la mañana.

Iban en el último vagón, tranquilos, de la mano. Justo antes de llegar a la estación -los frenos del tren chirriaron-, Agustina empezó a contarle que, casi de casualidad, había venido una o dos veces.

Se justificó -o eso pensé que quería- alegando que vivía cerca una compañera de la facultad con la que compartía el proyecto de no sé qué maqueta. Aseguró que no lo había visitado porque no se animó a tocar el llamador. Sólo dio algunas vueltas por el barrio:

-Negro, yo quería entender el lugar en el mundo que Maidana había elegido; es posible que eso nos diga algo más sobre él.

Sobrevivía en la esquina de la casa de Maidana un viejo sastre. Petisón, los dedos enrojecidos y chatos. Pudieron observarlo a través del ventanal justo al acercarse por la misma vereda. Una giba en su espalda ya habituada, encima de los cortes. Anteojos de lentes gruesas. Agustina lo miró con determina-

ción. Telas, tizas y conos de hilo descansaban a los costados de la mesada marrón. Y una regla larga. Cierta rictus afeaba aún más la cara moteada por el bigote fino y ralo. Ralentizaron la marcha, fijos en el ventanal. A lo mejor porque acechaba con el mentón tirado un poco hacia adelante. O por la manera que empuñaba las tijeras fue que Agustina murmuró:

-Te juro, este tipo es o fue un golpeador de mujeres.

Las soltó al mismo tiempo que levantó los ojos del género en el que trabajaba; los clavó pero no en el Negro. Quietos los tres, apenas un segundo.

-¿Ves lo que digo? Es un hijo de puta.

Arrastró de la mano al Negro. Más allá alguien escuchaba “Burning in the skies” de *Linkin Park*.

Estuvo tentado de entrar a la sastrería y preguntarle qué. No lo hizo porque supuso que Agustina no se lo permitiría.

Maidana aseguraría que una o dos veces, a lo sumo, le dirigió la palabra; que había escuchado por ahí que el sastre escondía algo, no sabía qué, y que no era bueno.

Adentro, en la casa, un espejo reflejaba el patio, los pájaros, el viento que movía las hojas del ciruelo. En la pared colgaba una vieja bota de vino valenciana. El color apagado, se notaba el cuero seco por la falta de uso.

El Negro se dirigió a Maidana:

-Me pidió que llevara la guitarra, porque según dijo mi viejo le dijo que yo tocaba muy bien, ¿no?

-¿Será cierto? -contestó Maidana, con una sonrisa incompleta.

Se mandó con los acordes de “Caserón de Tejas” de Sebas-

tián Piana, sostenía las notas mientras Agustina cebaba mate. Maidana, que mordisqueaba una galleta marinera, no aceptó. Mediaba entre los tres un ambiente sereno que se acentuaba con la música. El Negro rasgaba las cuerdas sin dejar de estar atento a los gestos de los otros dos. Maidana tiró el cuello hacia atrás, y se quedó así, un poco inclinado, dirigido hacia la mitad de la pared alta. Había en él cierta fatiga, degradación que el tiempo siempre trae llenaba las arrugas de su cara. Aparentaba estar escapándose en un viaje secreto.

Y de a poco el rasgido se detuvo. Agustina seguía expectante hasta que Maidana regresó de su éxodo. De repente empezó a hablar; continuaba sus pensamientos en voz alta, como si sus interlocutores supieran de qué se trataba lo que había estado maquinando antes de comenzar a verbalizar sus ideas:

-... le explicara cómo es crecer en la humedad del río que llega de a rachas para refrescar la piel en medio de aquel calor sofocante. Muchas veces Roberto me pedía que le hablara de eso, insistía para que repitiera la descripción del cordón de sauces que hacía de frontera entre mi casa y el marrón del Paraná. Me obligaba prometerle que alguna vez volvería junto con él, que le presentaría mi familia... le costaba entender que yo no quería.

Se levantó y les pidió que salieran al patio. Iban detrás de él, el Negro llevaba la guitarra. Se sentaron en unos sillones de hierro.

-Contáme de vos -pidió.

El Negro necesitaba rehuir de la languidez que lo envolvía y que se hacía evidente en la pesadez de sus movimientos. Apoyó la guitarra en su falda. Quería darle el gusto, aún sabiendo que

no tenía mucho interesante para decir; por eso, al principio, estiraba las frases para no ser demasiado aburrido y también por la misma razón, a medida que se fue metiendo en el relato, habló sin parar. Ocasionalmente Agustina lo interrumpía por alguna precisión que a él se le había escapado.

Otra vez Maidana sonrió justo antes de interrumpir:

-Hablás calcado a tu viejo, Daniel. De él heredaste esa manera de decir. Roberto y su vocabulario, vos no te parecés a un pibe de veinticinco.

-Es que leo mucho. Aparte es verdad, mi viejo se empeñó en hacer de mí alguien bien hablado -rió, un poco aturdido-. Así es, él insistía porque pensaba que de ese modo sería todo más fácil: el estudio, el trabajo me haría romper con el enclasmiento al que estaba destinado y...

-Las mujeres -estorbó Maidana, conteniendo la elocuencia del Negro. Hizo un silencio breve antes de continuar- No sé si sabés, para Roberto las mujeres eran su mayor pasión.

Tamaña sentencia lo puso incómodo ¿Qué pensaría Agustina de aquella afirmación hecha así, sin miramiento? A Maidana no parecía perturbarlo su presencia, más aún, cuando lo dijo, la miró. Y se quedó ahí, retenido; no se explayaría en detalles porque estaba claro que no hacía falta.

Hoy entiendo que si bien es verdad que lo gobernaba un aire taciturno, podía liberarse de ese candado si soltaba aquel instante de su vida del que conversaré más adelante, doctor. Acaso fuera porque al hablar de ese período pareciera alcanzar una clase de apaciguamiento especial entre el tiempo pasado y el presente.

Maidana se levantó para, sin hablar, ir hacia la casa.

Los dejó solos. Ella no dijo nada, sonreía. Se oyó el canto estridente de un pájaro. Obvio, no estaba lejos. Agustina dejó de sonreír para señalar:

-Miralo a Roberto, eh, qué me decís.

Recuerdo perfectamente que en aquel momento supe que se podía envejecer siendo muy joven. Y Maidana que seguía metido dentro de la casa haciendo vaya a saber qué. Por supuesto no respondí, prefería ignorar aquella sentencia sobre mi viejo. Era algo que en mi familia todos sabíamos, pero que nos habíamos acostumbrado a negar. Aún después del divorcio.

-... es verdad, el sur era nuestra obsesión secreta.

Maidana regresó. Traía en la mano un vaso lleno de un líquido claro. El Negro supuso que era ginebra. Maidana se sentó otra vez:

-Subíamos a la terraza, desde acá no se ve y por esa razón, imaginábamos al sol que trepaba desde el río; Roberto remarcaba, este río que no vemos es aquel mar que perdimos, ¿no? Y yo prefería no responder. Recuerdo al que inevitablemente volvíamos, una recurrencia penosa que nos mantenía indisolublemente unidos.

Una avioneta que volaba algo bajo cruzó el cielo del patio.

-Vengan -ordenó Maidana. El Negro, que apenas si salía de la curiosidad por lo que le había revelado, tardó en dejar su guitarra apoyada contra la silla. Lo siguieron hasta el fondo del segundo patio. Agustina caminaba entre los dos.

Una escalera de cemento bastante empinada con un descaso

antes del codo levaba hacia el techo de una construcción que, podía suponerse, era el galpón de las herramientas y los trastos viejos.

Maidana dejó que Agustina subiera primero, él por detrás. Cachos sueltos y pequeños del óxido de la baranda metálica se adhería a las palmas. Desde el piso de ladrillos, por los bordes, una clase de moho viejo moteaba el nacimiento de la pared que la rodeaba. La azotea se extendía todo a lo largo y ancho del depósito. Florida y su burguesa bohemia adornaban el cercano mediodía:

-La explicación la buscábamos en interminables borracheras. Después permanecíamos callados, agarrados a la luna.

Maidana los tenía desconcertados, se miraron entre ellos: ¿de qué habla?

De pronto se desabrochó el cinto; lentos, en una novena descendente, sus pantalones quedaron arremangados, ocultando la capellada de sus zapatos:

-Estas dos -mostraba la pantorrilla de su pierna izquierda- son las cicatrices de Casa Quemada y estas otras tres -esa vez enseñaba su muslo derecho- también. Traídas desde la misma madrugada en la que nos rendimos.

Agustina y el Negro, azorados. Aquellas marcas escarapeladas por los años relumbraban bajo el sol frío de Buenos Aires.

-Malvinas -agregó Maidana mientras subía los pantalones.

-¿Malvinas? -preguntó el Negro.

-Sé que tu viejo nunca se los dijo, Daniel... oíme bien, no es que no pudiera, Roberto no quería que lo supieran, ¿para qué? Si no vale la pena, ¿a quién le importa?

Malvinas no es un mito. Y aunque esta afirmación resulte ser una verdad de Perogrullo, no lo es. Tal vez sea cierto que luego de Galtieri, Malvinas esté asociada con las corrientes más recalcitrantes del nacionalismo autoritario y antidemocrático. No es menos cierto que la sola mención de aquellas islas representa la resistencia al colonialismo de la Europa moderna. En esa contradicción irresuelta, Roberto Altamirano y Maidana habían pasado sus vidas (desde que tenían dieciocho años). Vidas-mochila en las que transportaban la carga de una historia primero negada y que, según el pensamiento que ellos mismos alimentaban, más tarde sólo sería reconocida para los actos protocolares de las escuelas y para la demagogia de la política. Por eso, también por la vergüenza que para él significaba haber regresado derrotado, Roberto decidió ocultar a su familia esa parte de su pasado. Alguna vez lo había definido junto a Maidana (que escuchaba de mala gana esos argumentos):

-No vale la pena dar explicaciones... ¿quedar abreviados a ese pasado que únicamente consigue miradas de conmiseración o algún reproche injusto? No.

Roberto y Maidana, a continuación de la guerra, habían cimentado su confianza en las elucubraciones teóricas compartidas. Y en ese espacio de filosofía casera habían consolidado la amistad coincidiendo en la idea de “cómo son las cosas”, según gustaban repetir. Para ellos era indudable que existía un orden de la naturaleza, y preferían llamarlo así para evitar cualquier polémica. Orden dado que se debía respetar y que, más que nada, le daba dirección y sentido a todo.

Solían juntarse, lo hicieron metódicamente a lo largo de muchos años, en un tradicional bar (contaba por entonces con

más de cincuenta años) de la avenida Rivadavia al 8100, que hacia finales de los noventa cerró para dar paso a la construcción de un edificio de departamentos. Era un bar exclusivo para varones (la versión clase mediera del aristocrático Club Universitario de Buenos Aires que tampoco permitía mujeres entre sus asociados), y si de ello no había regla establecida, se cumplía por la sola fuerza de los hechos y de las miradas cuando alguna confundida o distraída se atrevía a meterse por ahí.

Espacio de juicios y sentencias inapelables, en el que las medias tintas no tenían lugar. Menos que menos las ideas revolucionarias o subversivas tal algunos (muchos) preferían especificar.

Una tarde fría, el invierno de 1995, Roberto y Maidana habían estado discutiendo con varios otros acerca de los acontecimientos previos al intento de recuperación de las Islas Malvinas en 1982. La conversación giraba alrededor de las acciones represivas desplegadas por la junta militar de aquellos años contra la guerrilla que los presentes coincidían en calificar apátrida, atea y marxista. Y también hubo acuerdo en que había sido necesaria su aniquilación para evitar al pabellón rojo enarbolado en los mástiles del país. El disenso anclaba en el modo empleado para combatirla. Aquella guerra, según gustaban denominar a la represión encarada por los militares, argumentaban algunos (entre ellos Maidana y en menor medida Roberto) hubiera sido igualmente ganada con juicios sumarios y fusilamientos públicos siendo a esa altura historia terminada. Los otros retrucaban que eso era imposible, que internacionalmente no hubiese sido admitido y que así, los crímenes subversivos habrían quedado impunes.

Muchas veces había pasado, nunca como esa; en el clima enrarecido la violencia verbal iba creciendo en aprontes manifestados por la tensión de bíceps y broncas entre fraternos. A esa altura la noche andaría por las nueve, nueve y cuarto más o menos. Y si la pelea no escaló fue porque en esa oportunidad se abrió la puerta empañada y, adelantada a él, ella entró taconeando con paso decidido, sin mirar a nadie y fue a sentarse en la única mesa libre, justo en la esquina sur, contra el ventanal percutido por el hollín de la avenida. Él, que llegaba por detrás con paso canchero, exhibía unos bigotitos finos y largos que cubrían todo a lo largo el labio superior para caer llovidos bordeando las comisuras hasta morir en el perfil marcado de la barbilla prominente. Llevaba puesto un sobretodo gris de pelo de camello. Ella tenía manos grandes, espalda ancha, nuez saliente y gesto adusto.

A poco de estar sentada se puso otra vez de pie y se quitó un sacón de lana gruesa. Los hombros quedaron al descubierto, la mirada desafiante también.

El desconcierto de los habitué pudo más que la discusión que habían tenido hasta entonces, y por unos minutos nadie dijo ni atinó hacer algo.

Desde la mesa intrusada llamaron al camarero que, dudando, tardaba más de lo acostumbrado en ir a atender a los recién llegados; hasta que por fin decidió no hacerlo. Fue ese hecho el que despertó a todos, más que ninguno a Roberto. Se puso de pie. Compuso la camisa dentro del pantalón y cansinamente se dirigió hasta los que habían entrado recién.

Los otros siguieron el movimiento con la mirada.

-Acá no pueden quedarse -dijo mirándola a ella con marcada mueca de desprecio.

Y ella respondió, la voz gruesa:

-¿Por qué? Quién va a impedirlo.

El del bigotito ni siquiera lo miraba. Estaba concentrado en el menú, como si en ese acto de elegir qué tomar estuviera decidiendo el resto de la noche, también afanoso por demostrar que sólo era su cliente, el de ella.

Roberto se mordió el labio superior.

-Nadie y todos -afirmó- ... la casa se reserva el derecho de admisión.

Las patas de la silla sonaron agudas al arrastrarse levemente hacia atrás. Primero se apretó la punta de la nariz con el índice y el pulgar; ella buscaba la palabra exacta. La soltó, arrastró un poco más la silla hasta encontrar la separación justa. También se puso de pie. Mirada fija en la mirada fija de Roberto.

-Atendeme, flaco -le dijo ella- nada va a impedir que me tome un café, una cerveza o lo que se me cante el ojete, ¿entendés?

El de bigotito soltó el menú sobre la mesa, tranquilo, sin aspaviento y desentendido de propósito, volvió a llamar:

-¡Mozo!

Desde atrás de la barra de madera y estaño se asomó el ruso Salomón, dueño del bar, y con un vozarrón amañado de tabaco definió la trama:

-Qué mozo ni mozo, acá no se aceptan degenerados, ¿entendió?... y se me van ya mismo de aquí, por las buenas o por las malas.

Varios se acercaron a la mesa de la discordia. Ella y el de bigotito, superados en número, recularon; al llegar a la puerta, a la par que entregaba el sacón de lana gruesa al de bigotito, ella increpó a Roberto:

-Si sos tan macho vení a la calle.

Y Roberto lanzó una carcajada, tan típica en él, tosca y sobradora:

-Miralo al asqueroso de mierda... ¡salí que te voy a romper el culo pero a patadas, mariposón!

La pelea siguió en la calle coronada de gritos: “hijos de puta, bufarras, putos redomados, travesaño de mierda” y otras lindezas por el estilo. Roberto había partido un pedazo de baldosa contra el cordón de la vereda y la encaraba enarbolando en una mano el mosaico y en la otra sus dedos percutidos de grasa. Apoyada contra la pared, ella esperaba la embestida de Roberto o también la de cualquiera de los que amagaban con entrarle. El de bigotito estaba un poco más allá, espectador de lujo, no intervenía. A él los otros lo habían perdido de vista.

Esa noche, acompañada por la sirena de la ambulancia, ella rumiaría su odio completo mientras revisaba su cuerpo cargado de moretones, golpes, los pómulos magullados y la sangre reseca en las fosas.

Escenas como esas se repitieron a lo largo del tiempo. Por lo general Roberto era el pendenciero. Maidana, de tanto en tanto, intervenía. Algunas veces tuvieron que pasar por alguna comisaría; casi siempre terminaban haciendo buenas migas con el oficial que estuviera en turno y eso los favorecía para dejar rápido el lugar.

Maidana y Altamirano fueron buenos amigos que supieron acompañarse en las buenas y en las malas aun no compartieran vidas comunes.



8)

El afiebrado urbanismo de Buenos Aires me lleva por sus calles definitivamente ausente. Creo no haber comentado que mi viejo tenía una familia mínima. Era hijo único; nunca conocí a mis abuelos.

Por ahora, había decidido, no volvería a la casa de Maidana. Los fantasmas que la habitaban se asemejaban mucho a mis pesadillas. Cuando niño tuve un sueño que me ha perseguido desde entonces: veía a mi viejo reclinado contra una pared, yo me acercaba: ¿Papá?, y apoyaba mi mano en su cintura. Mi padre, impulsado por mi movimiento, con la cabeza erguida caía hacia adelante hasta aplastarse contra el piso. El mango negro de un cuchillo asomaba desde su espalda, sé que suena a estereotipo, lo juro, eso soñé. La tremenda nitidez de aquel mal sueño me ha perseguido siempre. Por eso, no sería yo el que traicionaría su voluntad.

Saber que mi padre fue un combatiente en la guerra por las Malvinas y que los secretos de aquella aventura se esconden en la boca de Maidana me impiden ir por más. No regresar allá era una decisión que creía casi tomada. En esa determinación puse toda la energía de la que era capaz porque también estaba

convencido que ante la menor debilidad cedería a la tentación de volver a Florida, a esa casa en la que habitaba el demonio de la verdad, del miedo y de la traición. El temor a saber y a perderla. Porque por sobretodo no soportaba la idea de que las manos de Maidana pudieran atreverse.

Agustina discutió mucho, trató de convencerme. Ella no entendía -o sí, en ese caso estoy seguro que no le importaba- que si mi padre no quiso que supiéramos esa parte de su pasado, yo no era nadie para profanarla queriendo averiguar más. Por supuesto nada le dije de las razones que tenía para no ir. Más adelante, a pesar de no desearlo, conocería qué había pasado en aquellas islas; mejor dicho lo que había pasado al regresar. Cuál era el motivo por el que había ocultado a mis hermanas, a mi madre y a mí su condición de ex soldado. Qué fue lo que lo atormentaba. Y lo supe porque además de mí, Agustina tampoco dejó de visitar en muchas ocasiones a Maidana. Ya se lo he referido, doctor, ese hombre despertó en ella una fascinación que yo no toleré nunca. Ni siquiera ahora que está muerta. Pero antes de que la perdiera pasaron muchas cosas, descubrimientos demasiado insoportables para mí, algunos que hoy se hacen presente y seguramente mañana voy a olvidarlos. Por favor dígame, ¿es cierto que el cerebro nos permite sobrevivir gracias a que reprime los recuerdos que nos hacen daño?

Cuántas veces me pregunté ¿por qué alguien mata? Cuál es la razón de que esa pulsión todavía no haya sido domeñada por la cultura. Tal vez sea porque es la misma cultura, o su configuración diría Grimson, la que condiciona nuestras emociones mucho más que la propia psiquis individual. Nadie sabe darme una respuesta satisfactoria, ni usted que es mi psiquiatra. ¿Por

qué estoy acá? Tan hábil es mi abogado que incluso a usted lo ha persuadido de que mi mente está enferma; mi convencimiento de que fue Maidana el que la mató, ¿es una alucinación?

9)

Domingo por la noche. La primavera acechaba y el frío de Buenos Aires seguía ahí. Agustina y el Negro estaban en el bar de la calle Humahuaca. Al menos, una vez durante su carrera, solían ir casi todos los estudiantes de Filo.

Noche de música en vivo, sudores varios y alcohol. Mezclados, el humo del porro con el de los cigarrillos -eficaz conjuro contra las prohibiciones legislativas-. Brazos levantados. Las bocas, los cuerpos y las miradas que se cruzaban. Agustina no dejaba de moverse, iba de mesa en mesa, sonreía, charlaba, se ponía seria cuando replicaba alguna afirmación hecha a des-tiempo, y otra vez sonreía.

“Todo queda lejos tras la puerta de mi casa”. Allá, tres que son devotos del ska: voz, guitarra y bajo, traían a Buenos Aires a Fermín Mugurusa y a la Euskal Herria desde la nada. El Negro los escuchaba, pensaba que lo hacían bien; lástima que insistieran con esa corchea demasiado remisa.

La siguió con la mirada desde donde estaba, tenía una *Quilmes* en la mano.

No puedo dejar de observarla, a lo mejor porque admiro esa facilidad que tiene, el carisma de una mujer delicada y fina en aquel ambiente de estudiantes pretenciosamente belicosos, algo desgredados para las de su clase, amantes de una revolución que no conocen...

[Alguno -varios- la agarra(n) del brazo, ella se detiene, no más de un minuto, minuto y medio. Se desprende con suavidad, nunca pierde la amabilidad de su cara receptiva a los que la buscan. No los deja ir más allá].

o quizá sea otra cosa. Sus caderas..., o por ejemplo la manera de caminar o esa distancia extraña que a un mismo tiempo la acerca y la separa de ellos; también la siguen con esos ojos que son codiciosos como los míos. Finjo que me arden, entonces los obligo a soltarse de la atadura que los retiene en ella.

A lo mejor porque también me dedico a la música, siempre presté especial atención a los meneos de la gente -una manera de conocer- y ella no carecía de ritmo. Recuerdo cada uno de sus movimientos..., y ahora entiendo por qué.

Por fin, la dejo.

El Negro salió a la calle.

El frío me importa una mierda.

Terminó su cerveza en silencio.

Agustina es una mujer de carne y hueso, ¿cuántas veces hice el amor con ella y creí que me llevaría a su yo más profundo?

Cuántas creí que no podría salir. Que su concha increíblemente cálida me abrigaría en ella para siempre. Matriz escueta, mi habitación. Sus manos meciendo el pelo, yo acurrucado, único. Ella hecha para mí. Su vida no tendría ningún sentido, al menos no debería fuera de mí o mejor dicho conmigo fuera de ella. Posiblemente sea que se aburre un poco de mi tendencia a la melancolía, incluso también en mi cama.

Imprevistamente el Negro recordó lo que pasó dos o tres meses antes; estaban en la Estación Lanús esperando el tren para volver a Capital. Pasó una persona que empujaba a otra atenazada en una silla de ruedas, quizá fuesen hermanos. Después de buen rato los vieron llegar al andén de enfrente. Agustina le pidió que la esperase. Empezó a caminar en la dirección que habían tomado ellos. Se detuvo en el cruce peatonal; luego siguió por la veredita hasta salir de la Estación. El Negro esperó. Casi diez minutos más tarde, Agustina apareció en el otro andén; se plantó al lado del que estaba en la silla de ruedas y su acompañante. Ella estuvo ahí, mirando hacia dónde estaba el Negro; saltó a las vías y cruzó hasta él, que completamente sorprendido la ayudó a trepar. El guardia no le dio tiempo a preguntarle porque estaba encima reclamándole por aquella acción. Ella lo miró antes de largar:

-¿Qué clase de gente son ustedes? ¿No te diste cuenta que esos pobres tipos tienen que andar un montón de cuerdas para poder pasar al otro lado porque el cruce no está adaptado para ellos? ¿Qué me decís a mí? Andá a decirles a tus patrones que-rés...

Para el Negro -siempre inclinado a creer que en ella se alo-

jaba toda la nobleza humana- es eso, su solidaria elegancia y sensualidad la que hacía que todos quisieran tenerla, incluso Maidana. También creía que era esa generosidad la que la llevó a Chepes para conocer la sugestiva historia personal de Ramiro. Esa clase de solidaridad fuera de ciclo, casi retro, para él, absolutamente notable.

Por eso no tiene razón Favalessa cuando, aun reconociendo que Agustina es especial, igual me atomiza con eso de que todo en ella es una pose. La última vez me dijo: “No ves, Negro, es una conchetita, nena de papá, a la que le da paja estudiar, que se justifica diciendo que le dio el gusto a los viejos. Pa’ colmo histeriquea todo el tiempo la hija de puta... y hasta se viste medio hipona, eso sí, con ropa de marca. No la endiosés, loco, porque ella nunca dejará de ser una caprichosa consentida, que la va de loca haciendo cualquiera porque sabe que si sale mal estará papi para sacarla del bardo”.

Se equivoca Favalessa, a lo mejor yo exagere, para mí Agus es auténtica, lo que pasa es que él le tiene ganas y ella ni lo registra, por eso le agarró idea.

El Negro reflexionaba apoyado contra la pared exterior del bar de la calle Humahuaca, cuando oyó que Agustina lo llamaba:

-¿Negro, pasa algo?... me dio miedito, pensé que te habías ido.

-Nada, no pasa nada, vamos a casa.

Sumisa, acaso intrigada lo agarró de la mano.

- Vamos. -Dijo y se dejó llevar.

Aquella noche, ciertamente, hicieron el amor. Lo hicieron pausado, algo morosos. Estuvieron dentro, uno de la otra, todo el tiempo del mundo. Todo cuanto ella deseaba. Él experimentó el mejor orgasmo que tuvo jamás, circular, sin escapar de él consiguió que toda su humanidad vibrara en una zapada interminable.

Catón, un antropólogo platense, le dijo alguna vez que el varón debía aprender eso:

-Escuchame, Altamirano -lo intimó Catón- hay que coger sin eyacular, así mandan el Tao o también los monjes budistas. Porque tenemos un número limitado de respiraciones, de palpitaciones y de eyaculaciones. Respirar lento, disminuir las pulsaciones y garchar todos los días, acabar sólo una vez por semana protege nuestra energía.

Esa noche ella lució completamente agotada, entregada, diría el Negro. De su sexo derramó un olor pleno que ocupó todos los sentidos. Esa fue la primera y la única vez que él sintió que había cumplido. Nunca más podría repetirlo, ni siquiera con la mejor maría del mundo cobijándose en su almaicuerpo.

Extasiado, por poco feliz, no quise dormir. Tenía los auriculares puestos y escuchaba a Los Caballeros de la Quema: "...me siento a las sombras de tus piernas dormidas, como los fantasmas del recuerdo salen de noche a patotearme..."

En el medio de aquel desvelo premeditado sin quererlo, incluso resistiéndome, volví a otras sensaciones. Aquella vez en el andén de la estación Lanús también supe que no podría tener hijos con esta mujer que cuestionaba la maternidad como un fin en sí mismo. Porque su rebeldía era mucho más potente que la

mía, indisciplina que siempre estaría ahí, íntegra y categórica en cada una de sus acciones.

Por la mañana ella empieza a preparar su discurso, hablará en uno de los actos que se prepara para el veintisiete de octubre en homenaje a Néstor Kirchner (todavía quedan varias semanas por delante, pero Agustina es obsesiva). El Negro ha prometido que irá a escucharla.

Tenía razón mi viejo. Yo tendría 9 o 10 años, recuerdo que estaba con una gripe fuerte y algo de fiebre. Desperté en el medio de la noche, sin quejarme me levanté para buscar el refugio de mi mamá. Al llegar a la puerta de la habitación, escuché a mi padre que hablaba animadamente:

-Te quiero hembra Betty, hembra, ¿entendés? Antes que cualquier otra cosa una mujer debe ser la hembra de un hombre.

Aquellas palabras quedaron para siempre metidas debajo de mi piel. Palabras que no serían reemplazadas por otras: las que leo, las que escucho en las marchas, las que invoco en alguna arenga, discusión o alegato. Y Agustina no era una hembra en todo el sentido del término, le faltaba esa mansedumbre, obediencia necesaria, y era algo que yo no podría manejar.

Es verdad, Sartre lo dijo, “el infierno son los otros”, lo que calló es que el diablo somos cada uno de nosotros.

El Negro dormitaba sentado al costado de la cama acompañado por “Eiti Leda” del Charly de Serú: “...lejos, lejos de casa, no tengo nadie que me acompañe a ver la mañana... / quiero quemar de a poco, las velas y los barcos anclados en mares helados / nena. / Este invierno fue malo, y creo que olvidé mi

sombra en un subterráneo. / Y tus piernas cada vez más largas saben que no es bueno volver atrás, / la ciudad se nos mea de risa, nena”.

Lo último que pensé antes de dormirme del todo fue que me gustaba aquel Charly, su música, su voz, el auténtico. Porque éste, el de hoy, es demasiado formal y cortés, es cierto que está bueno verlo sano, sanito... el otro, no tengo dudas, ese sí que es el amo de la musa.

*

Mes y medio después de aquel sábado, a pesar de que se había prometido no volver, regresó a lo de Maidana.

Fue solo. Estaba al tanto de que Agustina había ido varias veces, ella lo había confirmado.

Antes de llegar los vio. Era un grupito de pibes de no más de diecisiete años. Se notaba, no eran de la villa, así se vistiesen, para imitar, con buzos tipo canguro, zapatillas deportivas y gorritas de colores. Agustina le había contado lo que se decía: solían robar por ahí. Se metían en las casas de ancianos o de personas que vivían sin compañía. Supo luego que por ellos Maidana nunca ponía llave en el cancel de entrada. Aseguraba que los esperaba, listo. Y que, como si supieran, nunca amagaban. Vieron pasar al Negro y alguno hizo una seña; no encararon, quizás supieran adónde iba.

Lo recibió sin emoción alguna, tal si se hubiesen visto ayer. Sobre el bargueño del living, una caja de música con su bailarina celeste; el Negro se quedó mirándola hasta que Maidana, acercándose, aseguró:

-Pertenece a tu madre. Roberto la trajo un día y me la dejó no sé a cuento de qué, la cosa es que la puso ahí y yo no la saqué, no tenía por qué hacerlo.

El creciente de luna brillaba sobre las baldosas del patio y se reflejaba también en los visillos de la cocina.

Lo había hecho antes. Maidana bebía su ginebra pura y sin hielo. ¿El Negro? Aceptó sólo agua. Por supuesto nunca hablarían sobre Agustina, algo que a él le causó cierto despecho, como si de propósito Maidana hubiera evitado el tema. Sin embargo, la visita no sería totalmente en vano porque se despa-charía a gusto, de lleno en aquel pasado oculto por el padre del Negro. Justamente, Maidana le dijo que aquellos recuerdos no eran similares a una sombra. Leve, borrosa, confusa. No. Aquellos momentos tenían una totalidad perfecta, nítida, si hasta al ruido de las explosiones les seguía el olor inconfundible de las piedras escaldadas. Afirmaba que de eso no podía despegarse: el olor de la guerra.

Maidana parecía desplomarse mientras hablaba. Tal vez sería que recordar produjera en él sentimientos fuertemente contradictorios.

El Negro dejó que se quede así, ensimismado; supuso que regresaría con ese particular modo que tenía: explicar las cosas que ya habían empezado a pronunciarse en su cerebro antes de verbalizarse al aire.

Así fue, de golpe lo escuchó alegar:

-...por todo eso soy del Paraná. Recuerdo el gesto de Roberto, gesto inútil, él añoraba aquel mar helado, sí, pero sabía que nunca sería más que un ensueño o... en todo caso, un discurso de ocasión, no más que eso.

De nuevo hizo silencio.

El Negro no llevó la guitarra a propósito, no quería que se distrajera en guiños amables de su parte. Deseaba que notara que estaba molesto, que esperaba algo más. Algo que tuviera que ver con una especie de confesión: qué había pasado entre él y Agustina las veces que ella fue a verlo.

Pronto se arrepintió de no haberla llevado porque a lo mejor si hubiese interpretado algún tema lo hubiera alentado a que esas pausas en las que entraba no fuesen tan pesadas. Es posible que así, Maidana se hubiera animado a largar no solamente su historieta malvinense. En el Negro pudo más cierta tozudez que no lo dejaba pensar claro.

La noche enfriada. Una ventisca intermitente movió las ramas del ciruelo despegando algunas de las flores nacientes.

-...una fosa común, sin nombre.

Levantó la vista, sacudía negativamente la cabeza. El Negro recordó lo que Agustina le había dicho un día: "Ojalá Maidana se dé cuenta, aquellos fueron años de una Argentina llena de fosas sin nombre".

-Sabés Daniel -dijo de repente, tal si fuese imprescindible que la idea no dejara ninguna duda -Sabés pibe, repitió dándole cierto dramatismo a lo que venía - Malvinas no se puede pensar sin sus muertos muertos ni tampoco sin sus muertos vivos... los argentinos desean pensarlas siendo las hermanitas perdidas allá en el frío más frío del Atlántico sur y así, historia mezquina, la convierten en un simple pedazo de tierra.

Al Negro los años de militancia se le vinieron encima, todos juntos, como si hasta ese día les hubiera faltado algo. Maidana, que había apoyado su cara en un puño, no lo dejó librado a su

propia reflexión ya que de inmediato agregó:

-Ahora, que la guerra ha sido borrada por el olvido, la indiferencia y, ¿escuchaste bien?, dije la guerra, Daniel... bueno, a veces yo escucho las voces, los gritos, veo sus ojos. No son únicamente los muertos que quedaron allá -en una de esas hubiera sido lo mejor-, olvidados vivos es peor que estar muertos. Sabés, Daniel, el olvido es la soledad.

En aquella oportunidad, pese a que ya había empezado a odiarlo, hubiera querido que todos mis compañeros estuvieran ahí, que escucharan la letanía que Maidana desgranaba en susurros por poco inaudibles.

-Para qué tanta sangre.

El Negro escuchaba y pensaba en las marchas, las tomas, los símbolos, la Esma, los H.I.J.O.S.

-...la espalda vimos. Maidana hizo otra pausa; tenía ahora el mentón apoyado en el pecho y un dedo metido en la oreja derecha.

-...derrotaron. ¿Allá la derrota?

Yo tuve la sensación de que atrás, en el otro patio, una imagen o silueta se asomaba y se escondía con simétrica escrupulosidad. Sé y supe que era sólo eso, apenas una impresión que no dejaba de turbarme.

-...roes, eso; porque cuando volvimos nadie quiso mirarnos. Y no hablo de los generales, no. Esa era una verdad que Roberto, a su pesar, admitía. Sólo héroes metidos de lleno en la desmemoria para que todo siga como si nada.

Turbado y todo, me hubiera gustado acercarme, tocarla, preguntarle: ¿qué pasa sombra?

-...en la lluvia. Vos sabés, Daniel, que Roberto era terco como una mula, esa vez no lo dejé. Casi sobrándolo largué: lo que es a mí... mis pies pisaron y pisan otra tierra cuando volvieron. No es que ellos, mis pies, la desconocieran. No, de ninguna manera. Fue este suelo, éste que todavía habitamos el que negó mis pies.

Maidana se levantó con el vaso en la mano, evidente, iría a buscar más ginebra. El Negro aprovechó para empeñarse hacia el otro patio. La luz de la luna trasparenteaba la oscuridad. Una estría de aquella forma que había visto persistía entre el sócalo de la pared y la mitad ciega que se guardaba de sus ojos. Desde otro lugar llegó olor a fritura de oliva, ajo y cebolla.

Todavía hoy me pregunto de dónde vino ese olor que llegó de repente, que me quitó de un saque el arrobamiento por el fantasma. También fue la voz. Él volvió, yo regresé a mi lugar. Traía el vaso un poco inclinado sostenido con las dos manos.

-...y me preguntaba dónde habían quedado, a qué distancia de ella estábamos. Pobre Roberto, tenía la ilusión que estuvieran ahí, en cada cara, en cada corazón de los que pasaban por la vereda. Nunca respondí a esa pregunta, no me animé a decirle que esa distancia debía medirla en orfandades.

Me detuve en su cara, no le creía, seguramente él intentaba disimular apelando a un buen recurso: mi padre y sus dudas.

No me engañaba, ni siquiera hoy después de todo lo que pasó

podría convencerme de su inocencia. Sé que la vida está llena de contingencias. Este no fue el caso.

-...balas fueron un pormenor inevitable. Por eso la muerte fue, incluso, esperable. Los muertos que vinieron después, matados por el silencio elegido, eso no lo esperábamos. Por eso, no tengo más dudas: Malvinas, para mí, fueron y son una noche.

El Negro regresó a Buenos Aires sin resolver el dilema, sin ni siquiera haber realizado una sola pregunta sobre Agustina.



10)

Sábado veintisiete de octubre. Allá estaba Agustina, encumbrada en la tribuna. Sostenía el micrófono con la derecha y acompañaba la arenga con la izquierda. El recuerdo de Néstor Kirchner no se despegaba de su boca.

El Negro los observaba, ellos levantaban los brazos, los dedos en V, las pancartas con la imagen de Evita y la de Cristina. 678. Los pañuelos de las Madres y las Abuelas. Juan Perón.

La voz de Agustina Arrieta, entre aguda y dulce, los cautivaba. El pelo negro. Su cuerpo espigado, algo inclinado hacia el sol.

Las palabras de Agustina, mi mujer, increíblemente (para mí) hechas discurso peronista.

El bom-bom de los bombos, el para-para-papa de los tambores y el grito: “Néstor no se murió / Néstor no se murió / Néstor vive en el pueblo la puta madre que los parió/”, acompañaba la última referencia que Agustina atribuyó a Eva Perón, la santa peronista: “Caiga quien caiga, cueste lo que cueste, la Patria dejará de ser colonia o la bandera flameará sobre sus ruinas”.

La veo perderse entre abrazos que para mí son falsa izquierda. Envidio a la masa peronista apropiada de la lucha de los trabajadores. Sus símbolos. La mística que parecen recuperar desde los años de la resistencia.

La envidio y no la entiendo.

Y me duele.

Pero no les creo.

Un día Agustina se va a desilusionar. Ojalá pueda convencerla.

Me voy, para qué esperarla.

Me fui.

El Negro caminó lento, cerca de la pared. Serio.

No quiero que alguien pueda confundirme. Hacen todos estos actos para exorcizar lo que se viene: el 8N. La clase pudiente saldrá a la calle. Los inefables pequebus argentinos estarán en la calle el ocho de noviembre, cacerola en mano, para reclamar por los dólares que no les dejan cambiar por sus pesos.

Quería llegar a su casa.

Olvidarse de todo.

Que Agustina disfrutara antes de. Porque, para él, serían sus padres los que reprocharían su renuncia, ese inaceptable desapego de clase.

Caminaba con el fantasma de su padre a su lado.

Él entiende que sólo quiero andar para olvidarme de ella, al menos esta noche. Escucho que me emplaza: ser buen macho es el propósito.

Romper el silencio de mi casa; dormir al compás de ese álbum emblema: Artaud. No sé si el flaco Spinetta sería peronista, no importa: "...No estoy atado a ningún sueño ya / Las habladurías del mundo no pueden atraparnos..."

*

Jueves ocho de noviembre de 2012. Agustina quieta. Las manos reposadas en el regazo de su minifalda azul desteñida. Pretendía ignorar el ruido, al que consideraba histérico, de las cacerolas que avanzaban.

Hablaba, sin parar:

-Sabés, Negro, a veces pienso que a Maidana le gana el pudor de saberse un desterrado definitivo. Él sabe que aquello no debe reconstruirse para la memoria, porque, ¿te imaginás qué me dijo? Nada, Negro, que haber estado allá es haber quedado hoy, y para siempre, a la descampada.

Hizo una pausa, buscó la aprobación del Negro. Él estaba un poco hartado de tanta insistencia. Creía entender lo que a ella le pasaba, por eso tuvo ganas de decirle: "a qué repetir tanto", prefirió aguardar por lo que venía.

-Negro... creo que Malvinas es un genocidio singular.

-¿Por qué decís eso?

-Porque los que murieron allá están muertos, los que volvieron, en cambio, padecieron el desprecio de la mano de un país tan cagón como desesperado por no perder la ventaja, y por

eso no sólo están doblemente vencidos sino también muertos dos veces ¿no te parece?

Él tenía la guitarra en una mano. Ella tomó un trago de cerveza antes de seguir con su alegato imparabile:

-Y mi viejo que me atomiza, no lo soporto. Me sermoneó a la vez que daba vueltas alrededor de la probable maqueta de Casa Foa 2013; dijo que los hombres necesitamos conciliar las derrotas, la lejanía, que no sirve acercarnos: “¿volver?, para qué; tenés veintitrés años Agustina, qué te preocupa de algo que ya pasó. Treinta años, Agus, es por vos que a esos pitufos que volvieron los metimos en una caja fuerte llena de subsidios, jubilaciones, planes de salud. Lo hicimos para vos y los de tu generación, ¿entendés? Los ingleses nos ganaron, convencete, hija”. En ese instante estuve a punto de decirle que su argumento de mierda era comparable con el de Lanata, y que se quitara la careta de una buena vez; no pude porque él siguió boconeando, Negro, así, sin mirarme, la tenía pegada en la maqueta y sin ni siquiera levantar los ojos me tiró: “Hasta les reconocimos una pensión equivalente al nivel 5 – auxiliar 6to. del Poder Judicial, ¿te parece poco, hijita?”

-Escuchame -intentó interrumpir el Negro; ella, como si de pronto recordara algo que no tenía que ver con lo que estaban conversando no se lo permitió:

-But... ¿vos creés, por más hijo de puta que sea, será cierto que el gordo Lanata es violento?

-No sé qué decirte.

Afuera el eco del cacerolazo atravesaba las paredes. Y ella hizo una pausa para escuchar. Ansiaba que acabara de una

buena vez. Su cara españo germánica la mostraba entre desalentada y furiosa.

Algo trajo a mi cerebro la noción de las máscaras, algo que me ayudaría a no permitir que se desamorara de mí.

El Negro se levantó del sofá donde estaba recostado. Llevó consigo la guitarra. Se acercó hasta sentarse en el piso y apoyó su espalda contra las tibias desnudas de Agustina. Probó unos arpegios suaves antes de empezar con su discurso que no llevaba otra intención que la de intentar explicar ciertos atolladeros sociales:

-Crear que las máscaras ocultan es un error, Agus, sé muy bien de lo que hablo. Quisiera que escuchés, no quiero quemarte la cabeza y acaso te ayude a entender. Ya sé, por ahí pensás que estoy poniéndome tipo chabón presumido. No, A, solamente quiero encontrar alguna explicación sin volarte el bocho: ¿cuál o a qué? Nada, por ejemplo al capuchón que abriga a tu viejo o el que visten esos que hoy están en la Plaza. Esperá, Agus, no te calentés, yo pienso igual que vos acerca de lo que son por más que vayan a la Plaza; para ellos estar ahí es una excentricidad propia de su clase (la tuya, pensó el Negro), tener algo distinto para contarle a los nietos, equivalente a una extraordinaria aventura, ¿no? Por eso está bueno que sepas que las máscaras están hechas para mostrar, siempre, flaquita. No te aíslan ni que tengan, en palabras de Levi-Strauss, una función higiénica. ¿Qué es sino una marca? *Nike*, por ejemplo, ni más ni menos que un antifaz que muestra quién querés ser, qué deseás representar y dónde creés que estás.

Sin quererlo, de las cuerdas salieron los primeros acordes de “La Navidad de Luis”, de Gieco.

-Tu viejo solo pretende legar su propia máscara, asegurar el linaje y te elige a vos, su única sucesora, ¿entendés?

-No, bah, sí que te entiendo, Negro... no va a poder, tampoco la hija de puta de mi vieja. ¿Te dije que esta noche ella fue a batir las ollas, con las reconchudas de sus amigas, hasta la Quinta de Olivos?

El Negro sintió que corría el riesgo de parecer un monótono profesor en su cátedra; lo mismo, machacó:

-No van a conseguirlo, porque el poder de las máscaras reside en ciertos rituales y ceremonias... en una especie de eucaristía inevitable, en este caso de clase, una ópera que vos no actuás. Y en esa, tu negativa a representar esos oficios, está la bendición.

Agustina lo miró. Hizo una pausa, midiendo antes de responder. Por fin eligió decir:

-Te amo, Negro.

Y él, sin intentar siquiera discernir si esa afirmación de Agustina navegaba en el ambiguo límite que separa la ironía de la sinceridad, continuó con su discurso:

-Esperá, no me amés todavía, quiero afirmar la idea porque veo que la tenés... perdonáme, no se me ocurre otra manera mejor de hacerlo: los museólogos nunca van a entender que en sus salas relucientes y perfumadas con detergentes las máscaras que exhiben, robadas a los pueblos, por ejemplo las Mapuches, han perdido todo su señorío, influjo y jerarquía porque en los ojos blancos que las acechan detrás de los cristales que las encierran no se inscribe ni se encarna la liturgia que las significaba.

El ruido de la calle había cesado. Agustina tiró mansamente de sus brazos, lo ayudó a que se pusiera de pie. El aire de la noche se hizo leve ventisca y entró por las ventanas abiertas. Su mano envuelta por la suya.

Ella me llevó hasta mi cuarto. La guitarra fue conmigo.

Sentados en la cama le pidió que contara algún secreto. Agustina necesitaba, aseguró, seguir metida en ese espacio en el que el Negro construía para ella un mundo que aclaraba lo inexplicable de un modo fácil, intelectualmente pretencioso y al mismo tiempo cálido:

-Negro... A ver, dale, contame un secreto que tengas... después sí, garchemos para que, de una vez por todas, olvide la noche de afuera.

-Putá madre -le dijo- me la complicás... o no, ¿quierés secretos?

-Sí, por favor.

-Bueno, yo te cuento una historia pública que se transforma en un secreto mío, eso sí, vos me contás uno tuyo, ¿dale?

Agustina dijo sí; se desnudó primero y enseguida, cubierta por la sábana, se estiró todo a lo largo de la cama.

-¿Conocés la historia de la guitarra más famosa de B.B. King? Bueno, él la bautizó Lucille, ¿sabés por qué? La cosa es que en un boliche donde él estaba tocando, dos chabones se cagaron a piñas por una minita cuyo nombre era, justamente, Lucille. El caso es que se armó un bardo tremendo y en medio de la pelea una lámpara o algo así reventó contra el piso alfombrado y se produjo un fuego que se volvió incontrolable. En el bar todo empezó a arder casi en simultáneo y no quedó

otra que escapar a los pedos del lugar. También B.B. se rajó a la calle; recién cuando estuvo afuera se dio cuenta que había dejado su guitarra adentro, ¿entonces?, nada, se mandó de una adentro otra vez, fue a rescatar la guitarra sin dudar un segundo. Lo consiguió y al toque salió a la calle con ella aferrada en su mano. Dicen que su ropa se chamuscó y que, incluso, en su espalda quedaron rastros de ese fuego pendenciero. La guitarra se salvó y él hizo homenaje a esa mujer a la que no conocía llamando a su guitarra con su nombre, es decir: Lucille. Bueno, a lo mejor te parezca cursi... hasta que te encontré, mi vida era una rutina que carecía de entusiasmo suficiente. Un incendio lerdo que me quemaba sin sentido alguno. Bueno, A, vos sabés que una de las cosas que más quiero es mi guitarra y la noche que te besé por primera vez supe que ella...

Levantó la guitarra a la altura de su pecho.

- ... ya tenía un nombre: Agustina.

Ese era su primer secreto.

Se lo contó mirándola y vio o quiso ver en sus ojos la huella de una lágrima que asomaba.

Lo abrazó, escondió su cara entre su hombro y el cuello:

-Lindo- Le dijo. El Negro no pudo advertir el gesto de su cara. De haberlo hecho hubiese corroborado que para Agustina todo eso le resultaba bastante cursi.

No puedo asegurarlo, doctor, tuve la sensación que sonreía, como si aguantara no sé qué, quizá otra cosa, no emoción.

Una mosquita zumbó en su oreja y la espantó con un movimiento rápido.

-Te toca, dijo él, separándola.

Ella lo miró.

Agarró su cara con las dos manos y lo besó. Largo. No cerró los de él, ella sí los suyos. Su brazo izquierdo hizo que se desprendieran y una de sus manos bajó hasta que los dedos se posaron en el nacimiento del pubis del Negro. Detenida ahí, se separó apenas un poco, abrió los ojos y empezó a narrar el suyo.

-Tenía catorce años, Negro, mi mamá había recibido un sobre con un cuento de un fulano que firmaba sólo con una letra: H. Ella había tirado las hojas de papel en el tacho de basura que estaba en su escritorio. Yo las recuperé. Las guardé entremetidas entre las páginas de *El Corsario Negro*, un libro de Emilio Salgari que afané de la biblioteca de mi padre. Siempre tuve terror de que mi madre las encontrara, vos ya sabés que estoy segura de que ella revisa mis cosas. Hace un año las escanéé y las guardé, encriptadas, en mi Ipad y por fin me deshice del papel quemándolo. La cuestión es que en aquel tiempo intuí que ese tal H era el amante de mi vieja. Ok, eso pensé sin ninguna prueba y con toda la sospecha, por esa etapa mis viejos discutían mucho; ya no escuchaba, durante mis noches premeditadamente desveladas, esos gemidos gritados en sordina con los que creían ocultar sus garches.

Dejame que te muestre lo que H escribía. Agustina abrió el archivo y leyó: *“...Algunos cuentan que ya se conocía que los Wichís habitaban a las orillas del gran río: el Bermejo. Dicen que fue ella. Una, otra y muchas otras veces. Llegó desnuda, fría, blanca. La primera vez vino con ellos. Ellos, los que hacia el año 1590 se presentaron nombrando a un Dios desconocido a la vez*

que empuñaban espadas grises. Ella atacó -la última, dicen, fue hacia 1930-, en las aldehuelas de Los Buitres y Los Mosquitos.

Hubo fiebre, vómitos. La cabeza que nunca antes dolió así. Cuando la fiebre se iba aparecían manchitas rojas en la boca; instantáneamente en todo el cuerpo. Las manchas se hacían llagas llenas de pus y se picaba toda la cara. Cuando volvía la fiebre el dolor era insoportable.

Casi ninguno sobrevivió.

Esos hombres altos que hablaban en una lengua incomprensible. Esos hombres que llevaban pecheras metálicas y brillantes. Y grandes colgantes -también brillantes- con forma de cruz aseguraban que no tenían la culpa.

Dicen que los Chamanes no pudieron comunicarse con ella. Con ella, a la que llamaban Viruela. Ella, la que trajeron los hombres de cruces colgantes y lengua incomprensible.

Cuando la Viruela ya había entrado, en provecho de la conquista. Ese entonces en el que los caciques, mansos, se habían acercado a los hombres de armadura y cruz ofreciéndoles la tierra y sus frutos ocurrió el crimen.

Noche con Luna. Grande y esplendente.

Parece que fue cerca de Guadalcazar, la pequeña aldea fundada hacia 1625. La selva fue abriéndose desde la costa. Dicen que hacía un ruido comparable a celofanes agitados.

Y que el río, para ver mejor, montó sus ojos en el viento.

Y que los que avanzaban llevaban palos hechos lanza.

Juan Ledesma era un cura católico apostólico romano que había llegado hasta ahí poco menos que tres meses antes. Comentan que era menudo y regordete. Una sonrisa entre estúpida y divertida. En los ojos la mentira. Entre las manos llevaba siempre

un rosario de cuentas. Colgada del cuello una cruz de madera. Y en el corazón un viejo odio que ninguno pudo revelar.

La historia de su muerte fue pasando, boca a boca. Nadie tiene certezas aunque sí intuiciones.

Fue una noche que se presentaba apacible. Después que los católicos españoles hubieran malmatado a las mujeres de Inát Pelaji¹ justo cuando los hombres wichis andaban metidos, persiguiendo a un ha'yäj² que rondaba la aldea.

La selva se abrió y ellos entraron en el fuerte de Gualdacazar. Los pies no tocaban la tierra hasta que la luz de un fuego violento se recortó en la negrura.

Ayes tardíos.

Y Juan Ledesma que asomó la cara. Tres los que corrían y pasaban a su lado. El cuerpo regordete saliendo del todo. Parecía no entender,

¿qué?

Pocas las construcciones. También la defensa. Sorpresa y miedo. Las espadas no alcanzaron.

Gritos.

Los ruegos.

Y una sola voz,

por qué con nuestras mujeres.

¿qué?

Hacia el amanecer la matanza vindicativa cobró dimensión.

En ese mismo entonces la injusta aventura punitiva empezó a pergeñarse. Porque a pesar de ser ciertas las violaciones a las indias, tanto atrevimiento no debía quedar así.

* Agua Blanca

** Jaguar

Sin pago.

Al cura Juan Ledesma recién lo encontraron tres días después. Su cuerpo principiantemente agusanado no había sido tocado por otros animales.

Ni siquiera los cuervos.

Un Wichí fue acusado de entregar el fuerte. Justo él, al que habían renombrado Pedro. Ese, el que había sido evangelizado antes y primero.

Desde aquella noche, Gualdacaazar se llama Fuerte Ledesma...”

Agustina dejó el Ipad a un costado; la cubierta protectora extinguió la luz brillante de la pantalla.

-Ese indio del relato de H, al que los españoles llamaron Pedro, se metió entre mis fantasías, Negro, no me preguntes por qué, ni yo lo entiendo. Algunas noches me despertaba en medio del silencio de mi casa y me tocaba imaginando sus manos abrazándome. Así descubrí el placer, ese indio llamado Pedro fue el primero que entró en mí... fueron mis sábanas algo manchadas las que me delatarían con Susana, la señora que me crió. Claro, ella nunca reveló nada.

La cabeza del Negro estaba apoyada en las palmas de sus manos y éstas en la almohada contra el respaldar de la cama. Permanecía callado porque quería seguir en el disfrute de aquel cuento que era análogo al relato de algún etnólogo demasiado identificado con el objeto de su estudio.

Imaginar sus dedos y mi cara puesta en lugar de la de Pedro me ponía para arriba. Ella tocó mi mejilla para, sorpresivamente, quitarme de ese lugar.

-Tengo algo más. No sé por qué me acuerdo de esto que no tiene nada que ver con esa historia.

Ella se acomodó un poco más alto en la cama, la espalda contra el respaldar, su cuerpo un poco alejado de su novio:

-Qué querés contar Agus, dale, decime.

-¿Apagamos la luz?

Algo fastidiado, Daniel Altamirano salió de la cama, fue hasta el interruptor, apagó la luz.

-¿Por qué me acuerdo ahora? Bueno, no importa, mirá Negro, desde que tuve siete u ocho años y hasta que más o menos los quince, mi viejo, tan bruto a veces, tan macho siempre, cuando quería bajarme línea me sacaba a pasear en el auto. Dábamos vueltas por la ciudad, íbamos los dos solos: él hablaba, me cagaba a pedos por alguna cosa que yo había dicho y que le resultaba fuera de lugar, del suyo por supuesto; entretanto yo lloraba sin parar, quería contestarle, no me dejaba. Porque él siempre quería tener razón, gritaba. Mi vieja era cómplice de todo eso, hubo veces en la que volvíamos los tres de alguna parte, ponele desde lo de mis tíos y empezábamos a discutir por algún comportamiento mío que a ellos les había resultado chocante o no sé qué mierda; llegábamos hasta la puerta de mi casa, mi vieja se bajaba del auto, yo pasaba al asiento delantero y partíamos los dos en el autito moralizante. Así fue hasta que por fin me animé.

Regesábamos de una fiesta, yo había enfrentado a un amigo suyo cuestionándole ya no me acuerdo qué cosa, el tema fue que para ellos aquello resultó vergonzante, los desubicaba mi impertinencia. Llegamos hasta la puerta del garage de casa, mi vieja se bajó, yo también... antes de dejarlos plantados, le dije

a mi viejo que nunca más iba a aceptar aquel trato ni sus discursos ni tampoco sus gritos o recomendaciones realizadas de aquel modo. Te juro, quedaron desorientados. Mi vieja volvió al auto y se fueron los dos. Ya no recuerdo lo que hice, lo que sí sé es que desde ese día ellos no volvieron a practicar aquellas maneras aunque nunca dejaron de ser autoritarios y gorilas. Para mí aquella actitud fue el verdadero ritual de paso entre la niñez y la adolescencia y no la pedorra fiesta de quince que me habían organizado unos meses antes. Aparte, desde aquella decisión mi rebeldía se afirmó, justo lo contrario de lo que él había pretendido.

Agustina quedó en silencio, aparentaba estar remetida en aquel tiempo. El Negro no dijo nada, siguió punteando las cuerdas de la guitarra en el medio de la penumbra.

Ella dejó que pasara un rato hasta que, con suavidad, la quitó de sus manos, silenciándola y la apoyó contra la pared. Volvió a la cama, recostó su cabeza en el pecho del Negro; sugirió:

-Dale, amor, contame otra historia.

Fue una pausa tan breve que dio la idea de que a él no le hubiera costado encontrarla:

-Cuando tenía trece años había una pelopincho en el fondo de mi casa. Casi siempre venían mis amigos y también las amiguitas de mi hermana a jugar y refrescarse. Había una, Romina, que tenía doce, daba quince. Muy linda. Tenía una actitud, cómo decirte, sí, muy desenvuelta. Siempre andaba sobrando a las demás nenas, como si de verdad fuera mayor que las otras. Tenía ojos grandes y, se notaba, maquillaba los párpados para resaltarlos. Puede ser que sus padres no lo supieran o no le prestaran atención, incluso también que la dejaran o la alen-

taran a hacerlo. La cosa es que llamaba la atención siempre. Yo tenía un amigo que estaba loquito por ella, Dante, tenía un año más que yo. Cada vez que se enteraba que ella estaba en la pile me atomizaba para que fuéramos a jugar, a bañarnos con mis hermanas y con Romi. Te imaginás que me daba cuenta de su interés y siempre intentaba resistirme porque intuía lo que podía pasar. Bueno, una vez venció mi testarudez y fuimos. La cosa es que vino una lluvia helada, torrencial y repentina, acompañada con un poco de granizo. Nos refugiamos en el hueco de la escalera que llevaba a la terraza. Estábamos apretujados ahí, por supuesto, Dante pegado a Romina. Me acuerdo que ella se reía y él pasaba sus brazos por sobre sus hombros y las manos quedaban rozando sus tetitas. De pronto apareció mi viejo. El patio se llenó de gritos. Tengo pegada en mi memoria la imagen de Dante agarrado de los pelos por las manazas de mi padre. Arrancado de golpe del grupo. Su cuerpo flaco mecido en el aire, su boca muda por la sorpresa y las patas desparringadas haciendo movimientos ridículos. Yo sabía, Agus, sabía que eso iba a pasar, porque varias veces lo había visto a mi viejo mirándola. Mi madre nunca aceptó que esa nena era provocativa, yo estaba de acuerdo con él, es decir, con el argumento que esgrimió él para explicar su conducta.

Agus permaneció callada. Mis ojos se habían acostumbrado a la negrura del cuarto y del mundo. Pude entrever que un rictus torcía su boca.

Afuera se había levantado el viento.

-Estoy cansada, Negro, no sé qué quiere decir eso que con-

taste, qué significa. Mañana podremos hablar, ¿no? Tengo sueño... en el desayuno te cuento bien..., arreglé con Rosella para ir a Chepes. Hay un chabón que se llama Ramiro, casado con una mujer etíope. Dice que está comprometido con lo social y que, aun desde la crítica, puede coparse con mi agrupación, ¿entendés? Además tiene una historia de vida muy fuerte. Parece que encontró la manera de resignificar las luchas de los 70. Por eso me interesa ir, entrevistarlo. ¿Sabés? Rosella dice que Javi le dijo que ese pibe, Ramiro, es de los tipos que no te juzgan con la mirada.

-¿Y Rossella a qué va?

-Para acompañarme, no sé, le copa la idea del viaje, ¿por?

-Nada, flashé que ella podía haber pensado en la JES, ¿no?

Una semana más tarde, no quiso que fuera a despedirla. Salieron desde Retiro el jueves por la mañana. El bondi las llevaría hasta Córdoba y desde ahí empalmarían en otra empresa hasta Chepes.

Al regreso trajo varias historias, debo admitir que Ramiro tiene una vida rica. Dura. Muy intensa.

*

Dicen que Chepes está en un llano árido. Que a medida que uno se acerca la tierra se hace plana, solitaria, bordeada por un monte achaparrado y caliente. La existencia y la nada conviven confundiéndose.

Escuche doctor, Agustina empezó su relato sin abandonar cierta conmoción que perduraba a su regreso. Economizó palabras, igual pude entender la realidad que intentó transmitir. Debo confesarle que no pude evitar vincular los acontecimientos de los que ella fue testigo con mis propios sentimientos. Y por eso suponer que ellos condicionarían nuestra vida en común. Ramiro, pero principalmente Maidana tuvieron una incidencia en ella que, creo, igualaron la línea del horizonte que yo había construido para nosotros dos. Puede ser que fuese eso lo que completó una decisión. Porque ninguno de los sucesos que narró estuvieron despojados de una significación tan definitiva como quizá abismal. Todo eso conmovió mis propios sentidos.

Maidana y Casa Quemada, Ramiro, Chepes y Etiopía me pusieron en un lugar que no imaginé habitar.

LA SOLEDAD



2

Chepes

11)

La primera impresión que Agustina tuvo sobre Ramiro fue la de un hombre comprometido. El mismo día que llegaron, después de que se alojaron en un hotelito llamado “Nirvana”, él las recibió en el Hospital Regional Luis Pasteur. En realidad es una manera de decir, ya que ellas fueron hasta ahí al escuchar la noticia que circulaba por todas partes.

Había revuelo de gente, gritos, policías. La figura morruda, algo calvo, barba espesa y negra hacía que Ramiro impusiera su presencia. La gente del pueblo se amontonaba en la puerta y tomaba partido en el asunto sobre el que discutían. La mayoría a favor del loco Vega, el gomero más importante del lugar. Había algunos, entre ellos el secretario de gobierno municipal, que intentaban explicar que ni aun si fuese cierto que el señor Vega tuviera razón, debió haber actuado de aquella manera:

-¿Y qué quiere, diga, que se le muera la changuita nomás?
-fue la respuesta más escuchada entre los asistentes al acontecimiento.

Pasó que la hija del loco estaba de siete meses. Embarazo complicado desde el primer día, vómitos y mareos que se prolongaron más de lo aceptable, descomposturas de la madre con riesgo para el bebé. También una placenta inestable y algunas pérdidas que si bien no pasaron a mayores, asustaban. Todo eso, y no tanto la comidilla que ponía en dudas la paternidad, pusieron a la familia en alerta.

Fue justamente una de aquellas inestabilidades la que la llevó al hospital.

El punto es que ese día ella tuvo una pequeña pérdida acompañada de alguna convulsión leve. El loco Vega la cargó en el viejo Chevy que un cliente le había dejado para hacer alineado y balanceado; en un dos por tres estuvo estacionado en la puerta del hospital. Mediodía, casi la una. Esperaban en la sala y el loco veía a Julita doblarse con las manos agarrándose la panza. Entonces la recepcionista del Pasteur, sin moverse, atrás del escritorio, sin levantar la mirada, les dijo que volvieran a la tarde o mejor al día siguiente porque el doctor no daría más turnos, tenía que almorzar y no sabía si volvería de la siesta. Si ellos (también dos personas más que esperaban) creían que sus afecciones eran de apuro fueran nomás a La Rioja porque además, los otros tres médicos del “nosocomio” -así se refirió al hospital- estaban de vacaciones, y el doctor no daba abasto con tanto trabajo.

Fue ahí que el loco Vega sacó el viejo Taurus 38, al que de la empuñadura le faltaba la cache izquierda. Que amartilló sin gatillar antes de entrar, prepotente, al consultorio cerrado del médico; entretanto la recepcionista quedaba pálida, sudorosa y muda.

Dos minutos y se asomaron el médico y Vega, uno al costado del otro, el delantal blanco un poco gris. Julita entró, se sentó en la camilla y el doctor empezó, primero, a auscultar.

Si al Loco Vega sólo lo llevaron hasta la comisaría y a continuación lo liberaron fue porque Ramiro amenazó con organizar una marcha con piquete incluido sobre la Ruta 141. Eso, aparte de asegurar que si no lo largaban mandaría toda la información a la prensa de Buenos Aires.

Ramiro es alguien amable, muchas veces acompañaba sus dichos con una sonrisa sutil. Esa misma noche Dillawerk (se traduce: el oro de Dilla), la esposa de Ramiro, las recibió en su casa y juntas esperaron que él regresara de Ulapes -60 kilómetros desde Chepes- donde regularmente iba a dar clases de física y química en el Bachillerato para adultos y a trabajar junto al equipo técnico de formación profesional.

Agustina y Rosella participaron de algunas asambleas, protestas y eventos que posteriormente relatarían, sin que nunca quedara completamente claro cuál fue la razón por la que se quedaron varios días más de lo que habían programado.

No fue sólo la historia de Ramiro, a poco de cumplir 39 años, la que las retuvo todo ese tiempo. Se excusaron diciendo que, si pretendían sumarlo a un supuesto movimiento nacional de organizaciones sociales que se estaba formando, debían acompañarlo a los diferentes lugares que las invitara.

Nunca estuve muy seguro por qué lo hizo; sólo supe que Luis Mattini con su, para mí, remanido discurso de que él y los como él son el pasado y que es el tiempo de organizarse con otros mo-

dos y otras luchas, fue el que más influyó para que fueran y se quedaran lo que fuese necesario.

Dicen que Chepes está poblado de algarrobos y que cuando los chepeños se refieren a él lo mencionan como “el árbol”.

Aquellos días sin Agustina o con ella lejos fueron para mí una oportunidad para repasar mi vida junto a ella. Hacer un recorrido por las sensaciones y dudas que generaba en mí, las que alimentaba Favalessa al asegurar que yo para ella era el último capricho que sus padres tendrían que admitir. Por ejemplo, la impresión que me llenó la última noche antes de que se fuera. Porque es verdad que noté cierta profesionalidad en sus sentimientos, como si en Agustina hubiera un apuro ansioso por dejarme, un modo de acomodar el cuerpo con el que adelantaba silenciosamente su vocación por irse.

Esa vez, cuando Agus abandonó mi departamento, comprendí aquella insistencia de mi viejo acerca de que hay que cuidarse de la mujer demasiado independiente. Sé que él lo decía por el peso que tenía en su modo de pensar la época que le tocó vivir. Y no deja de haber algo de experimentada prudencia o reflexiva tradición en esa idea. Quizá sea esta clase de mujeres la que los varones deberíamos temer porque no alcanzamos a entenderlas o quizá sea que al no entenderlas deberíamos temerles.

Estuve varias horas meditando sobre eso sin poder llegar a ninguna conclusión y menos que menos hacer caso a la máxima de mi padre: En materia de minas, sé simple, Daniel, solía aconsejarme, no le des demasiada vuelta ni atención.

12)

El sol en Chepes parece otro. Una luminosidad increíble conseguía que el día y las cosas tuvieran una nitidez perfecta. Agustina y Rosella estaban impresionadas, con eso y con la desolación. Soledades que se enseñoreaban desde el preciso intervalo en que la ruta que va desde Córdoba hacia La Rioja se bifurca en dos; a la izquierda nace la que lleva a Chepes. Desde ahí el llano es bajo, seco, polvoriento. Caluroso.

Y la sensación de lejanía parecía profundizarse, incluso mientras estaban en la casa de Ramiro; él hablaba y Agustina resplandecía:

-Leí alguna vez, no me acuerdo en dónde, que a lo mejor todos seamos creadores de ficciones. Una cosa es la vida que nos inventamos, la que queremos creer que tenemos y otra muy distinta es la vida real. Y yo me desespero tratando de unir las dos, a lo mejor sea por eso que me vine con Dilla a vivir a Chepes. Acá siento que encontré esa posibilidad.

Se los dijo una mañana muy de madrugada, justo cuando terminaban de desayunar, antes de salir hacia un lugar llamado La Laguna, a unos 35 kilómetros desde Chepes.

La organización social a la que pertenece Ramiro está com-

puesta por emprendedores que dan apoyo a pequeños productores de la región. Montados en una camioneta alta empezaron la trepada de las Sierras de Argañaraz. Los vecinos de La Laguna -diecisiete familias en total- habían pedido acompañamiento porque en esos días se realizaría un encuentro con las autoridades de una empresa minera, que sin pedir ningún permiso a los comuneros, habían estado en la zona escudriñando por aquí y por allá.

Contaron que todo empezó un mediodía, cuando don Alfonso había ido hasta la hondonada a buscar sus cabritos y vio a cuatro forasteros que cargaban varias herramientas con las que rozaban la tierra. Don Alfonso permaneció parapetado atrás de unas tuscas bajas y tupidas. No entendía lo que hablaban. Daban la idea de husmear, buscar algo, don Alfonso no sabía qué. Entonces salió del escondite y se acercó al que tenía cerca, miró uno de los aparatos, el que podría describirse como una pala puesta al revés. Hacía un ruidito raro, un silbido suave.

-Buen día, don... ¿qué es? - preguntó don Alfonso. A lo mejor fuera que lo vieron flaco y desgarbado, la ropa gastada y la cara poblada de arrugas. O sería la soberbia nomás. La cuestión es que ni siquiera el saludo devolvieron. Y si lo hicieron no se escuchó.

Alfonso se olvidó de sus cabritos y regresó al poblado para “hacer correr la bulla”.

Sopló un viento moderado.

Siete laguneros apuraban a los intrusos entre ladridos de perros y puños apretados.

-¡Que tenemos los papeles del gobierno! -argumentaban aquellos y se desvivían por mostrar una carpeta con hojas que tenían el sello de la gobernación riojana.

-Acá no valen, oiga, don -Largó Pedrito, el más joven de los siete- es mejor que se vayan ya mismito. Completó.

Desde el norte aparecieron cuatro más; el alboroto aumentaba en el pueblo. La voz saltaba piedras, terrones y amenazaba atravesar las abras hasta más allá de la cordillera.

En un santiamén se supo que en verdad eran de Buenos Aires y que buscaban oro. “Bueno, en realidad -insinuaron- estamos mirando y nada más”.

-¿Y pa qué traen tanto fierro, tonce? Preguntó otro.

Con la quema del sol de las tres, los porteños bajaron con todos sus bártulos amontonados en la caja de una camioneta negra doble cabina.

Esa noche en La Laguna casi nadie durmió. Pero no se juntaron. Fue como si cada quién hubiera querido considerar en perfecta soledad aquella incertidumbre. Para colmo, uno de los recién llegados les había dicho que la empresa que los mandaba tenía dueños ingleses y argentinos. ¿Era eso posible?

Alumbrado por una luna enorme, el Pedrito no quiso perder tiempo y “a pata nomás” se fue para el bajo, rumbo a Chepes. No se sabía si lo llevaba más el miedo a la promesa de sed que el apuro por avisar. Había escuchado alguna vez que “el oro glotón se tomaba toda el agua, toda la que haiga”. Y para colmo, uno de los porteños, antes de volverse para el pueblo, les había jurado que la empresa los emplearía a todos. Y que vio la cara del Alberto aflojarse de golpe codiciando..., y eso que andaba siempre con cara de enojado.

Doña Irma, desvelada también, se puso a amasar tortilla tres o cuatro horas antes del rocío. Murmuraba, no se le entendía. Su nieta calculaba que la abuela rezaba sin parar, “que no pa’

bendecir la masa”, más bien demostraba estar empeñada en alargar el ruego.

Los gallos cantaron en la alborada y, como pocas veces, aquella mañana el cielo se exhibiría en un gris ceniciento.

No hubo viento ni sachacabras asomadas o falsas corales con la lengua afuera para olfatear.

-Tanta quietud, asusta, mire vea.

Agustina respondió que sí, que lo había leído hacía algún tiempo atrás; Rosella se puso contenta, a ella también le había fascinado aquella novela de Vargas Llosa: *Pantaleón y las visitadoras*.

Anduvo toda la noche bajaquetebaja. Llegó a Chepes entrada ya la siesta. Se fue derecho a lo del Ramiro para contarle al Pedrito.

Escuchar, saber, decidir. Todo en el mismo momento. Fueron los dos a la intendencia. Un rosario de cuentas hecho pulsera, marrón, con un Cristo en el extremo, adornaba la muñeca izquierda del Ramiro.

Que no se preocupara, el Intendente los atendería por las buenas o por las peores, le aseguró al Pedrito.

La primera de las pintadas llegó con la caída del sol; dos integrantes de la Aechelar escribieron con aerosol y en imprenta mayúscula:

“SACATE LA MIERDA, LA MINERÍA MATA Y CONTAMINA.”

Agustina tomó una foto de la consigna, que todavía está.

La camioneta trepaba con alguna dificultad. El camino se ensanchaba pocas veces. Hay partes que estaban alisadas con cemento para facilitar la llegada. Agustina y Rosella iban en la caja, el aire pegaba en sus caras y sus pulmones se agitaban por el calor seco que impregnaba todo el ambiente. Con ellas viajaban también tres chicos de la organización. Ramiro iba en la cabina junto al conductor y con un viejo geólogo oriundo de Chepes, que después de muchos años de autoexilio, y ya jubilado, había retornado a su pueblo.

A pesar de las presiones del gobierno provincial y de la municipalidad, a pesar de las reuniones organizadas por las autoridades del Departamento Rosario Vera Peñaloza, los laguneros exigieron una asamblea, “ahí mismito”, en su población y de ninguna manera aceptaron la propuesta para que fuera en otra parte. También, irreductibles, demandaron que asistieran representantes de la empresa, de la provincia y, si fuera posible -esto podía obviarse- algún diputado perteneciente al partido político del gobierno provincial.

Ramiro y los que lo acompañaban llegaron un día y medio antes de la asamblea. Tenían que prepararla, ayudar a los laguneros con las preguntas, animarlos a la resistencia. Por eso, los recibieron agradecidos. Cenaron y fueron a dormir, había que madrugar y estar descansados.

Agustina supo o creyó que la vida en ese lugar tenía cierto aire a tragedia. Tal vez fuera eso lo que la llevó a salir en medio de la noche a la inmensidad de aquella desolación. Lenta. Silenciosa también, se escabulló de las mantas -hechas en viejos telares- que la cubrían y se largó de aquel saloncito en el que dormían Rosella, Ramiro y los demás.

Se metió entre los matojos agrisados por la oscuridad y la tierra áspera. La luna, su reflejo espejado en aquella aridez monstruosa y el vacío de ese desierto alto dislocó sus hasta entonces asegurados saberes. Incluso su propia sombra moteada por la claridad nocturna pareció agrandarse más que ella misma hasta confundirla.

Se preguntó: “¿no será que, en verdad, yo soy la mancha y la mancha la inmanencia?”

Agustina Arrieta estuvo así, quieta y fascinada hasta que algo, posiblemente una liebre, saltó más allá y en diagonal hasta perderse detrás de una hondonada.

Fue la luna blanca la que la acompañó de regreso a su camastro.

Agus me lo contaba, y preferí flashear que era un delirio, pensé que ella era una especie de Reina Blanca que dominaba el tablero de un juego en el que yo no sería nunca suficientemente habilidoso. Fue en ese rato en el que supe que yo era una excepción porque había comprendido el blues antes de que Agustina me rompiera el corazón. No sé si fue Harvey el que dijo que para entender el blues hay que tener roto el corazón.

Pueblo en asamblea total. La minera representada por su jefe-presidente argentino, acompañado por un funcionario provincial y un sanjuanino comedido.

Se desgrana y explica, muestra gráficos de colores bonitos, suda y se seca con un pañuelo celeste agua el presidente.

Meticulosa por la capellada del zapato primero, en la pierna después, entre la tela y el calor humano, sutil trepa una pollito con los pelos irisados.

Arruga la frente, aleja una mosca, ¿cuáles piedras? repregunta don Cecilio.

Oro, plata, alguna cosa más, anticipa el presidente.

¿Traerán camionetas, cuadernos, trabajo y biblias?, rasca el mentón, mira a los ojos, se interesa el Alberto.

Endereza la espalda en la silla, sonriente palabrea, buenos pagos mejores días, dice el provincial obsequioso.

No se anima, cruza los brazos y espera por la voz de los más viejos el Pedrito.

Se envalentona, asegura que no habrá más daño que unos cuantos que exploren, acomoda el nudo de la corbata el sanjuanino oficioso.

De los cabritos y el árbol habla, por el agua se sugestiona y se quita la chala de la boca doña Irma.

¿Que han dicho también uranio?, interrumpe definitivo don Cecilio.

Estornuda y tose, carraspea y da excusas el presidente.

Resopla, mira fiero, intima que el pueblo se junte a solas, un tal Bracamonte apoyado por don Alfonso.

Rasca su calva, toca la nariz, se desespera el sanjuanino.

Se pone de pie, da el culo a la mesa, la cara a los suyos, teni-mo que hablar nosotros, manda don Cecilio.

Intuye que no pero dice está bien, que esperarán en la camioneta, agrega el presidente.

Caminan callados, se quitan los sacos y las corbatas, cruzan las miradas, se alejan de la asamblea.

Se espanta, agita las manos, quiere aplastar a la araña entre la tela y la piel el funcionario espeluznado.

El sol del mediodía refulgía contra las piedras y los terrones. Incluso contra la chapa negra de la cuatro por cuatro estacionada.

Un poco más arriba, doblando la esquina de la calle principal, se habían quedado los asambleístas. Al principio en silencio, esperaban que don Cecilio o doña Irma finalmente largasen el veredicto que esperaban.

Por las dudas, poniendo de excusa al sol, entraron a la capilla.

Bendecidos por el cura del pueblo, bajo la solemnidad que abarcaba toda la nave, a nadie se le ocurrió discutir lo que había que hacer.

Agustina y Rosella, que habían permanecido expectantes, intuyeron emocionadas aquel final, irremediable y definitivo.

Don Alfonso fue el encargado de transmitir la novedad a los visitantes que esperaban por poco achicharrados dentro de la cuatro por cuatro negra.

Supe que la asamblea los sacó carpiendo, esa palabra usó Agus, no hubo manera de convencerlos de que canjearan la vida en La Laguna por algún barrio triste de la capital provincial o también de Córdoba, hasta eso ofrecían.

SACATE LA MINERIA
LA MIERDA MATA y CONTAMINA



13)

La extraño. Su olor, la piel, las manos. Su boca. La manera de reír, de moverse. Su cabeza apoyada en mi pecho antes de dormir.

Nada de eso va a volver.

Acaso sea por esto, más que por imitar a mi viejo, que voy y vuelvo en el relato. Confundir el pasado con el presente es una necesidad imperiosa que inevitablemente me ayuda a escapar de la realidad y del mandato al que no obedecí a tiempo.

14)

Quiero faltar a la reunión. Favalessa me amenazó que pase lo que pase tengo que ir. Por supuesto, pretendió tentarme:

-Juanita va. También está sola y sin Agustina a la vista -seguía en Chepes- todo estaría bien. Él no entendía que ella no me gustaba ni siquiera un poco.

Discutimos si debíamos prendernos en la convocatoria de La Cámpora para enfrentar la decisión de Macri de cerrar el centro de zooterapia de Parque Roca y dejar a más de 500 pibes sin tratamiento. Había razones suficientes para acompañar la movida, lo mismo insistí y gané con la postura que no debíamos hacer el juego al gobierno nacional (sabía que apenas Agus se enterase iba a hacer un escándalo). Después bajamos línea. Matías contó que había encontrado un texto atribuido a Marx que, al parecer, se titulaba “Elogio del delincuente”. Nos propuso leerlo y todos estuvimos de acuerdo:

“...El filósofo produce ideas, el poeta poemas, el sacerdote sermones, el profesor compendios, etc. El delincuente produce delitos.

Fijémonos un poco más de cerca en la conexión que existe

entre esta última rama de la producción y el conjunto de la sociedad y ello nos ayudará a sobreponernos a muchos prejuicios.

El delincuente no produce solamente delitos, produce, además, el derecho penal y con ello, al mismo tiempo, al profesor encargado de sustentar cursos sobre esta materia y, además, el inevitable compendio en el que este mismo profesor lanza al mercado sus lecciones como una <mercancía>. Lo cual contribuye a incrementar la riqueza nacional, aparte de la fruición privada que, según nos hace ver un testigo competente, el profesor Roscher, el manuscrito del compendio produce a su propio autor.

El delincuente produce asimismo toda la policía y la administración de justicia penal: esbirros, jueces, verdugos, jurados, etc., y, a su vez, todas estas diferentes ramas de industria que representan otras tantas categorías de la división social del trabajo; desarrollan diferentes capacidades del espíritu humano, crean nuevas necesidades y nuevos modos de satisfacerlas. Solamente la tortura ha dado pie a los más ingeniosos inventos mecánicos y ocupa, en la producción de sus instrumentos, a gran número de honrados artesanos.

El delincuente produce una impresión, unas veces moral, otras veces trágica, según los casos, prestando con ello un servicio al movimiento de los sentimientos morales y estéticos del público. No sólo produce manuales de derecho penal, códigos, y, por tanto, legisladores que se ocupan de los delitos y las penas; produce también arte, literatura, novelas e incluso tragedias, como lo demuestran no sólo *La culpa*, de Müller o *Los bandidos*, de Schiller, sino incluso el Edipo de Sófocles y el Ricardo III de Shakespeare.

El delincuente rompe la monotonía y el aplomo cotidiano de la vida burguesa. La preserva así del estancamiento y provoca esa tensión y ese desasosiego sin los que hasta el acicate de la competencia se embotaría. Impulsa con ello las fuerzas productivas.

El crimen descarga al mercado del trabajo de una parte de la superpoblación sobrante, reduciendo así la competencia entre los trabajadores y poniendo coto hasta cierto punto a la baja del salario y, al mismo tiempo, la lucha contra la delincuencia absorbe a otra parte de la misma población.

Por todas estas razones, el delincuente actúa como una de esas “compensaciones” naturales que contribuyen a restablecer el equilibrio adecuado y abren toda una perspectiva de ramas “útiles” de trabajo.

Podríamos poner de relieve hasta en sus últimos detalles el modo como el delincuente influye en el desarrollo de la productividad. Los cerrajeros jamás habrían podido alcanzar su actual perfección si no hubiese ladrones. Y la fabricación de billetes de banco no habría llegado nunca a su actual refinamiento a no ser por los falsificadores de moneda. El microscopio no habría encontrado acceso a los negocios comerciales corrientes si no le hubiera abierto el camino el fraude comercial. Y la química práctica debiera estarle tan agradecida a las adulteraciones de mercancías y al intento de descubrirlas como al honrado celo por aumentar la productividad.

El delito, con los nuevos recursos que cada día se descubren para atentar contra la propiedad, obliga a descubrir a cada paso nuevos medios de defensa y se revela, así, tan productivo como las huelgas en lo tocante a la invención de las máquinas...”

Alguien, creo que Carla, pidió detener la lectura. Argumentó que lo mejor sería que Matías prestara el documento para fotocopiarlo y que cada uno lo leyera por su cuenta y entonces sí, hacer un debate. Casi todos estuvimos de acuerdo excepto Matías que pretendía seguir.

Acto seguido todos se fueron a tomar unas cervezas a la casa de Juanita.

Era otro sol, no el de su casa; la rendija que lo dejaba colar estaba más abierta. Un perfume ajeno lo invadió.

Mi viejo decía que yo era, soy, algo lento para entender.

Ahí, a su lado, dormida y desnuda estaba Inger. Pubis velludo y dorado, caderas un poco anchas. Sus ojos verdes cerrados. Lucía moderada. Era una estudiante algo mayor que el Negro, venida desde Oslo. Realizaba estudios de posgrado en Buenos Aires referidos a los juicios de lesa humanidad. Era amiga de Juanita.

El Negro empezó a recordar: lo había impresionado su manera de tomar cerveza y no porque fuera mujer. O sí. También cierta desfachatez desprejuiciada a la que no pudo, supo o quiso resistirse. Ella fumaba unos cigarritos de hoja y decía que añoraba el olor del tabaco para pipa de su padre. Juanita, que estaba sentada al lado del Negro, se levantó para traer algo de la cocina, Inger también se puso de pie. En lugar de ir con su amiga fue y se sentó donde antes había estado la otra. Todos hablaban y él punteaba en la guitarra algún acorde cualquiera; ella se acercó un poco más. El vaho a cerveza de su aliento lo tentó.

No hizo falta que el Negro hiciera algo porque Inger acercó su boca hasta pegarla a la oreja del Negro Daniel Altamirano para señalar algo inquieta:

-Pienso que preferirías una Fender... ¿no quieres ir a casa?, tengo una Eagle, susurró, convirtiendo la “r” en “g” como si en vez de noruega fuese francesa. Y esa especie de fábula latina acerca de que las europeas, especialmente las nórdicas, son lanzadas y sin prejuicios pareció concretarse.

Sonreí, no sé por qué le dije sí, que esperase un toque. Las ventanas abiertas dejaban entrar una brisa cálida y suave.

Temprano, ya en esta mañana húmeda, la miro; mi mente continúa apagada. Permanezco así hasta que, poco a poco, empiezo a desalambrrar del todo mi cerebro y tarareo -para no despertarla y sí despertarme- el tema de Los Tipitos: “.../hoy que mi corazón se aturde en silencio/ hablando solo cuando es tarde y ya no hay nada más que hablar/ hoy que mi corazón se agita en silencio.../ surfeando mi camino que creo está bien/ sinuoso camino de arena y de mar/ silencio que no es silencio...”

Me levanto; puedo cambiarme sin que se despierte. “.../hoy que mi corazón se agita en silencio por los gritos, revelados, del amor...”.

Tuve que esperar que alguien saliese y me abriera la puerta que da a la calle.

El Negro salió al Buenos Aires de madrugada del miércoles. Decidió volver a pie hasta su casa. Era un buen ejercicio cuando necesitaba pensar. Poblada de cargas, descargas ruidosas, apuradas y de caras dormidas, la avenida Rivadavia se abría a la ciudad que comenzaba la urgencia cotidiana.

Quizás porque conviene pienso en Agus y en lo último que me contó en el chat.

-Sabes qué Negro, me dio ternura la publicidad, imagínate, “enamorate de nuestros precios” decía el folleto del supermercado chepense Delfín q’ abajo agrega, “no hagamos bolsa el planeta”, ¿te das cuenta?

-Ja, pasa que en los pueblos el marketing son ellos mismos

-Sí, claro, escuchame necesito contarte algo

-Que?

-Nada, algo q’ nos dijo Ramiro, no sabés, Rosella quedó re impresionada, flasheamos mal las 2, dejame q’ te diga todo de una porque creo q’ así me va a resultar más fácil, dale?

-Bueno dale no interrumpo

Agustina no paró de escribir, me mandaba todo de a tandas, para mí era escuchar su voz acelerada relatando esa terrible historia de Chepes. Explicó que Ramiro se refirió a esas experiencias de modo un tanto analítico, no por eso menos emotivo; [Ramiro] aseguró que los adultos buscaron cualquier explicación que los exculpara de esas muertes que venían sucediéndose con tortuosa escrupulosidad, inesperadas y absurdas, la de los pibitos y pibitas chepenses.

Dicen que todo empezó con una muerte a destiempo y que las que siguieron fueron el contagio inoculado en una epidemia regular. Escenario cruel que dio lugar a las más variadas conjeturas sinsentido.

A continuación del noveno o décimo suicidio, el pueblo empezó a protestar con marchas que eran encabezadas por un pastor evangelista. Sermonaba acerca del plan de satanás

enseñoreado en Chepes. Demonio universal que cautivaba y aprehendía el corazón de los chicos y chicas. Y que hubo policías que (“¡pobre Dios!”; afirmó Ramiro) atestiguaron que el hermano de uno de los muertos, al declarar cómo lo había encontrado -en su cuarto, en una soledad de propósito buscada y desguarnecido de toda vida- ponía en la propia voz la del diablo y que entonces su mundo, el de ellos, se había empantanado en un desamparo poblado de terror.

Otros atribuían esos acaecimientos, cuando ya sumaban trece o catorce, a una ignota secta que ordenaba el fin a los “changos” por medio de internet y los teléfonos celulares:

-Internet la culpable - enfatizó Ramiro en una ironía cargada de pena.

Los hubo también que querellaron a la droga ya instalada en el pueblo, sin poder precisar a cuál se referían.

Tapar, de eso se trataba.

Agustina supo que la última discusión la dieron en la sala de la municipalidad. Desde la capital provincial habían llegado varios funcionarios, y también dos desde el Ministerio de Desarrollo Social de la Nación para ayudar a encontrar una explicación.

Ramiro intentó discutir acerca de que esas “changuitas y changuitos”, ya para siempre ausentes de este mundo, interpe-laban, sin suponer que lo hacían, a cada uno de los adultos, a sus instituciones:

a la iglesia,

a la familia,

al gobierno;

a una vida chata sin otro futuro ofrecido que el de ser maestras, policías o empleados municipales.

A Ramiro le tembló la voz cuando concluyó:

-De eso nadie quiere hablar.

Cuando Agustina terminó de narrar aquella penosa crónica de suicidios, quiso seguir chateando un poco más. No dejaba de elogiar a Ramiro por el empeño que él ponía para intentar transformar la realidad que lo circundaba. Al argumentar las razones de esa vocación militante y comprometida, hacía más énfasis en que, tal vez, también tuviera que ver la circunstancia de que Ramiro no hacía mucho tiempo había sido cura. Por supuesto no pude menos que preguntar:

-que decís Agus??

-Sí, no sabías? en realidad cuando se ordenó hermano, él me explicó que no se preparó para oficiar misa o dar los sacramentos diácono o algo así me dijo que era

-Ya no es cura?

-No, ya no... lo mismo se le nota porque anda todo el día con un rosario de cuentas en la mano y tiene un trato dulce, tranquilo.

Tendrías que ver su casa, su familia, Negro, para entender. Eso sí, no la caretea, ni ahí

Regresaba a su departamento. La muerte como auxiliadora. Burla de todo laberinto. El Negro pensó en eso; ni siquiera dejó de hacerlo cuando tuvo que agacharse para esquivar uno de esos andamios y estructuras tubulares que ponen delante de los edificios.

Pasaron dos o tres noches desde aquel miércoles. Esa vez le tocó al Negro quedarse en su cuarto. Inger le dijo que le gustaba estar con él pero que prefería dormir en su casa; sencillamente se vistió y se fue.

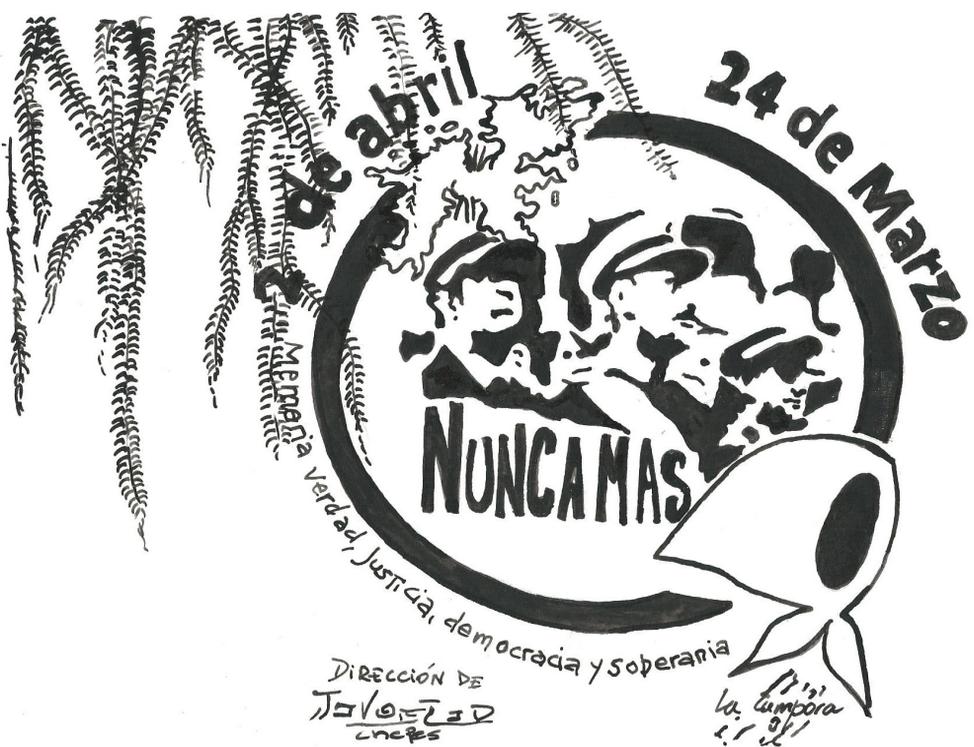
Todavía falta para que vuelva Agustina. Pienso en ella, también en mi infancia. Me acuerdo que de chico tenía la idea de que mi viejo estaba siempre observándome. Incluso antes de cualquier travesura me cercioraba, mirando hacia todas partes -hacia arriba también- que no estaba por ahí. Aun así tenía la sensación de que, cuando me encontrara con él, me reclamaría. Esa idea se reafirmó en mí cuando el catequista que me preparaba para la primera comunión nos dijo que al Señor nada se le escapaba. Esta vez sería diferente porque es seguro que aprobaría mi bardo con Inger. Bueno, en eso sí estaría de acuerdo, no en que yo me enroscara tanto con Agustina. Como sea, igual que en aquel entonces, me impaciento por resistir su mirada omnipresente.

Todo está oscuro y a pesar de que había notado que en aquella época, la del principio de la desgracia, dormía más o que al despertarme permanecía en la cama quieto sin pensar o con pensamientos imprecisos, lo cierto es que esa noche detuve el barco sin rumbo para obligar a mi cerebro a reflexionar. A lo mejor en esta época atravesada por el cambio también había lugar para algunas conductas que no encontraban otro espacio que el de los anacoretas. Puede ser que los suicidas, especie de chabones o minitas que no se hallaban en el mundo predestinado para ellos y entonces hicieron lo que hicieron. Quizá en la muerte encontrarán la respuesta que buscaban. Otros la hallan en la anorexia o en la negación del sexo, así pasa con los adolescentes japoneses ¿no?

Antes de dormirme, recordé que alguna vez Rosella me dijo que estaba podrida de esta sociedad tan heterosexualmente dominante; no pude quedarme demasiado en esa idea porque, bueno, me dormí.

¿Sabe doctor?, creo que la noche me atravesó aplastándome en una nada anticipatoria hasta la madrugada, porque al despertarme me acordé del sueño -pronto se haría recurrente- que sólo me había soltado gracias a la luz tremenda del sol mañanero: Yo estaba desnudo en un campo inmenso, sembradío de maíz, caña de azúcar o mala hierba; recortada en el horizonte el perfil velado de alguien a quien no podía distinguir aunque advertía que estaba poseído por un gesto tremendamente adusto.

Hoy me pregunto si es él o la simple certeza de lo que vendría: las pastillas -recetadas por usted, mi psiquiatra- que tragaría de a toneladas para no desplomarme saqueado en la muerte de Agustina.



2 de abril

24 de Marzo

NUNCAMÁS

DIRECCIÓN DE
JORNALISMO
CNEPES

Vox temporis

Memoria, Verdad, Justicia, democracia y soberanía

15)

Se acercaba el día del regreso a Buenos Aires. Rosella y Agustina tenían el martes libre porque Ramiro había viajado hasta Ulapes y se quedaría allí hasta el miércoles.

Ellas aprovecharon para quedarse durmiendo hasta más allá de la una.

Almorzaron en la habitación. Galletas y queso para acompañar la ensalada de tomate y huevos duros. Mucha agua.

Después salieron a caminar por el pueblo que ya se preparaba para la pausa post mediodía. Iban más bien calladas. Ensimismadas.

En el desierto, el sol de la siesta es de temer, también aquella tarde. A ellas no les importaba. Buscaban la protección de aleros y árboles para amortiguar la fatiga y el calor.

Cuando la blusa blanca de Agustina, húmeda, empezó a pegársele y a transparentar el rosado de su piel, Rosella ajustó el broche que sujetaba su pelo en una cola de caballo y cruzó imprevistamente la avenida.

Allá se abría un espacio ancho y despojado. Apenas tres o cuatro algarrobos y el edificio de la vieja estación de tren silenciada desde los años de Martínez de Hoz. Se sentó en un banco

en el que la sombra era piedad. Antes de que Agustina cruzara, un camión tanque de YPF atravesó la avenida de norte a sur.

Fue Rosella, otra vez, quien tomó la mano de Agustina. Se miraron, muy quietas las dos. Por fin sonrieron. Rosella confesó:

-Agus...

-¿Sí?

-No me gusta, es decir... me gustaría más que te llamaras Lola. ¿Me dejarías que te diga así?

-¿Lola?... sí, está bueno.

Regresaron al hotelito Nirvana a paso tranquilo, desafiando la urgencia.

Porque dormía, Chepes no las vio pasar.

Agustina, la vida en Chepes. Los mitos. Los miedos rotos. La alegría de un encuentro inesperado. Los aviones rompetormentas.

Sentados a la mesa, en el patio de la casa comían un asado Rosella, Ramiro y ella; Dillawerk lidiaba con los tres niños sin sentarse nunca con las visitantes y su marido para compartir la comida y la charla.

Rosella fue directa al asunto que venía inquietándolas desde que supieron que él había sido sacerdote católico:

-Al menos para un ateo -dijo- ser una buena persona es algo que se hace sin esperar un cielo de recompensa o para evitar el infierno del castigo, ¿no?

Ramiro se acomodó incómodo:

-Es verdad, una buena persona es sencillamente una buena persona. Sin embargo a mí me gusta pensar que alguien es

filosóficamente así antes que naturalmente. Lo poco que he mejorado es gracias a la noción del prójimo, reflejo de Dios. No me pregunto por qué mi padre, el Gringo, fue una buena persona; no cuestiono su ateísmo militante sino que resalto su vocación por el otro que en su caso encontró fundamento en la tesis marxista. ¿Qué querés que te diga? Yo reencontré a mi padre y a mi madre, Ana María, en la idea de hacer o mejor dicho, dar todo por los demás. Y los tres creímos en el mismo Cristo sólo que ellos lo colorearon de rojo... a mí eso no me disgusta porque, ¿alguien puede dudar que Jesús fue un revolucionario?

-¿Dar todo, hasta la vida?

-Sí.

-Mirá... ¿cómo llevas eso?

-No lo llevo, hago lo que creo, es decir, vivo la vida, creo en un mundo donde muchos mundos sean posibles, ¿no?

-Marcos.

-El subcomandante Marcos... para mí él es algo más que un panfleto.

-Bueno, y por qué lo decís.

-Porque a lo mejor en Buenos Aires haya quienes, digo, algunos para los que el Subcomandante no sea más que eso.

Un silencio largo abarcó por completo aquel espacio hecho de revoque y sol. Sonrieron, un pacto no dicho los sitió y no hubo nada más que agregar.

Entretanto habían estado charlando, Agustina notó que Dillawerk daba vueltas, iba, venía, llevaba y traía a los hijos que no se quedaban quietos, sin nunca amagar con participar de la charla. Estaba metida en sus obligaciones de madre y ama de casa. Demostraba así que esa era una inveterada costumbre,

llegada desde el verde subsahariano y consolidada en la sequedad precordillerana.

La tarde se metió entre ellos. Ramiro propuso hacer unos pocos kilómetros para llegar hasta la casa de un campesino que podría contar mejor que él la cuestión de los aviones fantasmas.

Agustina, durante el trayecto que los llevaba hacia aquel lugar, pensaba en lo que había observado, nunca las mujeres participaban de las reuniones -excepto en La Laguna-. Incluso en una en la que sí habían ido novias y esposas de los compañeros de Ramiro, ellas permanecieron hasta que la reunión política empezó; entonces todas, salvo Rosella y ella misma, se retiraron con Dillawerk a otro cuarto.

Chepes y el desierto. El auto avanzaba; escuchaban “La Tusca”, la FM de Ramiro y los suyos. El locutor anticipaba *Calle 13*, decía que para desatar el nudo no había que pensar el cómo de la resistencia sino el de la ofensiva que los llevara a dismantelar la fe en la lógica del capital. “...Tú eres clase alta, yo clase baja/ Tú vistes de seda, y yo de paja/Nos complementamos como novios/ Tú tomas agua destilada, yo agua con microbios/Tú sudas perfume, yo sudo trabajo/Tú tienes chofer, yo camino a patas/ Tú comes filete, y yo carne de lata...No se necesita plata pa’ moverse/Se necesita onda y música cachonda/Música cachondacaca cachonda...”

La banquina poblada de arbustos que de tan abigarrados tiraban a secos. Hacia adentro, en el llano moteado de flores amarillas, las de la brea, espejismos celestes confundían el verdor apagado. Alta en el cielo, las alas negras de un carancho. Y un viento caldeado que se les acoplaba por entre las ventanillas

abiertas. Los ojos de Agustina permanecían fijos en aquella esclerosis de la naturaleza sin otro rastro de humedad que la de sus propios lagrimales.

Don Pascuala los esperaba, pacífico, debajo del alero; el auto se detuvo antes de la polvareda que así los sorpasó y el chañar añoso que decoraba el rancho quedó envuelto por la nube de tierra.

El viejo Pascuala empezó a contar todo hacia la quinta ronda del mate. Parece que desde varios años atrás la seca venía ganándole a la lluvia. Que cuando las nubes negras asomaban allá en la corona de la cordillera:

-Denrepente se vían avionejhazules echando un humo blanquito, mire vea. Se vían saliendo y entrando en la tormenta que dentonces jamás de los jamases llega, changos... Los que vienen al poleo cada vez, también lojhan visto.

Don Pascuala bajó los ojos y habló bajito, se hacía difícil entender lo que decía. Él era tercera o cuarta generación morando ahí. Criar cabros, sacar madera del monte, cosechar algarroba, juntar jarilla. Desconocer las alambradas. Andar festivaleando.

Ahora (en aquel ahora) la tristeza era mucha.

-Juimos a la maldición de los jueces, de los milicos también y nada nos dieron, ni escuchar siquiera; dejan noma' que la tierra se abarate para que la compren los afuereños. Yo sé, changos, que no anda nadies en los aviones, es la luz mala, espantos son los que pilotan, almas en pena que meten púa pa'quel agua no venga.

Dicen que los productores de Mendoza las mandan a romper. Que los de San Luis también; y que uno que supo ser gobernador de ahí se ha comprado como ocho mil hectáreas, que quedan más o menos entre Ulapes y Desiderio Tello:

-Aquicitonomá' de aquí. Que el que supo ser gobernador puntano hizo perforaciones para sacar el agua y regar su campo. No la comparte.

-Y encima de todo en Chepes quisieron poner una "chanchera" para criar unos cinco mil cerdos con la plata del gobierno y recién dispué' se anoticiaron que no hay agua. Hace un montón de tiempo llovía trecento' milimetro' al año en toda' partes..., mavé' ya son parches, si llueve acá no lo hace allá.

Al arrancar el motor del auto dos reina mora escaparon asustadas desde la rama más alta del chañar.

Don Pascuala los despidió asomando la sonrisa por la ventanilla de Ramiro:

-¿Ustedes pueden ayudar, changos?

16)

Hace un tiempo, Leandro, un amigo mayor que yo, me dijo que una buena práctica era recordar los sueños apenas se abrían los ojos:

-Porque a lo mejor esa era una manera de saber lo que sucedería durante el día. Aquella vez, cuando me lo dijo, hizo una pausa apretando un ojo con dos dedos de su mano izquierda antes de agregar:

-Más que eso, para no olvidar.

Agustina seguía apoyada contra la pared, ahí la había dejado antes de dormirme. Fue lo primero que vi al despertar. Sus cuerdas, parecían brillar en el amanecer de mi cuarto. En el acto reconstruí el sueño: una carta a mi viejo en la que le contaba todo lo que me estaba pasando. Él la leía dentro del 405. Su cara era una especie de ciruela arrugada y violácea. No creo que pudiera distinguirla, diferenciarla de las otras muchas que también leían. Estoy seguro que todos eran hombres. Y sus manos. Y las hojas de mi carta, tiasas entre sus yemas callosas. La cabeza levemente inclinada. Y el 405 rodeado, inmenso, gigante.

Salí de la cama. Cepillaba mis dientes recordando, no sé si sería el mismo sueño u otro, o la segunda parte del primero o

la primera del segundo. Una voz repetía desde parlantes puestos encima de mi propia cabeza, sombrero imposible:

-Nadie tiene más de una muerte... hay muchas maneras de morir, y cada persona tiene la suya.

17)

El Negro esperó mucho ese momento, preparó su casa y se preparó él. Esa noche, la previa, por poco estuvo desvelado. Imaginaba el instante en que ella lo viera. Agustina iría hasta él, y él sentiría otra vez contra su cuerpo la piel y el olor añorado. Miraría en sus ojos inmensamente abiertos el eco de lo que sentían.

Cuando volvieron de Chepes fue a esperarlas.

Buenos Aires: llueve, pardo, gris, melanco.

Retiro: un hervidero. Moscas, humedad y calor.

El Negro se detuvo para escuchar la queja de dos personas, una con síndrome de Down. El empleado de la Comisión Nacional de Regulación del Transporte (CNRT) no sabía cómo explicar que su jefe no estaba en la oficina. Y que no iba a estar en todo el día. Que por eso no podía resolver el problema de los pasajes gratis para personas con discapacidad que una empresa se negaba a darles.

El Flecha Bus que las traía llegaba con atraso, no le importaba porque lo dominaba la emoción de volver a verla. Sentado en uno de los bancos, mientras esperaba, lo vio. Luis Mattini. Lo comparó con un oso por la manera de caminar. Mattini no

lo registró porque quizá ni lo recordara. Al Negro no le sorprendió que aquel gigantón estuviera ahí y se distrajo en los olores de la estación.

Luis Mattini permanecía de pie, con la cara llena de fastidio por la tardanza del micro.

Este Mattini siempre tan retro, guerrinche completo, riguroso con la hora de sus citas. Pienso en la suerte de este tipo que pasa los setenta, porque además de que ella está rebuena, ese aire ambiguo de que es y no le vuela la cabeza a cualquiera. Me pregunto cuál de los dos es el que se garcha a Rosella, ¿la leyenda o su suerte?

El asfalto de la plataforma esmaltado de aceite, nafta y barro. Los parlantes que anunciaban cuál arriba, cuál sale. Y un pibe que pasaba con los ojos semicerrados, ¡mierda!, escupió casi al borde de las zapatillas del Negro.

Mattini seguía de pie, tal vez creyera en el bronce. Dicen que algunos de sus ex compañeros no lo quieren. El Negro pensaba que en eso no tenían razón, porque es un tipo derecho, capaz de hacer autocrítica, un verdadero straightforward, diría Clifford Geertz.

De ahí a meterse con una pendeja, no da, flaco. Para colmo ni se preocupa en ponerse en onda, no sé, algo pendeviejo no le vendría mal. ¿O es eso mismo lo que le hace ganar minitas? Bueno, la historia también. Porque se la jugó, sí, huevos, lo que se dice huevos, no se puede negar.

Al fin, el ómnibus que las traía arribó por la plataforma 25.

Agustina bajó del micro antes que Rosella. El Negro se quedó sentado porque necesitaba saber si ella lo buscaría. Agustina, la cara blanca, profundamente blanca como si viniera desde algún invierno. Y el Negro recordó que una vez ella le contó que Maidana le había dicho que en su cara habitaba la luna. Ella miró a su alrededor, se detuvo en Mattini y fue hacia él. La otra se abrió paso entre varios y también fue.

Rosella lo abrazó. Lo besó estirándose un poco para alcanzar su boca a la vez que él se encorvaba. Los ojos de Rosella no se cerraron... fijos en los de Agustina. Y Agustina sonrió con una complicidad que el Negro no quiso descifrar.

Cuatro que cruzaban por delante ocultaron la escena.

El Negro abandonó el banco y avanzó hacia ellos. A su vez, Agustina se encaminó hacia la bodega del micro. La siguió, expectante. Ella le daba la espalda y no se volvió, ni una sola. El Negro pasó por el costado de Rosella y Luis, los miró, no se percataron de su presencia. Por fin, en cuanto Agustina acomodaba la mochila en su espalda lo vio... sonrió otra vez y el Negro no pudo evitar que su cara se ilumine.

Moscas, humedad y calores pesados en el aire de la calle.

El Negro llevaba una musculosa blanca grabada con la lengua de los Stones. Se la había regalado Favalessa cuando supo lo de Inger.

Igual que mi viejo, Favalessa sostenía que el cambio de monta siempre sería una buena cosa.

Caminaron los cuatro juntos, ocupaban casi toda la vereda.

Agustina lo llevaba de la mano y, despacito, murmuró para que solo él la escuchara:

-Te extrañé, Negro.

Fue como si nada. Nada, porque durante las tres cuerdas previas no paró de hablar, que Ramiro esto, que Ramiro aquello, que le recordaba alguien o algo. ¿Qué? Ella no podía saberlo y por más que rebuscara no conseguía develar la pregunta. Encima Mattini que cada tanto alegaba:

-Ramiro es un pibe muy interesante que hace honor a la historia de sus padres y a la suya propia.

Y la pelotuda de Rosella que no dejaba de mirarlo embelesada. Por supuesto yo casi no opinaba, no quería ni tenía qué decir.

Se metieron en un bar para desayunar. No se sabía bien a cuento de qué hablaron de la libertad. Lo hacían y el Negro pensaba que si necesitaban una palabra para nombrarla -a la libertad- era porque en verdad no la tenían o la tenían condicionada por la cultura, por la moral, o por lo que fuera; “¿por qué será que no se entiende esto?”. Se preguntaba rumiando el inicio de su bronca. Entretanto los demás seguían con el bla bla bla, él se convencía que debía preguntarle a Pablo Wright cuáles eran esos pueblos primitivos que no conocían la palabra libertad porque eran realmente libres y no necesitaban nombrarla.

Rosella respondió a la pregunta de Luis no sin antes sonreír con algo de resignación:

-Los chepenses hablan bajo, en verdad escuchan más que hablar y si querés saber cómo son, que te digan lo que piensan,

tenés que hablarles de su pueblo antes que de su provincia. Tenés que mostrarles que te interesa Chepes antes que otra cosa.

Agustina interrumpió y habló encima:

-Porque para ellos ese llano alejado es su país y nosotras, aunque nos acompañara Ramiro... but, nunca dejamos de ser porteñas puestas ahí vaya a saber para qué; todo bien con ese rollo, igualmente nos sirvió mucho haber ido.

El Negro se esforzaba por parecer interesado, al mismo tiempo comenzaba a anhelar irse a su casa, con ella o sin ella.

Entonces habló Luis:

-Cuando estuve por Chepes, hace ya más de un año, entendí que los chepenses están cansados de las derrotas ajenas; “el desierto enseña” me dijo Ramiro una noche después de una reunión en la que habíamos hablado con los muchachos de la Aechelar. Me acuerdo que Ramiro reafirmó la idea al insistir con que cuando se aprende del desierto “nada será igual”.

Fijo de propósito, concentrado en los ruidos y en las figuras dibujadas más allá del enorme ventanal, el Negro intentaba declinar de sus voces. No pudo, porque a despecho de su esfuerzo, el relato de Rosella se impuso por sobre su intento. Ella afirmaba que un hilo sutil unía a los pobres de las soledades chepenses y a los que deambulaban justo en ese minuto por el lugar. Desarrapados (esa fue la palabra que usó) que sabían que sólo podrían escapar a la fatalidad de la miseria si se hacían futbolistas, cumbieros o narcotraficantes. Mattini la provocó diciéndole que empezaba a creer que ella se equiparaba más a una progre ataviada de zurdita que a una militante que pretendiese ser revolucionaria. Antes que Rosella pudiera responder, intervino Agustina. Abogó acerca de que nada de

eso era del todo cierto porque la coyuntura que vivía el país dejaba ver que las cosas estaban en franco proceso de cambio. Fue entonces que al Negro, hartado de escucharlos, lo asaltó la voz de su cabeza apartada de toda fe. Voz que lo despojó de las dudas y que reafirmó un único, imperioso sentimiento: irse de ahí, inmediatamente.

Pidieron la cuenta. El Negro profetizó que Agustina nunca le contaría completamente qué fue lo que ellas aprendieron en aquella desolada sequedad.

Ya en casa, ella se dio una ducha larga. Yo esperaba que terminase, sentado en el bidet, porque no paraba de contarme cosas:

-Sabés Negro, cuando vimos esa placa en una plaza frente al museo Ara General Belgrano, Rosi... ¿te dije que ella me rebautizó y me puso Lola?, nada, dice que Lola le gusta más que Agustina, cualquiera, bueno, la cuestión es que ella y yo vimos el homenaje hecho de mármol y me acordé de Maidana. Grabados había tres nombres de los que fueron soldados en Malvinas: Francisco Velindo Fernández, Jorge Antonio Yacante y Hugo León Llanos. Creí que Maidana tenía razón..., más tarde cambié de idea porque vi otra que bajo la leyenda "Nunca Más" y un pañuelo blanco (el de las Madres) unían las dos fechas: 24 de marzo y 2 de abril, pidiendo memoria, verdad, justicia, democracia y soberanía. Entonces me ilusioné con que en ese país llamado Chepes las cosas fueran un poco distintas. Cuando vea a Maidana voy a hablar con él.

Durante todo ese relato su voz pausada me sonó ronca, imitaba el tono de Celeste Carballo o el de Sandra Mihanovich cantando "Puerto Pollensa".

Casi al mediodía, comimos apenas y nos fuimos a dormir. Se excusó con que estaba molida por el viaje.

Yo no podía. Permanecí despierto, pensaba en la conversación que habíamos tenido, para que así mi pija aflojara de una buena vez.

Maidana, mi viejo, Malvinas.

El desamparo.

La soledad.

Nunca Más. -“¿Por qué se pide aparición con vida si supuestamente no puede haber desaparecidos en democracia?” Supo afirmar mi amiga Lupe, la cordobesa que, de tanto en tanto, viene a Buenos Aires y dedica algo de su tiempo para compartir una birra conmigo. “López es la prueba, ¿cuál es el lugar del Nunca Más, me querés decir? Porque López pone en jaque esa verdad que albergan como si fuera el cáliz sagrado de esta epopeya llamada memoria, verdad y justicia. No es cierto -insistió-, porque este es un país empachado de culiados hijos de puta que no se van a quedar quietos. Julio López no es el principio, es la continuidad de lo que jamás dejó de ser, ¿de qué pasado hablamos cuando decimos Nunca Más?”

Esa idea era la que atravesaba toda su tesis de licenciatura. La falsedad del discurso, no por el discurso mismo sino por la certeza de la desaparición.

Agus sostiene que me extrañó, y a lo mejor crea que es verdad..., ahí está, despatarrada, duerme en pleno día, dejando que me sienta un forro total.

Linda mujer Lupe, tan ella, inteligente y honesta. También ella apoya al gobierno nacional, sin dejar de ver lo que hay que ver.

Afuera, en las calles de afuera, Buenos Aires sigue despojada de toda gracia. Ya no llueve; en el asfalto, láminas de barro. En mi cabeza vibran los acordes de "Dazed and confused" de Led Zeppelin.

Cerré los ojos. Necesitaba desprenderme de la pesadez que se había instalado en mi habitación. También de aquella premonición repentina: las pastillas-cocktel que vendrían anidadas en un blíster de plata con mi nombre grabado.

Insisto: cierro los ojos, quizá consiga dormir, al menos un un poco.

Sorpresa: truena Buenos Aires; empiezo a dormir y sueño con taxis alarmados por la apuesta deseo de Radio Mitre. Dicen que caerá granizo y que el Servicio Nacional Meteorológico no lo anticipará.

De golpe entiendo: sé que hice de su regreso mi pentecostés y que pretendía que fuera el de los dos. Agustina no lo supo, no lo vio.

18)

Sus ojos quietos, cerrados, expatriados para siempre en la ausencia. No consigo moverme. No consigo dejar de mirar su cara tan blanca como inexorable. No alcanzo a saber quién me toca, abraza, besa o saluda con voz afectada. No sé rezar. No recuerdo cómo. No quiero tampoco.

Un murmullo apagado se aloja en mis oídos.

Intuyo -deseo- que mi madre está -esté- en la sala. De a ratos veo que también están mis hermanas.

Y su madre. Su padre. Los amigos, los de ellos, atmósfera recoleta. Los nuestros. Los míos. Los de ella. Flores. Cirios altos. Un crucifijo enorme. La Cámpora. Lágrimas prudentes. Una abuela de la que nunca me habló.

Maidana no.



3

Casa Quemada (Burntside House)

19)

-Soldados del Regimiento 12 de Infantería, en el día de la recuperación de nuestras islas Malvinas, ¡buenos días!

-¡¡¡BUENOS DÍAS MI TENIENTE CORONEL!!!

Aire fresco. Un sol increíble. El cielo casi transparente. Tomaron el primer tren. El de Agustina fue un urgente ruego para que vayan, que el Negro no pudo rechazar. Si ofreció alguna resistencia, rápidamente fue vencido por la obstinación, fervor militante de su novia. Ella argumentó que, seguramente, ese día Maidana revelaría hechos que él y el padre del Negro tenían escondidos. Hechos que a lo mejor terminarían de explicar por qué Roberto Altamirano nunca había querido contarle a la familia su pasado de combatiente en Malvinas.

La casa de Maidana los recibió, ya cálida desde muy temprano. Sentados en el segundo patio, el del ciruelo, Agustina y el Negro casi no hablaron. Maidana parecía desgranar el alma

cuando contaba, por poco sin interrupciones. Historia viva, palpitante. La comprensión de lo que fue iba construyéndose milímetro a milímetro. Les advirtió que si algún día repetían su relato habría quienes asegurarían que aquello no pasó exactamente en Casa Quemada, pero que no por eso debían hacer caso a las habladurías. El Negro lo único que esperaba era que lo que les enseñaron (en la escuela, los documentales, el cine, los relatos intencionados) perdiera toda importancia después de escuchar qué fue lo que hicieron Maidana y su padre.

Maidana revivía su pasado. El pasado en el que había amarrado su existencia. Agustina, estupefacta. Y el Negro que escuchaba atento, no podía dejar de despreciar su estupefacción, la de ella. Sólo de vez en cuando se despegaba de aquel desprecio para reflexionar en lo que decía Maidana o en alguna otra cosa.

Sabe qué pasa doctor, a lo mejor soy muy pendejo para bancarme tanto rollo: mi padre, mi novia, Rossella, Mattini, Ramiro, yo. Tengo 25, doctor, 25, ¿entiende? Y más adelante será Agustina la que me cuente, la que reproduzca la palabra de ese tal Ramiro y su percha vida en Etiopía. Qué quiere que hiciera, doctor, como no fuera escuchar, escuchar, escuchar.

Curioso, apenas empezó a contar yo creí que Maidana había visto Irreversible, esa película de Gaspar Noé y Mónica Bellucci, ¿qué dice? No, doctor, Gaspar fue el director, no actuó.

20)

Amanece con esa bandera que flamea: Azul. Roja. Blanca. La vi ondear y no pude, no puedo soportarlo. Enseñoreada, recortándose contra las nubes. Imponiéndose al cielo celeste que asoma. La línea a no ceder ha cedido. Mis comandos, sus infantes y sus Aspirantes a Oficiales de Reserva (AOR) muertos bajo la metralla enemiga...¿y yo qué? La Compañía del 12 rendida. La del 25 por poco completamente acabada. Apenas volví, ya prisionero, me revisaron las piernas, estuve un rato entre dos médicos ingleses. Inyectaron una especie de anestesia después de las curaciones y me dejaron metido entre los míos. Puede parecer mentira, lo cierto es que me sentaron justo a dos soldados de distancia de Roberto.

..., que amanecía y el cielo se reflejaba en la laguna. Formamos un cuadro rodeados por la tropa enemiga. El jefe de los ingleses reconoce el honor y la bravura de nuestros muertos y de los que habíamos sobrevivido. Por eso devuelve la 9 mm al subteniente Peluffo, el oficial de más alto rango que quedaba entre nosotros -supe que ese era un código de honor para combatientes sólo destinado a quienes demostraban bizarría y valor inquebrantable en combate-. Ellos tenían, entre sus varios

muertos, a un teniente coronel parac y a dos altos oficiales más que pertenecían al 2do Batallón del Regimiento de Paracaidistas. Dicen que habían pensado que durante toda aquella batalla enfrentaban a un fiero batallón de fuerzas especiales. Yo tenía los ojos fijos en uno que era nepalés, gurka. Camuflado el casco con una red de verónicas. Cara ovalada, ojos achinados. Tenía la mano colgando a un flanco, las uñas largas, amarillentas, mientras lo miraba, Roberto me iba contando qué pasó, todo lo que yo no había visto porque estuve apostado lejos, en un pozo de zorro con una MAG, justo parapetado detrás de los corrales de piedra. Tenía un torniquete en mi pantorrilla izquierda y revendada la derecha. Me sostenía con las manos apoyadas en el piso, a los costados, y las piernas adormecidas estiradas. No sabés, Maidana, lo que fue. Estábamos sentados en este cuadrado con las manos a la cabeza, los fusiles fríos, amontonados en el centro. No más detonaciones o tiros, ni ayes, sólo se oía el repique espasmódico de tu MAG. Nos dimos cuenta que te tenían fijado con una mira infrarroja. Te juro, desesperado, no sabía qué hacer. Peluffo con una seña me ordenó que estuviese quieto. Fue entonces que escuchamos la voz del comandante inglés; pide a los gritos, quiere saber quién está a cargo. Peluffo se pone de pie. No supimos lo que hablaron antes de salir hacia tu pozo, sí lo intuimos. Agradecí a Dios. No sabés lo que fue, Maidana. Las trazadoras iban y venían a la caza, rojas de odio. Los del 25 se la jugaron hasta el final. Vi cómo caía el capitán, salpicado de barro y piedras quebradas, cuando encabezó la avanzada para que no pudieran acercarse. También a las difusas siluetas de los ingleses encorvarse bajo nuestro fuego. Les dimos, Maidana, no sabés cómo les dimos. Con las Fap con los

Fal. A morterazos nomás. Ellos respondieron a nuestra embes-
tida con granadas de fusil, fuego de mortero y tantísima metra-
lla, como si les sobrara. Nuestros comandos y sus infantes as-
pirantes a oficiales de reserva eran reducidos a polvo y sangre.
Ojo al Cristo que no es de lata, también sumaban bajas. No se
la hacíamos fácil. Así hasta que, justo cuando la plomiza, inter-
minable lluvia inglesa remachaba cerca de donde estábamos él
y yo; Peluffo me ordenó que lo dejara y fuera a apostarme en
un pozo a treinta, cuarenta pasos. No hubo pausas. La posición
del cabo primero, cocinero, Rotondo y el colimba Juri los tenía
a raya a bazucas hasta que los reventaron arrugándolos de
tanta bala. Antonini intentó acercarse para disparar el Instala-
za, ese especial bazooka español pero los ingleses aciertan en
la mismísima boca del cañón y la inutilizan. Entonces Peluffo
pide parte con el capitán Estévez. Estévez está muerto. Lo leí en
sus ojos, él sabe que tiene en sus manos una dura y triste deci-
sión: llevarnos, a sus propios soldados, a la muerte.

Todo seguía llenándose de balas. Los ingleses arreciaban la
posición, los gritos de Peluffo organizándonos para responder
nos alejaron transitoriamente de la derrota hasta que una pepa
dio de lleno veinte metros atrás nuestro y terminó de deshacer
la cohetera del Pucará que los tenía a raya. De nuevo silencio.
No duró mucho porque las voces inglesas llegaron hasta no-
sotros. Entonces supimos. Otro pepazo, otro y no sé cuántos
más que nos dejaron fuera de combate. El cordobés y Rossi
murieron quemados por proyectiles de fósforo blanco. Yo los
vi caer, casi abrazados, rotos, devastados. No sé, mirá Maidana
-insistía Roberto-, el renovado silencio que vino entonces nos
apabulló hasta inmovilizarnos. Fue una mano inglesa la que

sacó a Peluffo del pozo: -Dont worry, your war is over. De a ratos las estrellas, ¿las viste Maidana?, alumbraban la trepada de los ingleses para ayudarnos, no fue suficiente. También a las flores amarillas de las verónicas. Los comandos y sus AOR luchaban defendiendo la posición, cubrían todos los flancos de nuestra vanguardia. Peluffo, un fal y una 9, compartía detrás de ellos un pozo junto al cabo primero, cocinero Rotondo, Fap en mano. Cinco metros al flanco derecho estaba yo. Más arriba aguardaba Juri con el Instalaza por si el enemigo conseguía acercarse. Empezamos a recibir fuego de infantería liviana. Respondimos. La balacera se hacía sentir, igual dejaba espacio para descansar las armas. Sabés qué, Maidana, en esas pausas del combate, trataba de recordar cómo fue que la noche apareció de golpe y que le bastó una sola dentellada para comerse al crepúsculo. No había caso porque enseguida volvía todo el metal estallando. Vi que el santafesino Aguer caía fulminado ahí nomás de donde estaba yo. Te juro que me miró antes de irse, no digería que ese fuera el final. Lo vi aferrándose a su crucifijo como si suplicara que le permitiera quedarse o tal vez estuviera agradeciendo por haber servido a la Patria. Oí al cabo primero, cocinero Rotondo gritar: -¡Fap interrumpido, percutor inutilizado! Me olvidé de Aguer y su cruz porque los vi desarmar el Fal para reparar el Fap, fue ahí que recibieron el impacto de un Blowpipe tierra-aire (en realidad había sido un misil antitanque Milán). Desde donde estaba pude ver y escuchar que Rotondo se percató de lo que le pasaba a Peluffo y le dijo: -No se preocupe mi subteniente, es cuero nomás. Fueron esquirlas burbujeantes de luz incandescente las que cocinaron parte del cuero cabelludo y la oreja de Peluffo. El cabo primero

cocinero le envolvió la cabeza con una venda de curación para que pudiera seguir combatiendo. ¿Y vos, Maidana, qué pasó en tu trinchera?, me preguntó Roberto. Le respondí con mi relato.

... ía intuido la rendición, no tenía idea cómo. Apostado detrás de los corrales de piedra, aguanté hasta que llegaron por detrás. Me sorprendieron como a un boludo. Boludo. Boludo. Tenía las piernas recontra duras, mejor dicho no las tenía. Antes de levantarme, uno, apuntándome con una sterling, que ordena: -¡Quiet, man, quiet, dont fight any more! Aunque no hablaba inglés, supe lo que me decía al mismo tiempo que nacía dentro mío un odio del que no podría despojarme. Me cargaron entre dos. Ingleses, mierdas. Ingleses mierdas. Mierdas. No eran gurkas. No las sentía, por eso no había dolor. Y aun hubiese. Hubiera podido llorar, porque ellos me acarreaban con amabilidad, cuidadosos, serviciales, hijos de puta, no lo hice. Sillita de oro, así me llevaban. Y sed, tenía una enorme sed. Lo último que Peluffo me dijo antes que me agarraran: -Mirá, chamigo Maidana, que hay un inglés que te tiene fijado con su mira nocturna, dejá el arma y entregate, ya nos rendimos. -¡Y no me rindo na'!. mi subteniente grité bien a lo correntino, con el corazón hecho huevos. Sostenía la MAG apuntando hacia donde venía su voz. Me tiemblan los dedos. Yo tenía una MAG. Municiones a lo pavote. Y dos o tres granadas. ¿Por qué, por qué?, me preguntaba. No quiero rendirme. Las Malvinas son mías, carajo. Desde ahí puedo tirarles para que tengan y guarden. A ellos, a sus madres, al principito y a la puta reina. Me importaba una mierda lo que ellos pudieran conmigo. -¡No me rindo na'!, mi subteniente, le había dicho a lo macho luego de identificarme cuando él mandó la voz de alto: -¿Quién vive, identifíquese, soldado?

-Soldado clase 62, Maidana Héctor, mi subteniente, respondió.

Mi jefe, semitapado por dos grandes matas de pasto tussock y otra sombra que lo flanqueaba, al llegar había largado su primer alarido que no escondía su propia, impotente bronca: -Soy el subteniente Peluffo, la compañía está rendida, usted es el último que queda en armas, soldado.

... la esquirra de un morterazo. Creo que fue ahí que adquirí esta sordera que me acosa. Enseguida del aturdimiento me dí cuenta. Tenía la carne del muslo derecho florecida, empapada y roja. Clavado en la tierra, el borcego de esa pierna la sostenía en su postura, toda mi rodilla soportaba la trabazón. Tengo las dos reventadas; y Malvinas, por la noche, parece una princesa, arrogante y árida; nunca antes había visto un cielo así de limpio. Frío. No era muy educado que digamos y capaz que por eso para mí la Patria era San Martín. O Belgrano. Desde la tarde, cuando los vimos llegar, allá cerca de esas pequeñas elevaciones del terreno, supe qué era para mí. La Patria, digo, es Malvinas. Supe que podíamos. Quise que pudiéramos. Me enteraría que nuestros comandos estaban muertos. Un capitán, dos tenientes, los sumbos y varios de los AOR. Creo que eran 15 en total. Todos muertos. Que nos hicimos cargo. Peluffo, el subteniente que era mi jefe; lo habían egresado de prepo de la Escuela de Oficiales del Ejército. Antes de que terminara. Al principio yo le daba al gatillo hasta que la MAG se recalentaba, me di cuenta y entonces los tenía cortos de a ráfagas. Las piedras algo me protegían. Los veía asomarse y ahí nomás sacudía. Ellos no se quedaban atrás. Sentir el silbido. Los golpes en las piedras. La tierra que salta de a terrones. El ruido mordien-

te. La boca seca. Desde la tarde y toda la noche no sentí ni así de frío. Viento había, casi no le presté atención. A mi espalda había colocado varias chapas que sacamos de los techos de las tres casas que había en el lugar. Me cubrían del viento. Antes del atardecer había sido más fácil porque los veía mejor. En la oscuridad repentina, pispiaba bultos y tiraba adivinando.

... miedo sí tenía. Mucho. No me importaba porque ya sabía que descubriría lo que significaba ser patriota. Y yo lo era, ahí, justo en ese día y noche enteros y no en otro. ¿Morir? Sí y qué, me dije cada vez que lo pensaba. Bah, creo que lo pensaba. ¿Dios? Él y Malvinas. Esa tierra. Ese mar. Tengo 18 y una MAG para asegurar que lo que he descubierto no me lo quiten. Por eso, el miedo podía irse al mismísimo carajo. Mucho más adelante aprendí el significado de la palabra épica. En entonces, metido en la cueva de zorro, detrás de los corrales cercanos a Casa Quemada, esa palabra era nada. Sólo una, la que ya les dije. ¿Valiente? No, si estaba cagado de miedo, literalmente, aun así, no quería rendirme. Podía distinguir cuáles eran las nuestras y cuáles las de ellos. Balas. Esquirilas. Explosiones. ¿Matar? Por qué matar. Para qué. Yo, un pibito poco y nada formado empezaba a preguntarme eso mientras sacudía el gatillo o alineaba otra cinta de municiones. Varios milicos nuestros, oficiales y sumbos estaban muertos y tuvimos que hacernos cargo. Sabía ir a cazar nutrias en la orilla del Paraná. Quise yaguaretés, no pude. Mi viejo pensaba que para sobrevivir tenía que aprender a sacrificar animales. Comer su carne. Sacarles el cuero y venderlo. Nunca pude cazar uno. Ñacaninas sí, había que verlas enrosándose cuando les hincaba la púa. Dorados, pacúes, sábalos y cuando todo escaseaba, bagres. Ma-

tar hombres, no. Esos eran ingleses y estábamos en guerra. No sé por qué, en el medio de los tiros recordé el último festival de música del litoral en el que había estado. Y al fuego respondí con fuego; tarareaba porque nunca fui bueno para gritar sapucays. Pensaba en eso cuando sentí el primer golpe. La pierna se levantó por el aire sola. Un dolor agudo me llenó de lágrimas y olor a sangre. Y bronca. Mucha. Otra vez miedo. Saben qué hice: primero me agaché para mirar, tocar y sentir esa mugre viscosa y caliente que brotaba de la izquierda. Me erguí y sacudí con la metra. Todas las balas que pude. Gordas. Luminosas. Fuertes. Ellas heroicas, no yo. Buscaron del pecho el corazón, de la cabeza el entrecejo, también cualquier parte del cuerpo de esos ingleses que pretendían que hocicara. Noche de a ratos clara, de a ratos negra. Achinaba los ojos, apuntaba y le daba de nuevo. Cada vez menos escuchaba a las nuestras. Cada vez más las de ellos. Y las mías. Las mías solamente. Y las de ellos. Cada vez más eran las que llegaban hasta los corrales. El fuego de mortero pega cerca. Un aluvión, ¿así se dice? me pregunté entonces; la cosa es que me tapó de terrones y pedruscos deshechos. Inflamados. La piedra caliente en medio de la helada nocturna, ¿saben lo que es? Crujía la tierra nuestra atormentada por los proyectiles ingleses. No sé si lo hice o lo imaginé. Agarré otra ristra de proyectiles. Refregué bien refregados los plomos en mis bolas. Cargué y volví a darle. Confieso que lloro, de eso estoy seguro. ¿Matar? ¿que me maten? No sé, en esa tarde y noche interminables me sentí hombre por primera vez en mi vida, y lo hice a la par que lloraba, ¿qué cosa, no? Algo me llama la atención, sé que no pensé en mi madre, en mi familia, en mis amigos, en una novia, bah, novia lo que se dice novia

no era. En lo único que pensaba era en no dejar que tomaran la posición porque era parte de la línea a no ceder. En ese instante comprendí que era cierto: mi madre, mi familia, mis amigos, mi novia eran la MAG, el corraje, ese pedazo de tierra y roca, ese cielo lleno de estrellas que esos mierdas nunca verían en la puta Londres. Bueno, eso lo pensé después, lo de la puta Londres, digo. Lo del cielo sí, jamás voy a olvidar esa masa blanquecina de estrellas que aparentaba venirse todas encima para arroparme, protegerme de la metralla. Si maté no lo sé. La única certeza que tengo acerca de eso es que en medio de la batalla, cuando todavía los fierros propios se escuchaban, creí ver una silueta que saltaba a unos 100 metros más o menos. Evidente, venía hacia mí. Me agité primero, las manos temblaban. Empecé a sudar y fijé la vista. La sostuve firme en dirección al montículo en el que creía que, por fin, se había parapetado. No sé, pienso que pasó algo de una hora. Dejé de tirar. Entre él y yo debió de haberse formado una especie de ampolla que nos aislaba porque dejé de oír detonaciones o ver fogonazos. Me agaché todo lo que pude sin perder de vista aquel lugar en que se cubría. Me concentré sólo en una cosa: ese inglés. Si tuviera que describir qué pasaba a mi alrededor no podría. Todo, todo se esfumó. Sensaciones, sonidos, olores. Olores: lo más fuerte de la guerra para mí es el olor. Nada se le asemeja y es imposible de describir. En aquel momento, todo el tiempo que duró fue como si me hubiesen anulado la nariz. Incluso creo que por un rato estuvimos fijos uno en los ojos del otro. A pesar de la distancia, de la oscuridad nocturna, de esa especie de bruma casi eterna, pese a todo, creo que nos veíamos directo a los ojos. Y los ojos de ese hijito de puta podrían ser los de un fantasma.

Sin embargo, yo no sentía lo mismo que sentí con el cordero al cazarlo. Una repentina lámina más húmeda todavía hizo que pedregullo y pastos chispearan entre la tierra y el cielo.

Saben, a veces Malvinas me dio la sensación de ser un espejo duro, sucio y frío en el que se reflejaba la muerte. Por eso pienso que nos unía con aquel inglés el mismo temor y nos separaba el sentimiento. Largos minutos pasaron; imaginaba el caño de su fusil que pretendía fijarme para un tiro de precisión. Las chapas a mi espalda se movían por la fuerza del viento tal si quisieran traicionarme revelando con exactitud mi posición. Entonces un inmenso agobio se apoderó de mí. Permanecí quieto, cagado, expectante, hasta que otra vez el bulto o una línea del bulto se movió. No sé cómo, la cosa es que pude soltarme del susto. Solté, primero una ráfaga corta. Otra. Hasta que un ¡poc! amortiguado, como de plomo entrando fue el que llenó mis oídos abobándome. Enseguida, saliendo del estupor, descargué la cinta entera. Esa vez nada vino hasta mí, ni gritos ni tampoco balas. Sólo creí ver un trazo desacompasado dibujado en el aire. Nada más. Tengo las mandíbulas trabadas, abiertas, como si hubiese gritado. El pecho cabalga. Mis manos tercas no sueltan el gatillo que ya no percute. El silencio se transforma poco a poco. Y el olor de la lucha vuelve en el eco de otros plomos. Nunca supe ni sabré qué pasó con ese inglés, ¿habrá muerto atravesado por mi metralla? No lo averigüé porque otra vez sentía las balas rebotar a mis flancos. Lejos, en el mar, empezaba a clarear.

... fui hasta mi pozo. Roberto -canturreaba algo de un grupo que, según me dijo se llamaba La máquina de hacer pájaros- me acompañó ayudándome a cargar todo. Transportá-

bamos las municiones y la MAG puestas sobre varias chapas quitadas de las tres casas que había ahí, en ese paraje desolado. Nos abrazamos antes de que me dejara. -Gracias por el corredo, cheamigo correntino, me dijo, imitando mi manera de hablar, antes de irse. Me metí y acomodé el fierro apuntando en dirección al mar. Hacía frío y en el horizonte todavía alcanzaba a ver el desembarco, la invasión que llegaba.

... ya tranquilos, porque nos dimos cuenta que no íbamos a estar solos, nuestros comandos y los infantes habían llegado abiertos en abanico. Trajeron dos obuses de 105 mm. Y en un tractor, montada una cohetera que quitaron de un FMA IA-58 Pucará abatido cerca de la base aérea Cóndor. Eran los del 25. Oficiales, suboficiales y tropa de infantería, al mando del capitán Estévez. Esos eran bravos de verdad. Apenas llegaron sentimos una bendición. Se hicieron cargo de la posición y el subteniente Peluffo quedó a sus órdenes. Nos reubicaron. A mí me asignaron la MAG 60-20 7,62 porque aseguré que sabía usarla. Y sabía. Cuando se acercaban, con sus boinas caladas, el correaje cruzado al pecho, Peluffo preguntó -¿Y esos quién putas son? -No se preocupe, mi subteniente, son los del 25, respondió el Cabo primero, cocinero Rotondo. Hasta que vinieron estábamos algo preocupados. Antes de que la noche llegara, en la media luz del atardecer, con largavistas habíamos divisado movimiento hostil a unos 3.000, 4.000 metros hacia el mar. Detrás de nuestros disparos el enemigo retrocedió. Eso no produjo demasiada algarabía porque todos tomamos conciencia que la guerra había empezado y no de la mejor manera. Pasó que Peluffo había mandado a disparar con trazadoras para marcar la posición de los putos ingleses. -Sobre mi fuego,

fuego, ordenó. Y nosotros tirábamos sin saber que esa era una escaramuza inglesa para ubicar dónde estábamos nosotros.

... y antes del vapor que siempre viene hacia finales de la tarde los cinco volvimos de nuestra incursión al mar, tan alegre y contenta que no nos importó que Peluffo nos cagara a pedos llamándonos tagarnas. Tampoco que de inmediato nos distribuyera hacia nuestras posiciones de combate. Pasó que hacia la hora en la que todo Corrientes duerme la siesta, ahí en Malvinas, el cielo se nubló de golpe y una llovizna helada invisibilizó aquella porción de la Pradera del Ganso. Estábamos quietos, cubiertos con las capas verdes, todavía con la panza contenta gracias al cordero que habíamos terminado en el almuerzo servido por Rotondo; envuelto en aquella humedad blanca lo vi. Un petrel moteado con las alas extendidas todo a lo ancho. Levitaba por poco inmóvil a escasos metros del suelo. Aguer me dijo que no lo mirara fijo porque podía quedarme ciego; no le hice caso. El pájaro se alejó apenas un poco y lo seguí.

-Vení, pidió el flaco Aguer, -Ya es suficiente con el cordero que trajiste, Maidana, insistió. Yo me metí en la llovizna y supuse que me perderían de vista. No. Escuché pasos detrás de mí y supe que varios se habían levantado para seguirme. Eso me distrajo. Lo había perdido; traté de adivinar adónde iba. Sabía que anidaban cerca de la costa y hacia allá me dirigí. Los jefes estaban preocupados en pensar la defensa ante un posible ataque inglés y no prestarían atención sobre nosotros. Roberto, Aguer, Rossi, el cordobés y Antonini me alcanzaron. No hablabamos. Se levantó el viento y la lluviecita fue disipándose. Atravesamos un pedazo de tierra copada por el último plantío de virgen pálida. Ya no abandonaríamos una larga superficie de

barro congelado que se dilataba hasta una depresión interminable. Roberto caminaba a mi lado. Los otros un poco más allá. Podía verles las caras a todos. Ninguno sabía lo que yo buscaba, la caza del cordero me había dado fama de saber de qué se trataba. Todos cargábamos Fal terciados a la espalda, menos el cordobés que andaba liviano, sin armas y con una sonrisa dibujada en toda la cara. Traía un cigarrillo apagado puesto en la oreja derecha y el casco a la nuca. Iba contándonos chistes que nos hacían cagar de risa. Según él, los recordaba de haber leído una revista cordobesa llamada Hortensia. El petrel de tanto en tanto salía de entre las matas de pasto amarillo. Aguer le apuntaba a todo lo que se movía, excepto a nosotros. Gaviotas, matas de pasto, espectros entre las olas del mar. Apuntaba sin percutir, llevaba el Fal sin cargador ni balas en la recámara. Avanzamos un poco más hasta que, por fin, el mar. Estaba lejos, aun así, podíamos oír romper las olas contra las piedras de la playa. Entonces sucedió. Metida bien adentro, en las aguas profundas, una sombra entre gris y negra se asomaba en el acompasado movimiento del oleaje. Casi en el acto todos estuvimos cuerpo a tierra. Olvidamos el pájaro y quedamos fijos en aquella silueta extraña. Al principio creo que pensamos que era una lancha de desembarco inglesa. Rossi quitó el seguro de su Fal. El cordobés, sin dejar de sonreír le preguntó: -¿Quéloqué, tai loco, macho?, a la que tiré uno sólo nos van a romper el ocote a cuetazos. No sé si por el susto, la cosa es que nos reímos todos. Después permanecemos así, tozudos y estáticos, sin dejar de mirar hacia allá. El viento apuró dos o tres rachas antes de calmarse del todo. También el mar se aquietó, no de inmediato. La sombra seguía ahí, balanceaba a estribor, a babor

y su popa o proa (no lo sabíamos todavía) apuntaba directo a nosotros. Arriba, en el cielo nublado empezaba a abrirse una grieta por donde colaría el sol. Una formación desordenada de gaviotas cruzaron de este a oeste. Ahí, pegados a la tierra, a pesar del mar ya definitivamente apático, no podíamos observar de qué se trataba. Así fue. Primero el cordobés. Al instante yo. Enseguida los demás. Nos pusimos de pie a despecho de toda prudencia. Avanzamos un poco más. Roberto adelantó unos metros. La sombra se hizo cuerpo. Entonces por fin supimos, creímos saber o quisimos que fuese. Una enorme ballena jorobada bailaba para nosotros. Rossi gritó de alegría; cuándo ese entrerriano, hachero de profesión, hubiera imaginado que iba a ver una ballena en su vida aunque, en realidad, no la estuviera viendo. Cuándo, cualquiera de nosotros. Todos empezamos a saltar agitando los brazos y hasta el cordobés que abrazaba al gringo Antonini aseguraba que eso era casi tan lindo como un gol del Pato Gasparini. Nunca pude saber si aquello que vimos fue en verdad una Jorobada, lo cierto fue que volvimos al vivac tan alegres y animados que no nos importaría que Peluffo nos llamara tagarnas.

... cia el mediodía estábamos convencidos que nadie vendría a ayudarnos y que deberíamos enfrentar al enemigo solos. Serían las ocho de la mañana cuando alguien escuchó en el radio que los ingleses estaban desembarcando en San Carlos y que era inminente el ataque sobre Darwin. La noticia no impidió que disfrutáramos del guiso de cordero y papas que había preparado el cabo primero, cocinero Rotondo. Aquella mañana eran muchos los que se ilusionaban con que fuera cierto que estábamos ganando. Nuestra fuerza aérea les estaba dando

duro y, se decía, pillamos dos fragatas inglesas a puro Éxocet nomás, hasta hundirlas. La noche anterior yo había dormido poco y nada. Roberto también. Compartíamos el pozo de zorro con el gringo Antonini y el entrerriano Rossi. Peluffo nos había ordenado que desarmáramos los techos de tres casas de las que sólo quedaban pilares y parte de los cobertizos. Con las chapas quitadas cubrimos nuestros propios pozos. Esa noche Rossi se la pasó explicando cómo era el oficio de hachero, quebrachos, algarrobos, palos santos. Las manos llenas de callos deseaban que no fuera demasiado tarde para hachas. El gringo Antonini, a su vez, contó que su sueño era ser ingeniero y que tenía una novia de Bolívar que estudiaba en Buenos Aires. Nos mostró la foto y vimos que la mina estaba recontrabuena, tenía unas tetas así de grandes. Nos mostró otra de su hermana Patricia. Hermosa, rubia, ojos azules increíbles, él nos contó que su novio afirmaba que Patricia era una hechicera imposible de olvidar. Entonces todos sacamos las fotos que traíamos y las pasamos. El hollín de una lámpara a gasoil nos tiznó la ropa y la piel, no nos importó porque nos daba luz y calor. Transcurrimos en la noche tranquilos, contando nuestras vidas, pres-tándonos cada tanto el vellón de oveja que me había ganado en buena ley. Y si nos lamentábamos de nuestra situación, todos coincidíamos que, a veces, la guerra hace falta. Que a lo mejor éramos unos privilegiados por poder defender esta tierra nuestra. Sé que aquella escena no era más que el lugar común de todos los soldados del mundo a lo largo de toda la historia, pero ha quedado grabada en mi cabeza como si fuera única. La conversación había empezado alrededor de la olla en la que Rotondo había cocinado la mitad del cordero que traje. Peluffo,

que al principio me lo había prohibido -sin demasiado énfasis-, me dejó ir sólo acompañado por Roberto. Yo le había explicado que cuando veníamos creía haber visto algunas ovejas sueltas. Él me dijo que fuéramos y que no nos hiciéramos ver por la tropa propia que anduviera patrullando por ahí. Así fue que esa mañana, muy temprano, arrancamos en busca de la comida que los mandos superiores asentados en Puerto Argentino nos negaban. Encaramos hacia el interior del istmo, alejándonos de la costa. Allá en la orilla del Paraná, ya les dije, solía salir a cazar. Tenía buena puntería. Peluffo no me había dejado llevar el fusil. A cuchillo fue nomás. Y sí, yo era bueno también con el facón. Bah, no sé, a lo mejor sería el hambre que de repente me volvía buen cuchillero. La cosa es que tu viejo, Daniel, resultó ser bueno para emboscar aunque nunca antes lo hubiera hecho. Caminamos por tres horas, más o menos. Pienso que lo hicimos en círculo. Yo seguía una línea de guano que aparecía de a trechos. Cada tanto me detenía para ubicar la dirección del mar oriental, eso era lo que nos aseguraba no perdernos. Recuerdo que aquella parte de Darwin tiene hondonadas tan suaves como suficientemente profundas. Cada tanto nos asomábamos y podíamos ver a la distancia, pronto volvíamos a quedar encerrados, con la vista corta. Sé que dudé si encontraríamos, Roberto en cambio andaba sin chistar, ni siquiera me miraba mal o con recelo. Iba contándome -hablaba bajo, secreteando para no espantar por si salía la presa que buscábamos- de sus padres, decía que lamentaba no tener una familia más grande. Loco por los autos, los motores y la mecánica. Justo antes de que lo movilizaran se había comprado un Fiat 128 IAVA 1300, usado, impecable. Rojo furioso y con llantas de magnesio. Por

suerte pudo manejarlo antes de partir hacia aquí. Su idea era juntar plata, dijo, para llevarlo a Alta Gracia para que se lo prepare Oreste Berta: levantar el árbol de levas y esas cosas. Marchábamos atentos y entretenidos gracias a él. Cuando las aplastaba con mi borcego, el perfume de las verónicas amarillas (estaban por todas partes) me hacía picar la nariz. Frío. De a ratos lloviznaba. El viento nos daba en la cara. Y los dedos...

... sta que de golpe, casi sin esperarlo lo vimos. Pastaba dándonos el culo. Era enorme, grisáceo y viejo. Hice una seña y Roberto entendió. Fue arrastrándose guarecido por los pastos duros y altos. Flanqueaba por la izquierda del cordero que no nos había detectado. Te juro, admiré a ese grandote que parecía haberse achicado por arte de magia, tanto que lo perdí de vista. No sé, media hora había pasado y ni señales de Roberto. El bicho comía tranquilo, adelantaba un poco sin dejar de rumiar a no más de 70 metros. El viento sacudía los mugrosos vello- nes gruesos. Y un olor agrio, de orines, de tanto en tanto me llegaba aborascado. Presentí, no sé por qué, que la hora llegaba y algo corrió dentro mío poniéndome decisivamente alerta. Recuerdo que el cuero se me erizó. La faca asida por el mango. Los ojos clavados. Los músculos tensos. Una gaviota chilló a lo lejos. El mal clima fue apaciguándose justo cuando el cordero levantó la testa. Quedé petrificado. Aquella cabeza era enorme, recién ahí supe que, sin Dios no sería fácil. En realidad eso lo pienso ahora, porque lo que sé es que nada más me importaba. Otra gaviota pareció responder. Primero fue el casco, el cuerpo entero después. Lanzado a la carrera en zigzag, los brazos abiertos como alas y la voz en grito. Roberto lo ahuyentó directo, directo hacía mí. Las patas cortas batieron por el aire bolas

de barro y pedruscos. Lo esperé con las piernas flexionadas y la hoja del cuchillo vuelta del revés; así me había enseñado mi viejo. La suerte estuvo de nuestro lado porque cuando estaba ahí nomás se frenó gracias a una inesperada trampa de lodo. Salté -volé-, nunca lo había hecho antes. Caí con todo el peso de mi cuerpo sobre él atajándolo por el cuello y el lomo. Nos inclinamos apenas un poco. Quise estaquear los borcegos en la trampa. Él me arrastraba con una fuerza increíble. Llegó Roberto. Se metió por debajo para aflojar los cuartos delanteros. Forcejamos así, ya inmovilizados en el lugar, hasta que, por fin aflojó. Sin desmontarme hundí el cuchillo en su pecho. Él bufaba con la quijada abierta y del morro se escapaba vapor de muerte. Mientras me despegaba vi en sus ojos una queja. Saben, de eso no puedo olvidarme. Oí a Roberto reír y reí también. La táctica que usan los leones había dado resultado.

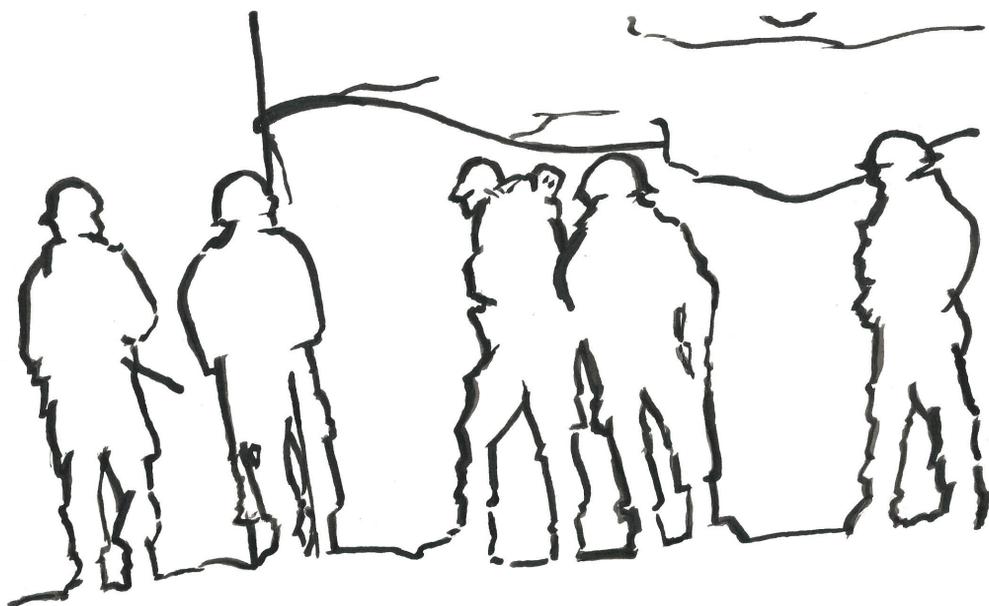
... luffo repartió una tableta de chocolate Águila entre todos. Nos formó en fila y nos las dio tal si fuera ostia de comunión. Así festejamos el 25 de Mayo. Apenas llegamos a la posición, los del 12 éramos 35, pertenecíamos a la Compañía de Servicios. Unidad de apoyo: talabarteros, cocinero y ayudantes de cocina, mecánicos, el rancho, la enfermería, esas cosas, nunca tropa de combate. Habían ordenado un despliegue de 360° y a nosotros nos habían asignado esa sección. Dicen que el subteniente Peluffo, cuando volvió a Puerto Argentino un día antes del 25, a informar que la compañía estaba en posición; fue recibido en una de las casas en la que tuvo que limpiarse las botas antes de entrar, no fuera cosa que se manchara el parqué. Le ofrecieron darse una ducha caliente, él prefirió discutir la necesidad de que enviaran comandos a reforzar el puesto, mu-

cho más si aquella era la línea a no ceder. Dicen que no quiso quedarse ni siquiera un rato después de obtener la promesa de que enviarían lo que había pedido.

... Peluffo no alcanzó a terminar el 4to. año del Colegio Militar porque lo graduaron de prepo y lo asignaron al 12. Llegó a Corrientes y dos días más tarde escuchaba junto a nosotros, por la radio, que las Islas Malvinas y las Geogias del Sur habían sido recuperadas. Tres más y partíamos hacia el sur, él al frente de su Compañía. Dos después cruzábamos el mar. Todos queríamos agarrar los fusiles cuanto antes y llegar a Darwin, nuestro destino. ¿Saben? Ese instante no lo olvido más. Habita en mis sueños ver la costa de Puerto Argentino. Verme con mi uniforme, orgulloso de pisar por primera vez ese suelo. Suelo patrio. Mirar la cara de Peluffo iluminada y escuchar una y otra vez el Grito:

-Soldados del Regimiento 12 de Infantería, en el día de la recuperación de nuestras islas Malvinas, ¡buenos días!

BUENOS DÍAS MI TENIENTE CORONEL



21)

Lo último que Maidana les dijo antes de que dejaran su casa en Florida fue su reiterada queja:

-¿Saben lo que pasa? Somos una sociedad plagada de cobardes, nunca tendremos una leyenda basada en incidencias reales porque lo que nos importa es mantener la vida cómoda que llevamos. ¿Saben cómo llaman los rusos a la Segunda Guerra Mundial?... la Gran Guerra Patriótica. ¿Cómo llamamos nosotros a la nuestra? Malvinas, así, a secas nomás. Somos sólo un discurso. Somos una sociedad de mierdas sin ninguna otra identidad que la pedantería de creernos que somos lo que no somos. Estamos siempre buscando un Padre o una Madre que nos cuide para, cuando creemos que ya no nos sirve, matarlo. Y no lo haremos nosotros sino que pretendemos que la historia se lo lleve puesto. Así, a los que antes idolatramos llenando la plaza, a esos mismos luego los negamos. Ellos no son más que uno de nosotros, no más que uno de cualquiera de nosotros. Por eso, chicos, hay quienes creen que los que volvimos no somos nada porque piensan que ser soldado de Malvinas da vergüenza.

Medianoche. Agustina dormía; el Negro repensaba en lo que había escuchado y en su padre, en lo que él hizo y jamás les contó.

Empezó a meterse en la profundidad del relato.

Porque el cuento de Maidana no tiene nada que ver con un estilo o afán artístico, como el de la peli de Gaspar Noé. No, tengo la impresión que él, desangelado, se hunde en el tiempo, igual que su casa. Se sumergen juntos en un pasado que suponen esplendoroso para desde ahí intentar reinventarse a sí mismos. La casa y Maidana. A lo mejor la batalla de Bourntside House sea cierta y también lo son:

Las heridas, el dolor, la rendición.

La bandera izada.

Los fusiles amontonados.

La bandera arriada.

Las muertes, las balas, los muertos.

El olor.

La MAG.

Los pozos de zorro.

El hambre, la llovizna helada, el cuchillo que mató al cordero.

Sí, todo eso es cierto y también la épica de la batalla, no su heroísmo personal, ese es el supremo invento de Maidana. Eligió contar todo así: montaje, drama, teatro de la guerra. Puestos ahí para alcanzar su meta, la de él. Porque, diría mi vieja: “a mí no me digás”; Maidana actuó para ella. Lo hizo igual que aquella tarde en la terraza, cuando se bajó los pantalones y mostró sus cicatrices. Ni aquella ni ésta me miró a mí, no, fijó los suyos en los ojos de Agustina y ella, las dos veces, respondió quedándose también, fija.

Encima se adjudicó todo el mérito de la caza del cordero ¡ja!, si mi viejo no hubiera estado, Maidana no hubiese clavado su cuchillo...

El Negro repitió mentalmente un arpegio mudo, una y otra vez, como si tuviera las cuerdas de la guitarra entre sus dedos.

La miraba, dormida, apacible, su cara blanca en paz. Sus labios finos entreabiertos. Tuvo ganas de besarla y se sintió un idiota que sólo estaba ahí para venerarla, porque en ese mismo instante creyó ver que con un leve movimiento ella sonreía poseída de cierta ferocidad, como de burla. Aún dormida había algo en Agustina de lo que no podría privarse hiciese ella lo que hiciera: se trataba de ese distinguido aire de clase y el acento con que -despierta- le hablaba. Ese que sólo se conseguía después de generaciones, genealogía y parentesco popularmente incontaminado. Ese que era imposible de imitar porque, grotescamente, se notaría la copia. Muchas veces Gustavo Favalessa le había advertido que Agustina personificaba exactamente lo que era: “una refinada muñequita inglesa vecina de Notting Hill, caprichosa y creída”. El Negro nunca aceptó semejante afirmación.

En esta noche insomne voy y vengo y se mezclan mis dudas y broncas. Entonces pienso en mi viejo y quiero hacer justicia con él, ayudar a que supere el pequeño rol, actor de reparto, al que lo confinó Maidana. Imagino aquel campo barroso y frío y lo veo embutido en su uniforme de soldado -él hubiese sido un buen milico, amaba dar órdenes-. Los aprontes de la batalla que se avecinaba habían llegado a su fin. Entonces si de magia se trata-

ra, una botella de ginebra empezó a pasar de mano en mano sin distinguir rangos. A cada trago un aliento, un valor confirmado. Mi viejo toma la palabra y hasta el capitán Estévez se calla. Les dice que todos saben que si viene la muerte será una muerte moral que llenará ese suelo para siempre permanecer ahí. Que poco tiempo atrás habían visto a estos mismos jefes rendirse ante la voz vaticana frente al conflicto con la nación hermana llamada Chile. Sí, diría mi viejo ya del todo envalentonado por el silencio de oficiales y sumbos, esos hermanos que, según dicen, dan apoyo a los ingleses que se nos vienen. Poco le importó todo eso porque fue él quien cargó el Instalaza y bajó varios enemigos hasta que, al final, sus camaradas se rindieron.

Eran tiempos difíciles para el Negro. Desde la muerte de su padre todo se transformó. Incluso su pasión por la Antropología (más que la política) se acrecentaba sólo como una herramienta para explicar lo que planeaba. Tanto cuando conoció a Maidana como cuando Ramiro apareció en la vida de Agustina, la del Negro pareció metamorfosearse: duermevela poblada de fantasmas.

Seguidamente a que los ecos de las balas de Casa Quemada cesaron de retumbar en su cabeza, dormitó sobresaltado.

*¿Agustina? Duerme. Apoyo la cabeza en la almohada; despe-
gándose desde La interpretación de las culturas, un gallo de riña
enorme, negro, la cresta erecta, los espolones de acero relucientes,
avanza hacia mí. Me preparo para la batalla, asumo que debo
cruzar esa frontera moral y que si gano, imitando a los caníba-
les de Ruth Benedict, debo comerme el cuerpo del vencido para*

tomar su bravura. A punto del encuentro abro los ojos. Agustina sigue ahí, recostada sobre su costado izquierdo, la mandíbula trabada, las manos puño. Agarro un mechón y percibo que no quiere que invada su mundo. De repente gira su cuerpo y queda de cara al cielo raso. Me detengo en sus perniabiertas, en el suave y escaso vello azafrán de su pubis. No debo reproducir lo que se siento porque odio lo que no debe ser cierto.

Salió de la cama con sigilo. Para qué despertarla. Se recostó en el sofá. Recordaba la pregunta de Maidana: -¿Por qué matar? El Negro creía que Maidana tenía la respuesta, claro que sí, pero estaba convencido que no la revelaría nunca.

Esa noche desvelada, al regresar de su casa confirmé lo que Maidana deseaba y también dónde está él por más que su cuerpo esté aquí, en Buenos Aires. ¿Usted qué cree doctor? Porque yo pienso que justo cuando la vio, ahí, a mi lado, entre la cancel y el living de su casa, Maidana supo que ella representaba la reconquista de lo que había perdido y hasta ese instante creía imposible de recuperar. ¿Sabe?, aquella hora fue un doble principio: el de mi noche y el de su día. La desgracia y la felicidad insoportablemente amalgamadas.

Agustina es una mujer libre, inasible, que se embobó. ¿Se embobó? Todavía me cuesta entenderlo. Muchas veces pregunto cómo fueron sus últimas horas. ¿Intuiría lo que la acechaba? ¿Sabía que podía morir como finalmente pasó: violada, cautiva, asfixiada y pese a todo siguió, sin dar importancia a su instinto, fiel a su convicción por la libertad? ¿Qué habrá pensado en ese segundo en el que pudo ver la mano firme, definitiva que empezaba a asediarla?

¿Qué, doctor?

Ayúdeme.

Necesito conocer el significado del sacrificio sagrado de Agustina. ¿Es ella es el “otro nosotros” de Mauss, igual que los muertos de Malvinas? Su presencia poderosa no se consumió con su muerte, y eso usted lo sabe, ¿puede explicarlo?

Ayúdeme, doctor.



4

Etiopía

22)

Todo lo que en mi familia pasó estuvo relacionado con mi viejo. Sé muy bien que si él estuviera vivo no aprobaría que yo siguiera de novio con ella. Incluso mis hermanas. Ellas nunca quisieron a Agus, a lo mejor fuese por un prejuicio de clase; jamás tendrían su distinción. También es cierto que Agustina las despreciaba, disimuladamente (¿pensaría que no me daba cuenta?). No soportaba que ellas, a veces, dieran más importancia al Gran Hermano que a cualquiera de los programas del canal Encuentro. Tampoco se llevaba bien con mi mamá, Agustina de algún modo siempre se las arreglaba para hacerle notar su falta de roce; mi vieja se avivaba y para no hacerme sentir mal no decía nada.

Al poco tiempo de que Maidana les contara su incursión en Malvinas, el Negro y Agustina decidieron escaparse, aprovechando un fin de semana largo, hacia un lugar apacible.

Carlos Kent es un pueblito del oeste bonaerense, por poco deshabitado. Setenta kilómetros, a lo sumo, desde la ciudad de

Buenos Aires. Fueron tres días y dos noches. Suficiente para que él comprobara que, de verdad, ella era la mujer de su vida y que nunca podría tenerla del modo que deseaba. Setenta y dos horas en las que cuando hicieron el amor lo hicieron igual a esos desesperados que saben: no se verán nunca más. Y en las que, entre caricias y sexo, comidas, paseos cortos y confesiones, ella fue detallando la historia completa de Ramiro. El Negro admitiría más tarde que, por momentos, aquella aventura africana del chepense lo extasiaba. Así, no pudo evitar preguntarse por qué sería que hay personas en el mundo que parecen predestinadas a que sus vidas se fuguen de la rutina que envuelve a los otros miles de millones.

El Negro estaba seguro que jamás los hacedores de la tiranía que se había adueñado del país supusieron que conseguirían el efecto contrario al que buscaron con tanta saña, no sólo con las desapariciones, sino creyendo firmemente que podrían borrar también la voluntad revolucionaria apropiándose de los hijos de los desaparecidos. Y el Negro no sólo se enfocaba en los militares torturadores, él cavilaba también en sus mentores ideológicos, aquellos que daban las órdenes, los civiles. Aquellos civiles que habían comenzado a mencionarse, cada vez con más insistencia, verdaderos y camuflados socios de lo que pasó.

Había algo más que hacía que esas reflexiones, acaso pacíficas, se dispersaran rápidamente. Porque para el Negro, Chepes y Dilla -el pueblito etíope en el que había vivido Ramiro- produjeron en Agustina una admiración hacia el chepense que él nunca podría alcanzar.

Agustina fue contándole de a retazos aquella vida que ella había descubierto en el desierto riojano y que había comenzado mucho antes en la Provincia de Buenos Aires.

Ramiro, por años, llevará el apellido de la abuela paterna: Ferrara. Una tarde fría de Julio de 1976 de la mano del director saldría de la guardería a la que concurría después de esperar varias horas que sus padres fueran a buscarlo. Fue ese director quien lo dejaría en una dependencia de la Policía Federal Argentina del partido de San Martín en la provincia de Buenos Aires. Ramiro tendría tres o cuatro años a lo sumo. La memoria nos dice que una breve carta (o telegrama) anónima fue la que alertó a la familia: "...han caído, han sido secuestrados, busquen a Ramiro...". En las márgenes del río Negro una voz urgente ruega. Dicen que la tía Beba habla con el tío Cholo y los dos llaman a un escribiente de la Justicia Federal que, extrañamente conmovido, es el que avisa dónde está Ramiro, quién lo tiene. Por fin, el tío Cholo arregla con la tía Chola. Van hasta Buenos Aires, prueban que es su sobrino y el 5 de agosto de 1976 Ramiro va con ellos directo a Carmen de Patagones. Dicen que un policía les dijo que lamentaba mucho aquello porque si no lo llevaban ellos se lo hubiese quedado él. Dicen que Ramiro, cuando vio que venían a rescatarlo protestó:

-¡Tía!... tía, por qué tardaste tanto, te estaba esperando.

*

Carlos Kent es una costumbrista lonja que bordea las vías muertas del tren. Una estación-silo transformada en museo. Plaza con hamacas sin niños o niñas. Silencio apenas roto por algún pájaro o autos que circulan lentos. Eucaliptos añosos con sus hojas romboidales verde agrisadas que matizan las veredas, el asfalto poceado y las ramas que en los días de humedad

llenar el ambiente con su aroma inconfundible. Unas cuantas casas de techos bajos. Cielo encapotado.

Gente callada, podrida de curiosos ajenos. Barrían las veredas, fumaban y no miraron cuando esa pareja de porteños pasaron; si lo hicieron, disimularon. Agustina decía que esa actitud le hizo recordar a la gente de Chepes. El relato de la vida de Ramiro se había detenido porque, hamacándose, empezaron a hablar animadamente de ellos mismos. Al principio acerca de cómo imaginaban su futuro. Repentinamente, sin saber bien por qué, discutieron sobre lo que había pasado la última vez que estuvieron en la casa de Maidana. Ella rechazaba de plano la afirmación de que Maidana intentaba seducirla de manera desfachatada y se enfureció cuando el Negro manifestó sus dudas acerca de que entre ellos hubiese pasado algo:

-¿Qué te pasa? Piraste mal, ¿por qué te zarpás así?

-¿Flasheo, Agus? ¿Posta?

-¡Sí! ¡Nada! No te diste cuenta de que el chabón no vive para otra cosa que no sea su mambo con las islas. ¡Y pará, dejá de mirarme así!

-¿Cómo?

-Así, como si fueras otro, un extraño, das miedo.

-¿Te asusto?

-Sí, Negro... pensás que no me di cuenta cuando volvimos de Florida, en la cama mientras creías que yo dormía, me mirabas con ojos que no eran los tuyos. Ni siquiera te diste cuenta que te miraba muerta de miedo. Tu cara, el gesto, tus manos cerradas. No eras vos, mi amor. Por suerte te levantaste y te fuiste al sillón. Te amo, sabés. Mucho. No hay día que deje de pensar en vos.

Ella mentía acerca de sus sentimientos. Incluso antes de viajar a Chepes, Agustina intuía que su relación con el Negro se acercaba al final. Sin embargo, se predispuso a seguir. Encontraba algo de secreto placer en eso de conocer anticipadamente el desenlace y llevarlo así, lento, insospechado; agregó:

-Hace banda que no tocás la guitarra para mí.

-Agus, no puedo fingir.

-Anoche hicimos el amor, incluso mejor que otras...

-Es distinto. Cada vez que garchamos tengo la sensación de que va a ser la última y por eso... yo que sé.

La silueta de varias cotorras cruzaron encima de ellos para quedarse chillando en el follaje del más grande de todos.

-No te quedés callado, ¿por eso, qué?

-Quiero saber.

-¿Qué? hijo de puta, ¿qué es lo que querés saber?

-Pasó algo entre ustedes.

Agustina saltó de la hamaca, sobresalía rabiosa. Dio tres pasos levantando una pequeña nube de tierra. Se volvió hacia él.

-Dejá de limarme, Negro, ¿querés?... Cuando te conocí pensé que eras un copado, no cualquier chaboncito que pretende que su minita sea propiedad privada, con título, dominio y mensura. Pensé que vos no ibas a ser de esos que están todo el tiempo cagados de que otro les garche la mina.

El Negro bajó. Los dos columpios siguieron balanceándose. Se acercó con paso tranquilo entretanto ella esperaba:

-¿Te olvidaste la charla que tuvimos en el bar, cuando me confesaste que vos si daba, te garchabas a cualquiera?

-Nunca dije que lo haría con cualquiera. No, por supuesto que no me olvidé de esa charla, but..., Maidana no da, Negro, por favor.

Anudó su pelo en una cola de caballo. Su cara, completamente abierta, blanca, espejó la humedad del cielo. Premeditada se acercó también y su pecho rozó el brazo del Negro.

-No lo puedo creer. Cómo podés pensar... ojo, es verdad, flashé con ese tipo, con su vida tipo caracol. Lonely, acosada, triste... Pensá lo que quieras, ¡boludo! delirá si te parece... yo te amo a vos, un re-error que no puedo evitar.

El Negro decidió que ya no hacía falta; no seguiría adelante con su indagación porque volvía a él el deseo irrefrenable de poseerla. Entrar en ella. Lo gobernaba la promesa silenciosa de su vulva palpitante. Agarró su mano y ella, mansa, dejó que lo hiciera. Murmuró algo que él no alcanzó a entender hasta que su voz se aclaró y pudo escuchar el final:

-... ni quiero dejar de amarte, Negro.

Dieron dos, tres vueltas al pueblo. Iban callados. Él buscaba reconciliar el desencuentro queriendo reparar las roturas. Estaba seguro que ella también deseaba apaciguar el enojo; entonces se propuso apelar a esas herramientas que tenía a su disposición y que creía suficientes para hacerle bajar la guardia. Por otra parte, no necesitaba más porque, según pensaba, Agustina, implícitamente, había confesado. Su guitarra y su narración -insistía en confiar en eso- serían el instrumento perfecto.

La casa-resto-hotel en la que se alojaban tenía un patio angosto y largo que debían atravesar para llegar a la habitación. La más alejada de la sala comedor que también hacía las veces de recepción. Una parra -uvas en medio de la llanura pampeana-, por la época brotada de verde, enredaba sus sarmientos entre hilos de alambre que hacían de techo abierto al cielo. Dos

bichos canastos, uno al lado del otro, colgaban encima de la puerta de su cuarto.

Ella en la cama. Estirada y expectante. La guitarra en mis manos, mis ojos en los suyos. Había buscado en mi memoria algo que, tan lejano, ella no conociera. Sabía que la circunstancia de que fuera setentosa iba a coparla:

-Agus, poco antes del 24 de marzo de 1976, León Gieco, Porchetto, Charly y Nito grabaron un álbum: Por Sui Gieco. Algo maravilloso. Se me ocurre ahora porque habla de mí. Quizá de vos. De lo que me pasa, el tema se llama Fusia, escuchá.

Solté los primeros bajos sin dejar de mirarla. Cantaba y Agustina fue quitándose la ropa. Su blusa, de la que se había despojado llena de erotismo, quedó apenas colgada del respaldo de una silla hecha de madera y yute trenzado. Sé que puede parecer rebuscado..., ella tenía eso. Sabía cómo alentarme. Cómo sacar mi mejor virtud. Cada vez que pintaba la onda, tratábamos de reinventar el modo de cogernos para que nuestro amor no concluyera nunca a pesar de los malos entendidos.

Con los primeros acordes su olor inconfundible, que me desquiciaba, fue envolviéndome.

*“...Espera hasta ver el día/
verás cambiarás/
tus ojos se ven muy serios/
tal vez sean así/
cuando para ver no hace falta reír/
Te encuentras solo y herido/
tal vez sea por vos/
Tu mente a veces miente/*

*es tan natural/
como para mí/
ser parte de ti/
Y es posible que me vuelva a pasar/
pero estás presto a saber decidir/
si tus sentidos tienen que estar así/
casi sin saber distinguir/
qué sentís o sí pedís/
un poco de amor/
Tienes tú cierta paciencia/
como para ver/
cuando estás equivocado/
o son lo demás/
Basta saber pensar”.*

Agustina lloró -culpa o emoción poco importaba- lo cierto es que fui hasta ella. Sin darme cuenta estaba desnudo también. Pausa del tiempo que nos hizo perder la conciencia entre tanto abrazo.

23)

Ramiro tomó la primera comunión en Carmen de Patagones. Nada sabían de la suerte de sus padres, el Gringo y Ana. Había un país que se negaba a la verdad. Toda su familia renegaba que la vida transcurriera en el olvido. No obstante, necesitaban construir para él un mundo parecido a la calma y la espera. Así creció, en la esperanza de la fe católica.

Aquellos años adolescentes en los que Ramiro crecía junto a sus tíos los transitó metiéndose poco a poco en la vida de Don Bosco. En él se había grabado la historia del Salesiano conmovido por lo jóvenes de Turín. Intuyó que su vida quedaría ligada a esa impronta. Durante la escuela secundaria en Carmen de Patagones fue construyendo el puente que lo uniría definitivamente con su madre y su padre desaparecidos.

Ramiro, a la manera del sacerdote decimonónico, eligió la calle para entender la injusticia del mundo. Cualquier método que le permitiera acercarse servía si eso significaba paliar la perpetua tristeza de los chicos que el mundo condenaba a la marginación.

En Carmen de Patagones había por entonces una pista de carreras para autitos Scalextric en los que la “Liebre” de Cope-

llo y el “Trueno Naranja” de Pairetti (reminiscencia de finales de los años sesenta) se sacaban chispas. Los pibes pobres de la ciudad sólo podían verlos correr sin tener en sus manos el pulsador que los guiaba. La cosa es que Ramiro se las ingenió para conseguir que aquellos chicos pudieran participar de las carreras urgiendo el mando de los bólidos soñados. Esa y muchas otras excusas encontró para acercarse a ellos y predicar sobre las tramas que cuestionaban la desigualdad del orden dado. Y fueron los tres pilares boscosianos de razón, religión y amor, las claves que él empleó. No sólo para los otros sino también para sí mismo. Ahí estuvo el germen que lo llevaría más adelante a descubrir la unidad ideológica con sus padres, el Gringo y Liliana. Unidad consolidada en la fe cristiana de ese Jesús Cristo que abominaba de los templos y de la jerarquía eclesial.

*

En el atardecer reposado, los despertó un ruido de afuera, algo que se rompió al caer. Agustina salió de la cama. Se asomó a la ventana por entre las cortinas que se dedicó a plegar con especial cuidado. Permaneció quieta, mirando hacia el patio de la parra. Así, callada y en pausa, tenía el aspecto de mujer sumisa y romántica. No develaba que, en su ánimo, crecía la satisfacción de saberse un paso adelante.

El Negro disimulaba haber dejado atrás la discrepancia acerca de su verdadera relación con Maidana:

-¿Qué pensás, Agus?

El ladrido de un perro acordonó la breve tardanza que ella se tomó para responder.

-Nada, me pregunto por qué será que tanta gente pretende tener cierta seguridad de lo que les espera... sin permitir que la vida quede a la suerte como si fuera una lotería.

-O tómbola como en la Radiolina.

-¿Qué?

-Manu Chao.

*

Al terminar la escuela secundaria, el tío Cholo llevaba a Ramiro en su Dogde Coronado de caja automática hasta Bahía Blanca (unos 280 km desde Carmen de Patagones). Allí iba para estudiar y licenciarse en física y química. Se relacionaría, en su acuciosa búsqueda, con grupos católicos vinculados directamente con la congregación salesiana. Y, gracias a eso, consiguió continuar con su trabajo de calle en aquella ciudad significativamente más grande que la que había dejado atrás. Mientras cursaba sus estudios se puso de novio, descubrió el amor y el deseo sexual acompañando su entusiasta vocación por los otros. Los que se estaban a la intemperie. Que eran muchos. Y por ellos fue. Recorrió los barrios de la mano de curas, seminaristas y laicos que ignoraban su genética revolucionaria. Ayudaba en las tareas escolares de los chicos y chicas que peleaban por no caerse definitivamente de aquel mundo hostil. Ramiro pensaba que todo eso se correspondía con el ensañamiento de aquella sociedad cómplice, silenciosa y cruel que premeditadamente había desmochado sus ojos del centro de detención clandestina llamado “La Escuelita” y que recibió a modo de bendición el indulto que borraba de un plumazo el pasado que pareció así, finalmente pisado.

Por eso es que la vida de Ramiro no podía acomodarse en la satisfacción de sus logros académicos (estaba entre los estudiantes más avanzados y mejor calificados) y la benéfica acción laico salesiana. Una noche, después de despedirse de su novia en la penumbra del pequeño zaguán, caminó por las calles bahienses.

Calles cargadas por una bruma oscura, persistente y helada que llegaba desde el puerto. Entre las rejas y el poyo de un comercio de electrodomésticos se arrebujaba la silueta de lo que podía ser una persona tapada con cartón y frazadas húmedas. Quiso. No se animó. ¿Para qué? Él sabía que no sería bastante. Porque no era una vida, ni dos. Incontables poblaban la geografía en todas partes. También sabía de sus propias miserias, las que no podía controlar. Ramiro pensó en su madre, a la que recordaba frágil y a la vez valiente. Se figuró a su padre, que resistía a toda la perversidad, que caía sobre su cuerpo si con eso defendía la esperanza de un mundo igualitario que alguna vez llegaría.

¿Cómo ligar aquellas con esa, su propia vida?

Pasó frente a una capilla coronada por una cruz. Pensó en Jesús. Olió la sangre. Escuchó la voz. ¿Llamado? La niebla, que bajaba más mojada todavía y con las dos aguas mezclándose, empezó a humedecer sus mejillas. Y así, de sopetón, se decidió.

A una semana de aquella noche, el primero en enterarse fue su profesor de física y matemáticas. Fernández le pidió una tarde, sólo eso. Y lo citó en el bar del Hotel Austral. Allí lo esperaba junto a otro científico de apellido Sendra. Los dos profesores hablaron del sentido y la necesidad de la ciencia. De la evolución que Darwin había descripto con increíble rigor. Que

el mundo se explicaba si uno era capaz de investigar sus misterios de la mano de la razón. Que no siempre era fácil encontrar jóvenes inquietos, aplicados, inteligentes que tuvieran la pasión imprescindible para indagar el por qué de las cosas. Adujeron que la justicia era posible si se comprendía el comportamiento humano anclado en el afán de libertad y deseo. La existencia misma, agregaron, tenía su fundamento en sus múltiples sinapsis que se había construido mutación tras mutación. Existencia evolutiva física y química que guardaba secretos maravillosos y posibles de desentrañar, incluso anticipar, si se transitaba sin abandonar el camino de la ciencia. Fernández dejó enfriar su cuarto café para contar casi sin respirar la hazaña de Fibonacci, que fue capaz de admitir -abstracción arábica mediante- en el número cero la llave que abriría las mejores puertas del conocimiento, introduciéndolo en el mismísimo corazón de la Europa medieval. Cero que llevaría a muchas maravillas más, por ejemplo, dijeron, las cartas binarias. Copérnico, Galileo, Einstein -entre muchos otros- nombres recurrentes que Ramiro conocía y que a sus ojos eran fotogramas algo sepías. Claro que eso ni Fernández ni tampoco Sendra podían saberlo.

Fueron dos largas horas en las que los dos viejos científicos, buenos profesores, desgranaron todo tipo de argumentos que buscaban disuadirlo de la decisión que había tomado. Y a Ramiro se le ocurrió que sólo una respuesta podía oponerles, la conocida frase de Don Bosco: “No basta con saber las cosas, es necesario practicarlas”, dijo, para enseguida agradecerles lo mucho que para él significaba la preocupación de sus maestros universitarios.

Eligió el puerto. Hacia ahí fue. Contento porque su fe rea-

firmada había resistido inmovible, porque sabía que en su mano anidaban las de su madre y la de su padre. En definitiva un mismo y poderoso símbolo los unía: Jesús. Para el Gringo, ateo consumado, había sido el cristo rojo, para Liliana y para él el Cristo de la Cruz, para los tres aquel que mostró que el mundo podía ser mejor, igualitario, justo.

*

La nohcecita en aquel caserío del oeste de la provincia de Buenos Aires los cobijaba templada. Ella aseguró que tenía un par de barritas de chocolate *Águila*. Agustina y el Negro habían decidido fumar porro porque querían relajar un poco más todavía. Sentados debajo de un eucalipto enorme compartieron las flores que ella había llevado. Chino largo, amable, envolvente. El mal salto de una octava apurada por sus dedos ralentizados hizo que dejara la guitarra a un costado. Arriba, las estrellas veladas por la luz de la luna. Y un silencio quieto confinándolos para siempre en esa pampa inmensa.

Fue su risa primero. Mi cara arrugada después.

-Uy, se te voló la marca, Negro.

Miré, la vi, una polilla había despegado desde mi remera y trepaba en el aire dando aletazos. Reí. Mucho.

-Dame la mano, Agus.

-Cuál.

-No sé, loca, alguna.

Ella apoyó su cabeza en mi pecho sin parar de reírse. Yo quería tocar su pelo, lo hacía, era como si no. Por un rato seguimos

así, alegres, en una espontaneidad sin barreras. Pasó que era de la buena. Cogollo susurrante. Sé muy bien que nunca es igual a la primera, sin embargo aquella lo fue. Cuánto pasó no lo sé ni me importaba.

*

El edificio de la congregación salesiana de Bahía Blanca posee la austeridad clásica de los monasterios, también cierta severidad aunque carece de todo aspecto monacal. El pre noviciado de Ramiro transcurrió entre rezos y aprendizajes, nuevos compañeros y una fe creciente; fueron meses tranquilos poblados de liturgia, rituales y ceremonias que lo ayudaban a confirmar que era necesario ayudar al mundo a cortar el hilo que unía la realidad de las cárceles y calles atestadas de niños menores de catorce años de la Italia del siglo XIX con la del XX cargada de injusticia y pobreza en la región sudamericana. También lo ayudaba a dejar atrás la vida mundana -pelos largos, rock and roll, sexo- que había poblado sus deseos de adolescente.

Era su formación académica la que lo acercaba a los estudiantes del Instituto Juan XXIII dependiente de la comunidad salesiana. Así, poco a poco internalizó su vocación y avanzaba en la prédica cristiana con los más jóvenes; las enseñanzas que a su vez recibía cada día las llevaba con él y las transmitía con devoción.

Finalmente concluyó el noviciado en Ramos Mejía y el post noviciado en Trelew. En sus prácticas pastorales conoció mucha gente, entre ellas algunas que fueron contemporáneas de

los fusilamientos. Doña Teresa, una vieja vecina, lo agarró de las manos al tiempo que le pedía que la acompañase hasta su casa. Le mostró varias fotos, los rostros de Mariano Pujadas y de Ana de Santucho, entre otras. Y un ejemplar del diario La Opinión del 23 de Agosto de 1972, cuyo título en letras de molde anunciaba: “Quince extremistas muertos y otros cuatro heridos durante un frustrado intento de evasión de la base aeronaval de Trelew”. Ramiro permaneció callado, sin embargo, no podía evitar enfurecerse por el silencio al que leyes de la democracia pretendían dejar sin memoria. Y la voz cascada de la vieja los iba nombrando uno a uno: Pujadas, Villareal de Santucho, Capello, Lesgart, Ulloa, Suarez, Mena, Sabelli, Bonnet, Astudillo, Lea Place, Toschi, del Rey, Delfino, Kohon, Polti, para terminar con una pregunta que Ramino no podía responder: ¿Será sólo Dios la justicia, Padre?

Ramiro no usaría sotana. Tampoco daría los sacramentos porque su vocación era la del diácono -un hermano que predica la palabra de Cristo construyendo obras que auxilian a los que sufren-. Así llegó hasta 1999 en que la Congregación pidió a los Hermanos y Sacerdotes de buena voluntad anotarse para ir a lugares lejanos, donde la miseria, el hambre y el dolor se enseñoreaba (incluso más que en la Argentina de entonces). Ramiro sintió en ese instante la necesidad de desprenderse de todo lo que lo ataba, su propia historia, la del país que se había empeñado en deshacer el legado de la sangre y la identidad de lo vivido. Creyó que esa era la oportunidad de encontrar una patria que lo asilase, tierra nueva que accediera a que él pudiera desapegarse de todo condicionante.

Sri Lanka, Bangladesh, Mongolia, Sierra Leona, Etiopía. No les permitían elegir.

Por entonces sus votos eran temporales, sería Etiopía el lugar en el que se transformarían en perpetuos: castidad, pobreza y obediencia.

El último día de febrero de 2001 llegó a Addís Ababa. Lo recibió un sol esplendente. Su primera actividad fue aprender la lengua más extendida en el país, el amhárico.



24)

A veces, cuando las pastillas que me da se atiborran en mi cuerpo, tengo la certeza de que Agustina fue una ilusión, un ser con forma pero sin materia; usted me pide que hable de eso doctor, y no puedo. No quiero porque sé o supongo que ella, imaginaria o no, llora por mí.

Poco antes de la madrugada, Carlos Kent aparentaba ser una escueta escenografía destinada a decorar una buena película inglesa. Contrariamente a lo habitual, el porro los mantuvo despiertos, relajados, hipersensibles. Salieron a la neblina suave agarrados de la mano. En esa mixtura de noche y amanecida, cuando caminaban paralelos a las vías, ella se acurrucó contra su cuerpo. La humedad del incipiente rocío goteaba en las zapatillas. Y un frescor incipiente intentaba hacer que desista de la idea que se le había metido en su cabeza, mejor dicho, debajo de la piel. Suponía que ella no se opondría. Astillas de vidrio, minúsculas úlceras heladas que se alojaron en el pecho del Negro y lo llenaban de angustia haciéndole presentir que ese deseo irrefrenable era el preludio de la despedida.

Lo peor es que sabía: ella lo sabía también.

A unos pasos de la puerta del viejo silo había una pequeña entrada, hueco oscuro de dos por dos.

Me besa en el cuello y su voz en un murmullo dice algo que, si no escucho, lo intuyo. También yo, afirmo. Tocame, me pide. Suelto para poder hacerlo. Mi mano va hacia su nuca y se desliza por la espalda. Cierro los ojos porque me fascina recordar cómo se curva, cómo se ensancha a medida que baja hasta redondearse en esas caderas perfectas que asumen un ritmo quedo. La detengo justo antes de la cintura porque ella es más directa, explícita diría yo. Me acaricia por sobre la tela gruesa del jean. Nuestra cueva está ahí nomás... creo que no vamos a llegar porque Agustina hace un piquete que me impide seguir. Me arrastra hasta la tierra mojada.

Un gallo insomne adelanta, aburrido y algo afónico, su canto.

El suyo a un costado. El mío totalmente arremangado en uno de mis tobillos. Ella arriba. Es el tacto amplificado por la hierba el que nos lleva en una experiencia rítmica sin tiempo.

Arriba, el reflejo del sol.

Todavía hoy no sé en qué minuto nos vestimos. Miro el reloj y casi son las doce del mediodía. Estamos estirados en medio de esa especie de inmensa plaza. Uno al lado del otro. La gente que pasa no nos presta atención. Presumo que están acostumbrados. Ella duerme. Acercó mi mano a su cuello y una ternura infinita se apodera de mí. Tengo ganas de llorar. No lo hago.

25)

¿Sabe? Cada tanto un escalofrío me perturba; dura unos segundos, lo suficiente para dejarme sobresaltado. Angustia que fue evolucionando hasta ocupar las sobras de mi vida. Todo empezó aquel día en el bar Santé en el que me confesó lo que me confesó. Apremiante, siniestra extrañeza. Poco a poco Agustina fue transformándose en una especie de marciana, alguien que no pertenecía a mi mundo, ni siquiera a este mundo. Muchas de las veces que estuve frente a ella me resultaba ajena, como si nunca la hubiese conocido -en alguna oportunidad Agus me había dicho que también tenía la misma sensación respecto de mí-. Una situación de rareza total, doctor.

El siquiatra ajustó la montura de sus anteojos. “Lo ominoso”, murmuró. Seguidamente agregó: “Freud” y volvió al silencio habitual.

*

Hacia mediados de 2005 Ramiro, ya renunciado, propuso matrimonio a Dillawerk, aquella menuda y bella etíope quien

había sido un secreto tan bien guardado que ni siquiera Feleke, el confesor de Ramiro, había conocido.

Ella pidió en *oromo*, su lengua natal, un día para responder. Su familia contaba. No podía determinar su destino si antes no recibía la aprobación de su familia, más que nada la del padre.

Antes de todo eso, Ramiro anduvo por las calles de Addís Ababa que son una mezcla milagrosa de carne viva, algo de cemento y mucho metal caliente. La frontera que separa veredas peatonales de la calzada para vehículos es constantemente rebasada y se difumina en medio de esa marea siempre en movimiento.

No son como él los había imaginado. Daban la apariencia de mestizaje pese a que pertenecen al único país africano que nunca ha sido colonizado. Porque la de los fascistas fue una ocupación de guerra y apenas duró hasta que la derrota de Mussolini los hizo dejar presurosos la rebelde Etiopía. Y de esto, que toda Italia, en particular los italianos varones callan o falsean, los etíopes se sienten orgullosos. En los comercios, en los hoteles y hasta en las casas hay un mapa político de África. En él cada país luce dos o más banderas, la propia y la del o los países que lo conquistaron. Excepto Etiopía, allí sólo su bandera se enseña junto a la leyenda “Jamás colonizado”.

En la noche, una iluminación pobre, mortecina, daba la sensación de haber regresado a otra época. Eso, que al principio le resultaba llamativo, más tarde conseguiría proveer a Ramiro de una mansedumbre natural de la que no podría renegar.

New York, París, Barcelona o Buenos Aires, ciudades que alardean de una vida de ningún modo quieta. En Addis Ababa cada mañana alrededor de las cinco, sentía que al escuchar en

la voz de una mujer el canto de la devoción al Dios musulmán (canto lánguido que llenaba la madrugada de un misticismo espeluznante), confirmaba la certeza que aquel alarde ciudadano se trataba sólo de una petulancia injustificada. Simultáneamente corroboraba que debería trabajar mucho para evangelizar en la fe cristiana a los que persistían en aferrarse a la fe islamita haciéndose sentir a cada paso.

Contradiendo la obstinación del sacerdote a cargo de la cofradía que insistía, día por día, para que él aprendiera la vieja lengua semita de la liturgia, el ge'z, Ramiro asistía a sus clases de amharico sin perderse ninguna. Incluso al terminar, practicaba en las calles de la mítica ciudad africana. Tres meses permaneció en la capital del país con ese sólo objetivo: comunicarse con la voz nativa.

No tenía mucho para contar de esos días, excepto de aquella vez en la que se cruzó con un sacerdote negro de origen judío que se reivindicaba agau (hamitakushita) y no semita. Los demás miembros de la congregación salesiana de Addis Ababa afirmaban, no sin un dejo de impostada indulgencia, que estaba un poco perdido.

Cierta tarde, después de la oración, lo encontró sentado al borde de una fuente de piedra, arrullado por el agua que al caer resonaba monótona. Ramiro fue hacia allí, se sentó por poco pegado a él. Permanecieron largamente así, contemplativos. Ramiro presentía que aquel converso esperaba algo; aguantó cerca de media hora en silencio hasta que, no pudo más y preguntó. El judío negro no respondió inmediatamente.

-Se trata de Sanbat, el ángel mujer -indicó- Sanbat, la intercesora entre los pecadores y Dios.

Ramiro había leído algo acerca de esa creencia que recordaba poco (incluso no podría asegurar si se trataba de una tradición cristiana o más bien pagana). El sacerdote se explayó sobre ella y la piedad para confirmar que había descendido hasta el cuerno de África y que esta vez su misión no era la de interceder sino la de explicar al Señor el camino elegido por algunos de sus misioneros. Si bien por un largo tiempo Ramiro se había convencido de la razón que tenían los otros curas acerca de la “locura” de aquel sacerdote, posteriormente comprendería el sentido de aquel sermón. Fue justo algunos días después que decidió abandonar los hábitos para siempre. Ese día en el que Dillawerk, su futura esposa, diría que lo había pensado, que su familia también y que su padre lo había aprobado, por lo tanto su respuesta era:

-Sí.

Por fin, conocedor de los rudimentos básicos del amharico, conocedor para saludar con un apretón de manos y un roce de hombros. Hábil para decir justo en la ocasión adecuada *ahisi* (“ok”) y *chiggerdelem* (“no hay problema”). Y para no sorprenderse cuando ellos aspiraban, en un suspiro similar al infarto, para decir sí, decidió partir hacia Dilla, 400 km al sur de Addis Ababa sobre la ruta que lleva a Kenia.

Muy temprano por la mañana saldría desde la terminal de ómnibus de Addis rumbo a Dilla.

Incluso si lo dejara colgar de su boca y hábilmente agitara sobre su dentadura la *mafakia*, ese palito vegetal que los etíopes usan para limpiarse los dientes en reemplazo del cepillo y el dentífrico occidental, pasándolo diente por diente y muela por muela, nunca dejaría de ser, a su pesar, un genuino *feranji* (“extranjero”).

Doce horas tardó en recorrer los cuatrocientos kilómetros que separan la capital del país de la ciudad de Dilla, previa parada en Sashemene (con su increíble barrio rastafari al que obviamente llamaron Jamaica) y Awasa.

Dilla.

*

A veces, doctor, como en la música, en la vida uno necesita levantar algunos decibeles ¿no?, notas altas, que lleguen lo más hondo posible, que lo llenen todo, que ocupen la dimensión sonora en toda su extensión. Bueno, eso pareció hacer Agustina cuando me contaba sobre el paso de Ramiro por Etiopía, es que para ella era imprescindible transmitir una descripción, casi una taxonomía botánica, (no le importó que esa manera de contar se tratara de un evidente anacronismo para todo relato contemporáneo) y así yo pudiera evitarlo, prefiero ser fiel a ella... o quizá a él. ¿Le dije que muchas veces pensé lo difícil que ha sido para mí enfrentarme a estos personajes que irrumpieron en la vida de Agus... o será que ella fue hacia ellos? Sí, claro que se lo dije. Y por supuesto que lo repetiré muchísimas veces más. ¿Sabe por qué? Bueno, porque creo que allí están ciertas claves que lo explican todo. Llaves que me ayudarían a entender, mejor dicho, que me ayudarían a abrir el entendimiento, el mío.

Maidana, Mattini, Ramiro, mi padre.

La cosa es que, lo cuento lo más lealmente posible doctor, lo que pareció ser la transcripción de una carta que Ramiro mandó a algún familiar a poco de llegar a Dilla y de la que nunca le pregunté -a Agustina-, por qué ella tenía una copia que me ha quedado a mí. Déjeme leer por favor:

"...La gente está en la calle todo el tiempo, son amables y están en constante movimiento, eso me impresionó, no hay modo de que se estén quietos, van y vienen de aquí para allá y está la música, en este pueblo hay música por todas partes, y es alegre; a los niñitos se los ve siempre sonrientes aún trabajen duro. Me llama mucho la atención esa especie de simbiosis que hay entre la gente y la naturaleza, fijate que incluso la "suciedad" que llena todo es natural, es polvo, es calor, es movimiento. No es la basura contaminante urbana que se ve en las grandes ciudades. También la relación con los animales de carga y el ganado, pareciera que existe con ello un vínculo de ser a ser y no de persona a cosa, como pasa en otros lugares, lo que quiero decir es que no parecen ser sólo mascotas o "herramientas de trabajo" sino dos seres que se complementan (y no es que pretenda poner en duda la pertenencia exclusiva del alma en los humanos). Acá la vida late constantemente como si fuera un todo único, a lo mejor pensás que estoy delirando respecto a esto, no, es lo que vi. Mirá, el primer día quedé de acuerdo con Andualem que pasaría a buscarme recién por la tarde con lo cual tuve toda esa mañana libre. Recorrí el pueblo. Vi a una mujer, me pareció bastante madura ya, hablarle suavemente al burro que llevaba una carga de sacos que contendrían vaya a saber

qué; la cuestión es que el animal no quería trepar por una especie de montículo de tierra que hacía las veces de puente entre la calle y la casa hacia la que se dirigía. Bueno ella en vez de azotarlo con la rama que llevaba se acercó a la cabeza del animal, vi que le hablaba, después tiró de la rienda, poniéndose no por delante sino al lado, y fueron subiendo los dos juntos hasta cruzar. Más tarde vi a dos chicos arriando unas vacas o cebúes -no pude distinguirlos porque estaba lejos o porque todavía no he aprendido a distinguirlos-, la cosa es que se les dispersaban todo el tiempo y ellos dos y los animales parecían jugar al policía y al ladrón tratando de agarrar y escaparse, todo entre gritos, bramidos y risas, hasta los cebúes (o vacas; pensándolo bien casi seguro que eran cebúes) parecían reírse; a todo esto la vida del resto de la gente seguía en la suya, los autos esquivaban a las vacas, la gente seguía su camino y en fin, todo así. Y por favor te pido que abandones ya mismo, si es que se te ha ocurrido, que estoy expresando alguna relación del tipo raciaalista europeo de superioridad. No, no estoy hablando de la naturaleza sino, de una forma bien distinta y mucho más racional de ver la vida.

Sabés una cosa, yo abrigo la idea de que efectivamente entre esta gente existe una cosmovisión diferente de la de nuestra sociedad,

a pesar de la globalización reinante, a pesar de que he visto a muchos etíopes con su correspondiente teléfono móvil...”.

La carta es mucho más larga, no quiero abrumarlo, además, no tengo ganas de seguir leyéndola, sí comentarle lo que Agustina me dijo antes de dejarla -y olvidarla- sobre la mesa,

-Te das cuenta Negro, así es como Ramiro sentía, yo no sé si alguna vez seremos capaces de eso..., nada, qué sé yo, Negro, ¿no? (yo me sentí tan lejos).

Y agregé que, aunque nadie se lo dijo, ella estaba segura que cuando Ramiro escribió aquello, sintió que el Gringo y Ana María estaban ahí.

*

La torre del campanario se levanta en medio de un cielo poblado por una bruma hecha de polvo y pobreza. Los techos a dos aguas de la residencia. La cancha de fútbol y la de basketball. El salón y las aulas. Los árboles altos. La curva de los montes. El trino mezclado de los pájaros. Las caras de sus futuros alumnos (inglesas, físicos y químicos) sonrientes, amables, acogedores. Todo eso es la congregación salesiana de Dilla que lo abrigará en un abrazo cálido, lleno de esperanza. Ramiro se siente feliz y agradecido. Cambiará el hábito por ropas sencillas y eso no pasará inadvertido.

Dormir pasado el mediodía de Carlos Kent. Soñar entre las nubes amables del faso y la duermevela que no es ni lo uno ni lo otro. Sentía que ella descansaba a mi lado por última vez. A lo mejor por eso, entre tantas otras preguntas, trataba de entender

aquello que me dijo un día. Algo que todavía no le conté doctor.

Cierta tarde, llovía suave, pero llovía; esperábamos debajo de un alero que llegara Rosella. Iríamos los tres a un concierto under (una banda de minas que hacía covers de Tonolec, Liliana Felipe y algunos más), Agus confirmó -por si quedaran dudas- lo que era insoportable para mí. Como si le hablara a otro, incluso mirando hacia el costado pareció censurarme de antemano, como si no quisiera darme la oportunidad de aceptar o discutir; el hecho es que ella afirmó que quizá (yo) no entendería lo increíblemente contenta que ella estaba con su vida, especialmente con que algunas de sus decisiones rompían ciertos legados, y también mandatos, esos que unificaban las maneras de acceder al placer.

¿Sabe qué, doctor? Creo que ella me hablaba igual que si yo fuera, no sé, ¿un bruto?

Porque una cosa es ser bruto y otra muy distinta es admitir cualquier conducta, diría mi viejo.

Es cierto que no había en esta consideración ninguna otra certeza que mi propia imaginación. Agustina no hacía ningún esfuerzo para indagar lo que me pasaba en esos momentos. Si hasta llegó a concederme que yo no necesitaba de su acuerdo para ser feliz.

Cuando lo pensé tranquilo, llegué a la conclusión que en verdad esa era una buena táctica de su parte. Por supuesto, esa era la mejor manera de obtener una dispensa para comportarse de un modo que carecía de mi permiso.

Por fin, retrasada, Rosella llegó. Las vi abrazarse y permanecer unidas -para mí, más de lo aceptable-. No estoy seguro si fue en ese momento en el que creí confirmar todas mis sospechas y que el recuerdo de su confesión acerca de que ella le comería la

boca a Scarlett Johansson hizo un clic definitivo en mi cabeza.

¿Sabe por qué, doctor? Bueno, la cara de mi viejo sonriendo de costado se iluminó dibujada encima de la publicidad de un enorme cartel que sobreponía la fachada de un edificio. Usted sabe que muchas veces me ha pasado. No pude (ni puedo) distinguir si algunos episodios, tactos o sentires son parte de lo tangible o de un sueño.

¿Usted qué piensa?

Yo sé que esta tesis la he reafirmado y recontra afirmado, lo mismo no paro de reflexionar bastante -lo digo en el sentido literal de la palabra, es decir: suficiente-. Y creo que un sueño es parte de mi realidad, porque vive en mi cerebro y entonces... por qué debería concluir que en la realidad de lo fáctico hay una supremacía sobre lo abstracto. ¿Será que en la nube de mis sueños hay algo apócrifo?

*

Pronto Ramiro asumió la dirección de la escuela secundaria. Cada mañana, al terminar el desayuno, asistía a misa; después, desde la oficina organizaba las actividades escolares y parroquiales. Por la tarde, a veces acompañaba a los estudiantes a reflexionar sobre la actualidad y también a hacer prácticas comunitarias. Otras, visitaba a los vecinos del pueblo quedándose hasta tarde en sus casas. Perfeccionaba así la lengua y su conocimiento de las costumbres, creencias y pareceres dillenses.

Una mañana en la que sus obligaciones habían concluido más temprano de lo esperado, Ramiro decidió encaminarse

hasta el límite de la frontera sur de Dilla. Buscaba una casa en la que vivía Habté Sadek, nombre propio que significa “regalo del justo”; le habían dicho que aquel hombre conocía como nadie en el pueblo la historia de Etiopía, especialmente su conformación religiosa. Ramiro necesitaba entender por qué en su congregación, conocedores de que el cristianismo era mayoritario y que en verdad eran los evangelistas los adversarios de la fe católica, muchos de los sacerdotes más antiguos porfiaban acerca de que el Islam era el verdadero obstáculo para alcanzar una evangelización apostólica y romana más profunda. Eso era lo que le habían inculcado casi desde el mismo instante que pisó, varios meses antes, las calles de Addis Ababa.

Habté Sadek poco hizo para aclarar sus dudas. No más que contarle lo que Ramiro ya sabía: que el antiguo reino etíope de Aksum adoptó el cristianismo como religión oficial y que resistió el embate musulmán al no admitir la carta del profeta Mahoma que demandaba el sometimiento a su credo. Y que así se mantuvo hasta esos días.

El anfitrión, generoso con su visitante no sólo por el café ofrecido sino por su disposición para la conversación, insistía en argumentar a favor de la fe ecuménica; afirmaba que existía un hilo visible que unía a los diferentes credos y que por eso no tenía sentido la disputa entre ellos. Él aseveraba que en la obediencia al Padre estaba el secreto de aquella unión. Sujeción traducida en un indiscutido y singular modo de organización social que debía sostenerse sin importar demasiado desde qué interpretación del precepto divino proviniera. Cuidar el mandato y el orden establecido significaba entonces garantizar la eternidad y esa debía ser la principal ocupación de todos los misioneros del mundo.

Hablaron de muchas cosas más, tanto que la religión misma quedó casi al margen. Así hasta que el atardecer se anunció con el chillido de los murciélagos que despertaban.

Ya de regreso en el monasterio, amparado por el silencio (esto es relativo porque en Etiopía nunca es total) de su habitación intentaba comprender las advertencias que, sin duda, se desprendían de las formulaciones expresadas por Habté Sadek o que al menos aquel había querido transmitirle. Porque en verdad, fuera Mahoma o Jesús, la obediencia predicada buscaba establecer entre los hombres un mundo mejor.

Etiopía es una enorme caja de sorpresas que se va descubriendo con el paso del tiempo. Pero hasta eso se difumina en aquel lugar diferente. Porque las horas que se acumulan tanto como su aprendizaje parecen carecer de la linealidad que separa el día de la noche y entonces se pierde la noción de las convenciones que así dividen la vida en parcelas temporales.

26)

Un recorte de nubes mentirosas manchaba el cielo, también el humo blanco de hojas secas quebradas por el fuego y era ese olor el que conseguía que Ramiro desviara la mirada. ¿Hacia dónde? Allá contra el breve horizonte ocultado por cuatro o cinco acacias y la elevación que no alcanzaba para cerro.

Él disfrutaba de esa, para algunos, poquedad o casi nada. Caminaba tranquilo, miraba, olía, escuchaba y asimilaba. El trote apurado de un burro solitario lo hizo ponerse a un costado. Anduvo un rato más precedido por el polvo que levantaba el animal hasta que llegó a una casa en la que están esperándolo.

Aquella fue la primera vez que la vio. Dillawerk llenaba varios recipientes con medio litro por cada *butuleyebere siga* (“leche de vaca”) que luego vendería en la avenida principal a razón de 35 birr la unidad. Las manos chicas, hábiles para ordeñar, la mirada brillante y una sonrisa compradora. Era la mayor de varios hermanos y hermanas. Ellos esperaban que ella encontrase alguien, que se casara para así dejar el hogar paterno. Porque hasta que ella no lo hiciera no podrían, a su vez, buscar pareja, casarse y dejar ellos la casa de los padres.

Ramiro propuso a la familia que la muchacha trabajara en el monasterio; los sacerdotes necesitaban ayuda en las tareas parroquiales y administrativas, también alguien que conociera tanto el amharico como el oromo y ella estaba capacitada para ese trabajo; al menos eso era lo que había asegurado Feleke, el cura etíope que se había convertido en uno de los mejores amigos de Ramiro.

Apartados los tres y antes del acuerdo definitivo, Ramiro respondió muchas de las preguntas que le hicieron. En el padre y la madre de Dillawerk estaban arraigadas las costumbres de tantos pueblos en el que las decisiones no se consultaban con las hijas ni siquiera en el caso en el que estuvieran directamente involucradas.

Ramiro se empeñó por asegurarles que esa cooperación sería beneficiosa, incluso para la familia. Ella podría seguir con el ordeño y la venta; aparte recibiría paga por los servicios que brindara a la congregación.

La familia, con un pretencioso sincretismo mediante, había adoptado la religión católica, sin embargo, persistía en ellos la duda. Pasaba que todos sabían lo que todos callaban, o apenas decían entre murmullos secreteados. Miedo que se contaminara. Que aprendiese lo que no hay que aprender. Y Ramiro que no entendía -no en ese ahora- ni siquiera cuando la madre murmuró la sentencia que opacaba como una sombra la obra salesiana: -Si no roban, no les gusta.

Justo con las campanadas de las cinco, ellos aceptaron; Dillawerk empezaría con los salesianos en una semana.

El muchacho tenía quince años, fumaba tabaco debajo de

un árbol y comía chats, generosa planta de hojas tiernas y verdes que producen un efecto parecido al de la marihuana.

Ramiro no se detuvo, a lo mejor porque trataba de asimilar. Regresaba ensimismado en lo que había visto y escuchado. No fue el quejumbroso ruido de una carreta o el golpe de los cascos de sus bueyes. No, a Ramiro lo despertó el rugido de un viejo Land Rover al arrancar.



27)

Media tarde en Carlos Kent. El ¡slam! de una puerta al cerrarse me despertó. No abrí los ojos. No me moví. Tampoco sentí su cuerpo cerca del mío y no me detuve en eso porque en la vigilia de aquel despertar pensé que aquella, a pesar del faso y del placer sobreviniente había sido una noche cruel. En todo el mundo debería haber sido una noche cruel. Me metí en los recuerdos, por ejemplo en los de su voz cuando cantaba. Desentonaba. Ella igual insistía, hasta con desparpajo o desprecio por la música. Eso sí, Agustina cantaba entre dientes por -al menos eso pretendía yo- algún dolor oculto que no quería confesar y que, entre acoples disonantes, yo no alcanzaba a entender. Lo último que escuché fue la letra que refería al vino que mejora con los años; también supe -no sé por qué- que no cantaba por mí.

*

Casi al mismo tiempo en el que se desatara la decepción, Ramiro empezó a participar en las reuniones de los *shmaglee*, el “Consejo de sabios o notables”; si sos casado y tenés hijos, o si no sos casado y sos respetado, podés ser *shmaglee*. No importa la edad que tengas.

Aun siendo feranji, Ramiro poco a poco fue bien apreciado gracias a que los dillenses consideraban como sus principales virtudes a: ser varón, humilde, sencillo y de buen corazón; eso y otra cosa lo hizo merecedor de integrar el consejo.

En el consejo se dirimían los conflictos entre vecinos, parejas, amigos. También se organizaba el socorro de los necesitados. Se reunía dinero para, por ejemplo, comprar remedios, ayudar a reparar la casa de quiénes por sí mismos no podían hacerlo o cooperar con los estudios universitarios de aquellos a los que no les alcanzaba el salario para llegar a diplomarse, entre muchas otras acciones de este tipo.

Cuando los shmaglee impartían justicia buscaban el consenso al practicar *hrk* (se pronuncia *gerk*), es decir, conciliar personas enemistadas, antes que dictar una condena o castigo al modo tradicional de occidente. Para conseguir el acuerdo, la concordia, podían deliberar días enteros sin ninguna prisa (porque de lo contrario puede pasar que *yen tenkelekelechafesalechemech*¹) hasta llegar a una conclusión unánime, recién entonces la transmitían a todo el pueblo. Especialmente procuraban convencer a quién resultaba responsable de la falta.

Quizá esa haya sido la etapa más viva de todo el paso de Ramiro por Etiopía.

¿No entiende de qué se trata, doctor? Bueno, yo creo que, para llegar a ser shmaglee, no alcanzaba con todas esas fortalezas. Se necesitaba asimismo ocupar un lugar de prevalencia.

1 Fonéticamente *yen tenkelekelechafesalechemech* sería algo así como “el que se apura derrama el agua y tiene que juntarla”.

Por ese entonces en la vida del monasterio un acontecimiento imprevisto trajo cambios también inesperados. Alessandro, el sacerdote que estaba a cargo de la tesorería, enfermó, no gravemente, es cierto, aunque fue necesario que lo trasladasen a Italia para recibir mejores cuidados médicos. Así fue que Ramiro ocupó su lugar y al poco tiempo de hacerlo se empezó a destacar, no solo por las intensas reformas que introdujo a favor de optimizar los piadosos servicios que la congregación brindaba a todo el pueblo, sino también por los descubrimientos que hizo relacionados, justamente, con el uso del dinero que la cofradía debía destinar a su obra. Aquella enfermedad de Alessandro fue el principio del final del sacerdocio de Ramiro porque él desenmascaró las muchas maneras con las que se había defraudado a la fe. El manejo del dinero de la congregación estaba poblado de acciones imposibles de justificar. Pequeños y grandes sobrepuestos de materiales, combustibles y hasta alimentos cuya diferencia iba a parar a las manos de intermediarios comedidos y por supuesto aprovechados de la ingenuidad o desidia de los misioneros responsables. Diferencias que, acumuladas, hubieran alcanzado para aliviar muchos dolores y mejorar otros muchos sufrimientos que trae la pobreza. Ramiro desató tensiones que otros habían preferido mantener ocultas. Él las denunció y no obtuvo más que una mirada disimuladamente asombrada del cura jefe:

-La otra mejilla - adujo el mandamás parroquial.

Ramiro nunca saldría de la estupefacción, esa tolerancia de la hermandad le resultaba incomprensible.

Se rompió en él un sueño.

Reflexionó durante un tiempo en eso hasta que por fin se

decidió a abandonar los hábitos y los votos porque no era ese el Cristo al que él había jurado servir, el de él era el Cristo de la cruz y de toda la fuerza de su verdad.

En medio de aquellas tribulaciones (que se habían hecho públicas) fue invitado a formar parte del Consejo Shmaglee. Antes de la dimisión pasaron cosas que vale la pena conocer, porque ser shmaglee representó para él una profunda y acaso exótica enseñanza.

Apenas se integró al Consejo, Ramiro supo que aquellos sabios shmaglee se acercaban más a Cristo que algunos de los de su propia cofradía religiosa y que lo hacían más por sus acciones que por sus poses y rezos. También a medida que fue conociéndolos entendió por qué aquellos proclaman, no sin algo de solemnidad, que cuando un shmaglee reza o pide, Dios escucha.

Tarde de polvo y viento. Los shmaglee estaban reunidos a la intemperie (en Dilla la oposición exterior/interior es relativa), escuchaban a un hombre de unos cuarenta años llamado Kebab que había faltado el respeto a la familia de su esposa, Adey. Kebab se llevó enseres y propiedades que no le pertenecían sin el permiso de su familia política. Sin dejar de reconocer su falta, igualmente abogaba a su propio favor con múltiples argumentos: la dote insuficiente aportada al tiempo del casamiento, los hijos que habían llegado en un número superior al que él podía mantener por la excesiva fertilidad de Adey, incluso sobreabundaba en sus pretendidas consideraciones al aducir que de los hijos que había recibido eran más las mujeres que los varones y que eso lo complicaba más todavía; todo ello

entre otras varias excusas más. Por eso es que se negaba a pedir disculpas. Esas manifestaciones de Kead y, principalmente, su negativa habían motivado que durante varias semanas se reuniera con los shmaglee, ante quienes había concurrido voluntariamente. Ramiro y los demás miembros del consejo insistieron para que Kead reconociera en él mismo su propia generosidad que debía manifestarse no sólo en la aceptación de su error, sino también en la devolución de lo adeudado. Si lo hacía, repararía la ofensa y con eso Adey y la familia darían el perdón y él recuperaría el honor perdido.

Posiblemente a causa de su orgullo desmedido, decían los shmaglee, Kead no cedió.

Por fin, una mañana de cielo limpio y aire seco, el consejo dio por terminada la querrela. Kead se retiró como había llegado semanas atrás: intransigente. La familia de Adey aceptó, en cambio, olvidar la ofensa. Ya se dijo, no hubo castigo sentenciado alguno, nunca lo había. Toda Dilla supo el resultado y Kead fue mirado distinto, ya no se hablaría con respeto de él.

Para Ramiro -formado en una sociedad liberticida, alienada por la esperanza que viene en la mano de ciudades acordonadas por cárceles grises- aquella conducta de todo un pueblo, aquella necesidad de comprender y asumir el error propio y pensar el camino a la reparación desde la propia conducta -a pesar de la crueldad del ostracismo sobreviniente del “no” condenado- conseguía poner en duda sus propios valores, incluso aquellos estructurados en la penitencia. Él mismo, al participar de la discusión y el debate con el resto de los shmaglee, recibió más enseñanzas que los aportes que pudo haber brindado para resolver el caso.

2004. Diciembre. En la madrugada de ese día cuatro cebúes marchaban delante de un niño que iba arriándolos con una pequeña vara en su mano. La ruta que une Addis Ababa con Kenia estaba algo desierta. Giorgio y Ramiro discutían con la torre del campanario de fondo. Ramiro deseaba quedarse en Dilla; no había modo de conseguirlo porque Giorgio no aceptaba que Ramiro dejara los hábitos. Si lo hacía debería abandonar Etiopía de inmediato. Ya no pertenecería a la congregación y tendría que regresar a Argentina porque el permiso de trabajo y residencia pertenecía a los salesianos. Y la extorsión pareció surtir efecto en el ánimo de Ramiro porque la decisión se dilató por unos meses.

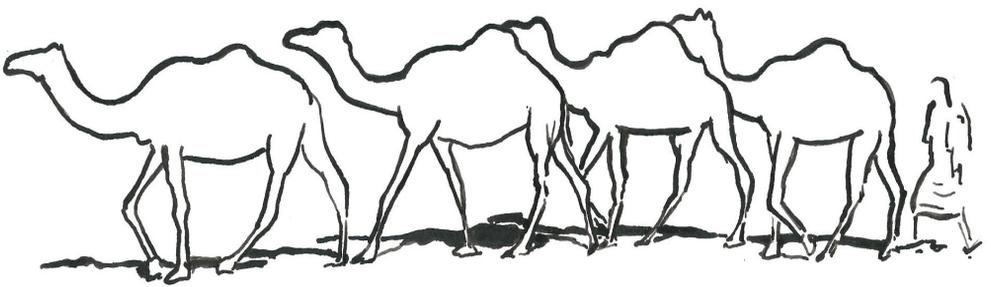
Finalmente, la certeza de que el intento de que las cosas cambiaran era inútil lo llevó a dejar atrás el campanario, la iglesia, el país, pero no la fe.

2005. Julio. Giorgio pidió discreción y él acordó con eso.

Ramiro apuró el sí de Dillawerk (que su madre aceptó protestando porque eso significaba que su hija se iría a vivir allá, en ese lejano sur de una Sudamérica casi desconocida). El matrimonio sería festejado por los hermanos (los de ella) porque -ya se contó-, según la tradición sólo después de que la hermana mayor se case entonces y sólo entonces ellos serían libres de hacerlo también.

Fue una ceremonia sencilla dirigida por Feleke en la que, atravesados por rituales de paso y liturgia católica, Ramiro, después de mucho tiempo, volvía a besar a una mujer.

Dillawerk y él volaron a Londres desde Nairobi y más tarde hacia Buenos Aires (Feleke, Andualem y los shmaglees reunieron el dinero para pagar los tickets) en *Brithish Airways*.



28)

¿Se da cuenta? ¿Cómo hacía yo para competir con un flaco así? A veces, en los momentos que Agus se reconcentraba y entraba en un mutismo casi absoluto, estoy seguro que estaría pensando en que le gustaría que yo fuese ese chabón, Ramiro.

A veces eso y capaz también lo demás, doctor, hace que una confusión total me empape hasta secarme; oxímoron perfecto que, cuando llega, llega por la noche y entonces esa noche será dolor... saberte muerta... ahogo del que no puedo escapar ¿a usted que le parece? ¿será la oscuridad la que me deja así, en la intemperie total?

El sol crepuscular se adivina por entre las grietas de la ventana del hospedaje de Carlos Kent. Salgo de la cama, busco su hombro desnudo reflejado en el espejo del baño y no lo encuentro. Pretendo sentir la suavidad de su pelo que roza mi mano; nada. Apoyo tres dedos en mi guitarra, pronuncio su nombre en voz alta; silencio. Entonces la veo: es su letra perfecta dibujada en el blanco de una hoja de papel y recuerdo la telenovela venezolana que mi vieja nunca se perdía.

“Te amo Negro, mucho. Estoy llorando porque sé que hasta acá llegamos. No quiero hijos porque creo que no estoy hecha para la maternidad, no quiero una casita, no quiero celos ni me gusta disimular. Menos que todo, no me cabió nunca que mi vida sea la confirmación de una herencia determinada antes de que naciera. Lo lamento, no soy la prolongación de mi vieja ni menos la de mi viejo y tampoco la mujer soñada por el tuyo para su hijo. Después de todo, te dije ayer, ¿y si hubiera pasado algo con Maidana, qué... qué mierda importa?, es cosa mía. Ojalá algún día entiendas y me perdones por irme así. Te quiero, te deseo... No soporto más estar quieta como estoy”.

Agustina

¿Sabe qué hice doctor? Tomé la última combi que me llevaba hasta Luján. Desde ahí regresé a Buenos Aires en el 57.

No estoy enojado, furioso o desesperado. Eso sí, me abriga un frío en todo el cuerpo que no se me va ni siquiera al entrar en mi casa. Ella en mi cabeza, me trae los acordes de Kevin Johansen.

5

Días de Minga

29)

Cuando vio el estropicio en mi cuarto, Gustavo Favalessa me dijo que yo era un forro total. Un pelotudo al cubo. Me preguntó por qué lo hice si ella no era más que una concheta consentida a la que le gustaba el garche por encima de cualquier otra cosa y que justamente por eso le daba por experimentar. Cualquiera, me dijo, para rápidamente afirmar que no era ni copada ni tampoco una diosa tal yo lo pretendía y que incluso en poco tiempo se pondría gorda. Que yo debería mirar a la madre para saber lo que me esperaba. Que qué era eso de no querer hijos, ¿había en el mundo una mujer que no los quisiera?

A lo mejor él tuviera razón.

Lo hecho, hecho estaba: mi guitarra rota en mil pedazos. La caja partida en tres. Las cuerdas cortadas y las clavijas, a las que pisé con toda la furia, apelonadas en el vértice que formaba el zócalo y la puerta que por eso no cerraba. Lo miré y le conté cómo lo hice: quebré la caja de Agustina contra el respaldo de la cama, corté las cuerdas con una tijera y con una patada seca hice

estallar el mástil y también el puente. Fue mi furia la que decidió que así conseguiría que ella no vibrara nunca más para nadie. Y que eso era definitivo.

El Negro había ido acompañado por Paula, el flaco Tealdi, Delfi, Soledad Dezzotti, Juani y Favalessa. Fue entonces cuando, después de un tiempo, volvió a encontrarla. Era el juicio en el que se investigaba la desaparición del Gringo y Ana María, los padres de Ramiro, a quien conoció también en esa oportunidad -Agustina se lo presentó en la vereda, bajo el típico cielo plomizo que de tanto en tanto se adueña de Buenos Aires y sus alrededores-. Además de ella, con Ramiro estaban, Rose-lla, Luis Mattini, las Madres y las Abuelas de Plaza de Mayo, H.I.J.O.S., familiares y otros representantes de organismos de derechos humanos; el Negro Altamirano se ocupó de saludar a todos, con una escrupulosidad desconocida en él.

Un poco alejado y sin nunca llegar a juntarse con aquellos -nunca con la Pando y sus seguidores-, estaba Maidana. Se supo: él había ido por los otros, los que torturaron, desaparecieron, mataron.

Cuando el Negro se lo dijo, Agustina respondió que Maidana no aprobaba ninguno de aquellos crímenes y que estaba ahí porque uno de los represores al que juzgaban también había estado en Malvinas:

-¿Y eso en qué cambia las cosas? - preguntó el Negro.

-No sé, no lo tengo claro, sigo pensando lo mismo que cuando lo conocí, ¿entendés?

-No.

-Que Maidana esté acá para acompañar a un camarada de

guerra, aun en el caso de que él no apruebe lo que hizo antes de ir a Malvinas ese tremendo hijo de puta que está sentado en el banquillo, habla de ciertas lealtades que son inevitables. Al menos eso fue lo que Maidana me explicó.

Estaban en un bar cercano al edificio de tribunales de San Martín, esperaban que anunciaran el inicio de la audiencia judicial. Ella había aceptado sentarse con él. Sus rodillas se tocaron por debajo de la mesa, apenas un roce. Agustina, todo su cuerpo, su voz, sus manos eran un manojo de frío. Pero sus ojos lo llenaron de dudas, ¿había en ellos algo que revelara que todavía pensaba en él?

-Escuchame por favor, Negro, hace unos días conocí un chabón, estudiante de Antropología como vos, solo que él estudia en Córdoba, se llama Mariano Pussetto, me cayó bien, un copado; estaba de paso por Buenos Aires. Nada, anduvimos por ahí, charlamos de todo un poco, la cosa es que antes de separarnos me regaló este cuento que escribió, “La espalda en tu espalda”; se refiere a quienes combatieron en las Malvinas. Escuchá:

“...Gracias, señoras y señores, me gustaría retribuir tanta gentileza con ternura y civilidad; desgraciadamente ustedes estarán siempre allí y eso es acantilado a pique -Julio Cortázar [La protección inútil]. Último Round. Volvió de las llamas, que desataron los que se apropiaron de esas tierras, donde aún reclaman libertad. Encontró en su búsqueda interior los recuerdos de los días de guerra. En esos meses vividos quedaron los pocos años de

infancia que ya no tienen lugar en esta absurda y desarraigada bienvenida. Su intento por aferrarse a quienes hoy lo festejan es el primer premio a la soledad, a tú soledad. El reflejo del espejo paradójicamente ya no refleja. Qué dice este retrato de adolescente-adulto, que atropelló su juventud para ser parado en un pedestal por un instante y quedar esclavo de una medalla en su uniforme. Un escalón eterno lo separa del mundo de consumo social. El escándalo que sería verte de pie en tu alma. Que tu reflejo sea siempre tu espalda. Que tu mente siga en el olvido. Que esas tierras te encarcelen para siempre. ... Ya no quedan miradas que recuerden lo perdido en la llanura de las almas abandonadas, sólo brazos de rostros partidos dibujan con palabras el infierno..”

Terminó de leer, fijó sus ojos en los del Negro que permaneció callado, principalmente porque no digería que ella lo desafiara, a cuento de nada, con que ese flaco le caía bien; también porque no entendía -a lo mejor no quería entender- el significado de aquellas palabras escritas por Mariano Pussetto, mejor dicho, como si no las asociara a Maidana. Sostuvo el silencio sin escapar de su mirada, incluso puso algo de dureza en la de él. Entonces, igual que si estuviera por ejecutar un loop de contrabajo, ella agarró su mano. El Negro se estremeció al sentir aquella piel entre sus dedos.

Apenas audible, el traqueteo lejano de un tren llegando a la estación acosó, sin embargo, al aire del bar.

-Negro, ¿no te conmueve saber que para Maidana y para tantos que están en la misma, la vida es un infierno de olvido y mentiras?

La solté porque presentí que el frío de su ser era sólo para mí. Entretanto un odio espeso me ganaba como tantas veces antes. Entendí que su mano en la mía había sido la de una piadosa en la de un leproso. Entonces me pareció sentir algo así..., el llamado a la aceptación de la fatalidad que llegaba traída en aquella excusa pretendidamente perfecta con la que Agustina reivindicaba sus acciones. Heroína de la mierda, se notaba, ella anhelaba el jubileo de mi amnistía.

Rosella, oportunamente inoportuna, se acercó. Detrás de ella asomó Luis Mattini que lo miró un momento y siguió de largo hasta sentarse en la mesa en la que, entre varios, estaba Ramiro.

Rosella en cambio se quedó con ellos dos. Empezaron a hablar entre ellas de algo a lo que el Negro no puso atención porque prefirió observar qué hacía Maidana.

Allá estaba, solo. Lugar común: removía con la cucharita el fondo del pocillo. No levantaba la vista. Llevaba puesta su clásica gabardina marrón.

Primero los ruidos, enseguida la gente, todo lo que había en aquel bar fue dispersándose hasta quedar difuminado a sus sentidos. Metido en un sueño, el Negro fue retrocediendo los días, sentía que podía hacerlo uno por uno hasta llegar al que Maidana se presentó en su departamento por primera vez, pocos días después de la muerte de su padre, entonces llevaba puesta esa misma gabardina marrón. En aquel entonces su

sola presencia, incluso las razones que le dio para explicar qué hacía él ahí, en su casa, le habían dado la idea de protección que el Negro había creído perdida para siempre. Porque con la muerte de su padre, mandato mediante, él quedaba a cargo de todo, de su propia vida, la de su madre y hermanas. Regla de parentesco ineludible, más allá de las pretensiones de independencia o igualdad que, para el Negro, habían pasado a ser pura anécdota.

La muerte de mi padre me hizo comprender que hay un orden irrompible que continúa y da a cada cosa un lugar. Y Maidana representaba todo eso, ayudaba a que esos muchos pensamientos que me habían invadido y atormentado poblando de obligaciones a mis veinticinco años encontraran un bálsamo, una especie de caridad milagrosa para conmigo, perfectamente preparado por mi viejo por si las moscas..., y las moscas estaban ahí. Mi viejo era el milagro, no Maidana, mi viejo que se hacía presente para ayudarme, por ejemplo, a entender -y superar- esa putada que sentí aquella vez al mirar el torso desnudo de ese tenista que no voy a nombrar; exasperada fantasía que fracasó en su intento y que gracias a la fortaleza llegada a caballo de la memoria de mi padre tuvo otro destino: asegurar mi definitiva masculinidad heterosexual. Las cosas que me pasaron pasaron a una velocidad increíble (la aceleración de la historia no es patrimonio exclusivo de los colectivos, de las sociedades o la tecnología, sino que vale también para los individuos), por eso todavía siento que en alguna parte mi viejo me espera, no sé, ¿con el asadito listo, el domingo que viene? Me hablará de mujeres y también me preguntará cómo me va en la facultad. Curioso, por lo contrario, el tiempo

que estuve con Agus siempre corre lento, quizá porque ella fue avara para mostrar que estaba dispuesta a ser sólo para mí. Mía y de nadie más. Una vez le pregunté si yo era el tipo que mejor la había garchado y no me respondió, la muy puta apenas puso una sonrisa en su boca antes de besarme. Lo cierto es que poco a poco volví -bueno, eso creo-, abandoné ciertas nociones a las que había adherido sólo para conciliar con un estúpido prurito progre.

Estoy anclado a vidas anteriores, ¿sabe una cosa?, pienso que está bien, volví a las ideas de las que nunca debí alejarme; no soy el único porque la mayoría de los varones saben que deberíamos estarnos quietos, inmovilizados allá, en el tiempo en que los putos eran putos, los hombres, hombres y las mujeres, mujeres. Lo decía mi viejo, que los invertidos y las tortilleras hagan la suya, sin mezclarse.

Más que por todo eso Maidana me defraudó, ¡qué chabón mala leche!, al aprovecharse de mi ingenuidad. Lo supe -¡no reaccioné!- la primera vez que se miraron Agus y él; yo pude apreciar lo que habitaba en aquellas miradas. Promesa callada. Compromiso de futuros encuentros que entonces no necesitaron de palabra alguna que lo confirmara.

Hoy me pregunto, doctor, por qué preferí ignorar lo que había sido evidente en ese, el primer encuentro entre ellos. Cómo fue posible que no adivinara lo que vendría, no digo que hubiera podido resistirme inmediatamente, sin embargo, a poco de andar debería haberlo rechazado, ¿no? Cómo fue que se me escapó que estaba frente a un perverso sin código.



30)

Treinta y tantas horas después de su muerte, la policía encontró el cuerpo de Agustina Arrieta. Estaba entre el muelle de pescadores y el campo de golf, frente al aeroparque Jorge Newbery. Oculto, sí, pero sin demasiado esmero. La carne atravesada por el viento entre juncos altos salpicados de aceites y bruma helada. Ese cuerpo huele insectos acercándose, también al barro inmundo que lo abraza de a poco. Impresionismo hecho de nylon, botellas plásticas, retazos de papel higiénico y algodones viejos.

¿Sabe, doctor?, a veces, en noches de insomnio, Agus viene para contarme lo que sintió en seguida de morir, ¿no? Incluso creo que tal vez pudo haber tenido ganas de contarle a los forenses que el orificio de entrada, justo a la altura del corazón, era un señuelo destinado a esconder que en verdad la habían asfixiado con un emblemático pañuelo verde.

*

Los fantasmas, habitantes de aquel antiguo bar, actuaron

para él y de a poco fueron despabilándolo. El mundo palpable recuperó la forma, los sonidos, los olores. Agustina y Rosella seguían hablando entre ellas; el Negro, sin avisarles se puso de pie y fue hasta el baño. Al volver, Mattini lo retuvo tomándolo del brazo y le hizo una seña para que esperara. Mattini siguió sentado, esperaba que Ramiro terminara de hablar:

-Es así, aunque algunos se empecinen en negarlo. Lo más reprochable de la sociedad que consintió la dictadura no fue el silencio cómplice de aquellos años, sino que después de 1983 tolerara -a pesar del vigor de Alfonsín- que durante veinte años los criminales y torturadores caminaran libres por las calles del país. Y menos todavía que aún hoy insistan con el olvido y con que la demanda de memoria, justicia y verdad sea puro revanchismo.

Norita, ese emblema de la Madres de la Plaza, sonrió antes de mandarle un beso soplado en la palma de su mano.

La bocina de otro tren que se alejaba de la estación resonó por última vez. Luis Mattini dejó la silla y sin decir una palabra llevó al Negro hasta el codo de la barra.

-¿Alguna vez te dije -empezó su diálogo mirándolo fijo como si quisiera anticipar que serían pocas palabras que para él dirían mucho- que no había que pensar en la revolución que nosotros quisimos hacer? ¿Te acordás?

-Sí, claro.

-¿Estás de acuerdo con eso?

-Sí -respondió el Negro sosteniendo su mirada-. Lo pensé durante un tiempo y llegué a una conclusión: es verdad que nosotros tenemos que resignificar sus luchas... y encontrar cuáles son las nuestras, ahora, en el siglo XXI.

-Bueno, me alegra que compartas la idea... ¿Te puedo contar algo que no tiene que ver con la política y sí con vos?

-Sí, dale.

-Esa piba, Agustina, más allá de su partidismo, con su manera de ver las cosas intenta cambiar el mundo, el de hoy heredado de ayer y es una pena que vos te la pierdas... no a ella, sí a su perspectiva. Perdonáme por meterme, eh, sentí la necesidad de decírtelo, ya sabés, a lo mejor sean cosas de un viejo.

No supo por qué, el asunto es que sobrevino en el Negro una necesidad de confesión irrefrenable -a lo mejor fuera porque era eso o ponerse a llorar-, la cuestión es que de inmediato dijo:

-No me quedan ganas para discurrir acerca del mundo que pretende hacer porque entre ella y yo se abrió un tajo imposible de cerrar... entonces no hay modo de recuperar nada de lo que fue...

-No soy nadie para decirte qué o cómo.

Mattini dio media vuelta, volvió a su mesa dejándolo ahí, desarmado en su orgullo. Lo primero que se le vino a la cabeza fue una pregunta: ¿Quién hizo la música, para qué y para quién?

¿Sabe, doctor?, usted va a decir que estoy loco..., ja ja ja..., qué ironía, ¿no?; es verdad que a veces, por las noches, es el cuerpo de Agus el que viene y me cuenta cosas.

Aquel bar semejaba a un espacio de ficción, ni siquiera el estar acomodados entre los del propio grupo evitaba que cada uno de los que estaban ahí lucieran descolocados al compartir el mismo espacio con los del otro furiosamente antagonista.

Metáfora de una historia irresuelta que despertaba solidaridades pasadas sin las cuales el presente se volvía incomprensible, sí, aquel era un día de minga distinto a todos y parecido a otros parecidos.

El Negro se había quedado en la barra. Especie de panóptico singular le permitía seguir la escena completa. Un poco alejados, cerca de la puerta, los de su agrupación discutían con tres pibes de H.I.J.O.S. sobre algo que él podía adivinar; no retuvo su curiosidad porque al girar las observó.

Ellas seguían en la misma mesa. Rossella humedeció los labios a la vez que hablaba; para el Negro ese gesto era el de una descarada que destilaba deseo de posesión. Muy diferente al de Agustina, que -siempre según la mirada del Negro- se mostraba recatada, contradiciendo así la imagen libertaria que de ella había querido darle Mattini un rato antes.

El Negro, de inmediato, pensó en el closet del que la familia Arrieta no se animaba a salir o no quería hacerlo. Y se convenció de esa escasa influencia de los padres que, por tan apegados a ciertos estilos de anacrónico y pequeño burgués autoritarismo, no sólo no consiguieron adecentar a Agustina sino que ni siquiera se podían figurar la vida que habían legado a su hija. Enseguida recordó la vez que le habló acerca del verdadero significado de las máscaras y sonrío para sí mismo.

La voz de Ramiro, algo elevada por sobre la de los demás de aquella otra mesa, lo saca del arrobamiento:

-FM La Tusca -Anuncia Ramiro y su cara fosforece - nuestra radio, nos ayuda a promover la organización popular para hacer frente a los problemas del conjunto, a generar un proceso contracultural que afirme la idea de mantener la unidad y la

solidaridad de clase, ¡ojo! El punto no es la resistencia, sino la ofensiva que pueda debilitar la lógica del individualismo.

Al Negro la arenga del ex cura le provocó cierta admiración y algo de desprecio, porque no pudo menos que discutir con el empleo de aquella palabra justo en ese escenario: “proceso”. Se preguntó si lo habría notado Mattini, ese titán sitiado por el añoso halo de la derrota, que se animaba a darle lecciones sobre qué hacer o a qué cosa debía darle importancia. ¿Sería capaz de reconsiderar sus acciones y la parte de su responsabilidad en la herencia que dejaron? Por qué, si varias veces habló con Mattini no se lo preguntó; el Negro se dice que no lo hizo porque no quería actuar como ellos: andar todo el tiempo bajando línea.

Inclinó la cabeza, giró y miró hacia donde estaba el otro, entonces empezó por preguntarse si, de estar vivo, su viejo hubiera compartido la mesa junto a Maidana. Y la respuesta llegó a borbotones: sí, por supuesto.

Dejó la banqueta y fue hacia allá. Sin saludar casi, se sentó. Maidana no se había movido; también respondió el saludo mascullando breve:

-Hola, Daniel.

-No esperaba encontrarte por acá, Maidana.

-Por qué.

-Pensé que no tenías nada que ver con ellos.

-Y no tengo.

-Estás acá.

El camarero se acercó porque el Negro le hizo una seña; pidió otro café.

El bullicio de voces, de tanto en tanto, desataba breves espa-

cios en blanco, lapsos en los que todo parecía mutar mientras la música escapada desde los parlantes acompañaba la pausa. Si se lo hubieran consultado, el Negro habría admitido que le sorprendió descubrir a Robert Cray que al interpretar “I can’t fail” conseguía envolver todo ese ambiente. Y aunque nadie lo hizo, él sintió que el peso de su presencia, tan estética como inquisitiva, lo obligaba:

-Maidana, hace un tiempo fui hasta tu casa solo, es decir, a propósito fui sin Agustina. Quería hablar de eso... no me dejaste.

-No entiendo.

-¿Ah no?... dale, sabés bien a qué me refiero.

Puso cara de asombro, como si de verdad no entendiera; para el Negro era evidente, el ex combatiente se hacía el boludo.

-Oíme, Daniel -dijo Maidana levantando apenas la voz-, no sé qué bicho te picó... no me metas en cosas raras o en tus ocurrencias; la memoria de tu viejo merece más de vos así que, dejate de joder, pibe, que el horno no está para bollos.

Era elemental que lo estaba apurando. El Negro empezó a sentir una furia que se precipitaba dentro de él.

Cuatro o cinco personas pasaron a su lado distrayéndolos. Entonces la conversación cambió de repente y el Negro retomó, ya muy fastidiado, la primera inquietud que lo acercara hasta esa mesa:

-¿Para qué viniste?

-Hoy condenan a un amigo y vine a acompañarlo.

-El juicio recién empieza.

-Por eso...

Hizo silencio. El Negro retuvo la inquietud quizá demasiado

respetuoso de su propia pausa. Esperó un poco más hasta que por fin preguntó:

-¿Qué?

-... nado allá, sería diferente.

Su vieja costumbre regresaba tal si se tratara de un acto premeditado. Esa vez el Negro pudo adivinar:

-¿En qué cambiaba ganar?

Ni siquiera lo miró, su monólogo continuaba:

-...vidaron y más aún, niegan los valores que obligan a la indulgencia a pesar del pasado, por duro que éste sea.

Levantó la mirada y se quedó, por un instante, fijo en el cielo raso queriendo evadirse del mundo. Después reparó otra vez que el hijo de su ex camarada estaba ahí:

-¿Cuáles? - preguntó el Negro.

Entonces la ironía fue completa. Abarcativa de todo el universo que formaba parte de las creencias del Negro Daniel Altamirano. Esa ironía vino a confirmar todas las dudas y a ratificar su desgracia:

-Sos muy pibe, mirate la barba...

Y vino lo malo porque de pronto, Maidana empezó a reírse (nunca lo había visto reírse, ni así ni tampoco de ninguna otra manera), al principio casi disimuladamente; su risa fue creciendo hasta que la carcajada hizo que algunos volvieran sus ojos hacia ellos. En ese preciso momento el Negro sintió que una especie de aspa afilada se revolvía en su estómago; segundos atómicos comenzaban a trepar por su pecho, hombros, brazos. Entonces, al girar la cabeza hacia atrás, la vio: Agustina, su Agus estaba ahí, sonriendo desde su mesa, sus ojos estaban clavados en la boca batiente de Maidana. Y fue peor el calor.

En aquel segundo de rabia inconmensurable el Negro primero pensó “Ojo por”... y después entendió todo; lo malo no fue eso sino que también anticipó lo que venía y no hizo nada por evitarlo.

Nada.

No recuerda cómo ni de qué modo, lo cierto es que cuando volvió a prestar atención a su entorno estaba de pie, lo rodeaban el flaco Tealdi, Soledad y Delfina. Juani aprisionaba con sus manos sus brazos. La mesa caída, una silla también, los pocillos de café: añicos esparcidos por el piso mugroso de pasos y humedad. Voces. Gritos. Mattini se interponía entre Maidana y el Negro. Más allá la Pando gritaba, desaforada.

Sabe, doctor, algo da vueltas por mi cabeza, un dilema que no puedo resolver. Cómo asimilar, cómo situarme. Se trata del entremedio, ese indomable y fatal intersticio en el cual entre una manera de ser y otra, una luz de diferencia marca la diferencia. La falla o muesca entre la vida vivida y la vida imaginada -o acaso legada-, ese espacio que separa lo que es de lo que uno cree que es.

Solamente en la música, a veces, encuentro la sutura entre el mundo de afuera y mi yo íntimo, ese que ni siquiera yo puedo escuchar.

¿No se anima a darme, aunque más no sea, un opiáceo leve, doc?, estoy seguro que en la mansa sabiduría del opio anida la respuesta.

Aquella tarde nublada, después de la audiencia, Agustina y él pudieron despegarse de todo el grupo. Regresaron juntos

hasta su casa. Ella se decía conmovida por lo que, afirmaba, había sido su discusión con Maidana. También por la forma con la que lo había visto lanzarse hacia él hasta golpearlo con todo el cuerpo, consiguiendo que Maidana cayera. Agustina no supo que justo antes el Negro había pensado en la ley del Talión: “Ojo por ojo, diente por diente, vida por vida, mano por mano, brazo por brazo, herida por herida, quemadura por quemadura, golpe por golpe”. También le dijo que le había impresionado la agilidad de Maidana que se había levantado de un salto hasta que un tumulto de brazos, piernas y cabezas había obstaculizado toda su visión.

El Negro había permanecido callado durante el viaje; luego de un rato de hablar, ella también calló.

Y en ese espacio de tiempo silencioso hubo imágenes que poblaron la mente del Negro, como si no hubiese estado ahí, sentado en un vagón semivacío que los llevaba hacia la ciudad de Buenos Aires. Parecía que en su cabeza hubiera un desplazamiento o desacople entre el mundo de los sentidos exteriores y su propia interioridad. Agustina lo llevaba de su mano y él permanecía congelado en una película -cámara lenta-: veía a Rosella al despedirse en la puerta del juzgado de frente a él, abrazándola a ella que le daba su espalda. Similar al abrazo en la película de Kim KI-Duck, *Hierro 3*, en la que la protagonista susurra a su amante “Te amo” sin que el viejo (su esposo) pueda verla o escucharla.

El Negro sintió que el viejo era él, Rosella el amante y Agustina era ella, la que amaba. Rosella también era Ramiro, Mattini, Maidana, aquel mundo tremendo y ya demasiado ajeno para él que, renombraba a Agustina, llamándola Lola.

Ese mundo del que él estaba convencido que había sido expulsado o en el que sencillamente no era más que una parte de la escenografía de un malagradecido teatro en el que los demás jugaban su juego. Y en ese juego las figuras se confundían unas con otras y los hechos y las palabras y los sentimientos.

Al regresar de su evasión, ella estaba diciéndole algo acerca del testimonio que Luis Mattini había dado en el juicio y que Ramiro comentara después:

-Tiene razón, porque no se puede admitir cómo pudieron pasar las cosas que pasaron durante los años de la dictadura y que la gente común, esa a la que pomposamente llamamos pueblo, sabedora de todo, se quedara muda frente a tanta crueldad, eso es algo que me llena de rabia.

El Negro no atinaba a responder porque todavía la esclusa de su espacio interior no se había abierto del todo; ella continuó monologando:

-Esa rabia también tiene que ver con mi propia vida, o mejor dicho con este linaje heredado. ¿Será que en mi genealogía de clase habita una huella imborrable, la de quienes consintieron toda aquella atrocidad, incluida la de Malvinas?

Las puertas del vagón se abrieron. Ella concluyó:

-Cosa extraña este mundo, Negro, tanta maldad pretendidamente explicada por el contexto en el que las cosas pasan, ¿no?

Y si bien esas palabras -alguna vez tan queridas y familiares para él- habían perdido toda significación, el recuerdo que venía montado en el susurro de su voz consiguió erotizarlo tanto como su olor.

Atardecía Buenos Aires.

En las calles de la ciudad la jornada procuraba empezar a cerrarse. Gente apurada por alcanzar el ómnibus que intentaba escapar. Persianas metálicas que chirriaban al clausurar vidrieras. Autos acelerando para no perder la onda verde de los semáforos. En esa geografía ultra urbana caminaban Agustina y él. A veces abrazados, otras de la mano. Los dos sabían que se aproximaban a la despedida que no habían tenido y que, sin duda, se merecían. Antes de entrar en el edificio de su casa, con un pretexto cualquiera el Negro fue a ver si la Quantum de Gustavo estaba en el garage. Favalessa dejaba un juego de llaves en el departamento del Negro por las dudas perdiera las propias. Recién subieron al comprobar que efectivamente el auto estaba ahí.

Igual a tantas otras, empezaron a besarse en el ascensor.

Cosa extraña, a lo mejor usted pueda explicármelo, doctor... ¿Por qué será que los que se despiden, sabiéndolo, garchan tal si quisieran quedar para siempre aferrados a ese último instante en el que van a estar juntos?

Desnudos. Abrazados. Apaciguados. Ella me pide que cante algo en su oreja. Y yo me mando con lo primero que se me viene a la cabeza, como si fuera de propósito premonición:

-“Quiero atrapar el sol/en una pared desierta/ me siento tan libre que/hasta me ahoga esa idea/me hace mal la realidad...”

-¿De quién es, Negro?

-Pastoral -respondo, y continúo como si la pausa se hubiera comido sólo una corchea- “Quiero descolgar al sol /chapalea entre las hojas/estirar mi soledad/correr entre los pasillos/y buscar la realidad/de que el perro no sea perro/ y nada más/Encierro

real/claustro de barro/solo sombras/sombras.”

-Pará, es muy triste eso que cantás, Negro.

Yo sigo porque escucho sólo mi voz que impostada disimula el gemido al densificar las vocales:

-“Porque supe al despertar/que mis sueños eran ciertos/y mi propia realidad/ superó la fantasía/de ser vos la fuerza que/ de la nada hizo vida/ y me la dio / por qué me dejan pensar/ en toda esa gente humana/y después para jugar/hasta me atan a mi cama/Puedo ver la realidad...”

Nada dijimos cuando terminé de cantar.

Agus se da vuelta, ¿llora? ¿intuye lo que viene?

Dormía Buenos Aires. Ella también. Acaso apacible, acaso entregada. Él no.

Afuera, viento. Daniel el Negro Altamirano permanecía quieto, los ojos inevitablemente abiertos; esperaba el momento adecuado.

Por fin, a la hora que Buenos Aires habla sin que nadie la escuche, salió de la cama sin hacer ruido.

Busco en su bolso el pañuelo de la rebeldía feminista, en este caso: verde. Estirada en la cama boca arriba. Quito el edredón y las sábanas que la recubren. La magnificencia de su desnudez me desafía. No es Agustina. No. Es cualquiera. La de todos. La de todas. La de ella misma. Mismidad inabordable para mí. Entonces voy, estiro el pañuelo por los extremos, lo apoyo suavemente en su cuello largo. Me monto a horcajadas a la altura de su vientre. Levanto su cabeza apenas. Rodeo el cuello con el pañuelo y empiezo a comprimir.

Nunca abrió sus ojos.

Nunca estuve fuera de control.

Nunca la oí gritar su muerte.

No la dejé.

No lo hubiera soportado.

Luego busqué la pistola Glock 17 de 9 mm, herencia de mi viejo, y según él me explicara puse la almohada entre su pecho y el caño para apagar todo ruido. Percuto una vez.

Conduzco la Quantum de Gustavo a pesar del zumbido que se aloja en mi cabeza, a pesar del ardor que siento en mis brazos bajo las marcas que han dejado las manos de Agustina, uñas de la resistencia. Confirмо la impresión de que a esa hora (4,30-5,00 de la madrugada aproximadamente) la Ciudad Autónoma de Buenos Aires es un desierto interminable. Incluso su luz, siempre brillante, parece haber mudado para mí en una opacidad tan antigua y triste como vindicativa.

Yo agradezco a mi abogado que haya conseguido de los jueces esta internación. Que me crean demente... porque un femicida si en realidad está loco, niega el valor del femicidio, llegado de la mano de una posmodernidad de la que esos mismos jueces desean renegar.

¿Entiende doctor?

¿No?

Oblacioné con su muerte porque su sacrificio fue la expiación de mi culpa, la de haberme enamorado de una mujer como ella. Ofrendarla me ayudó también a salir del pecado de no haber entendido desde el principio a mi viejo.

Por eso no basta con la muerte porque se necesita, además,

hacer su relato. Hacer público lo que pasa cuando se interfiere con el orden ancestral, ese que mi padre intentó inculcar.

Por último, tener testigos de mi vida es necesario para que todos sepan que éste, mi encierro, es mi don, igual que el de ella es su muerte. O sea, doctor, es el sacrificio que hemos realizado, ella y yo, en nombre y homenaje a lo que nos legaron nuestros padres, el suyo y el mío.

La presente edición de *Legados*, de Horacio Esber, se terminó de imprimir en septiembre de 2016 en AMERIANGRAF, Uruguay 1371, Buenos

Aires, Argentina.

Tel: (011) 4815-6031 / 0448.

E-mail: info@ameriangraf.com.ar

www.ameriangraf.com.ar



Legados es el segundo título de una colección que se publica de manera conjunta en papel y en formato digital a través del sitio Literaria Pandora.

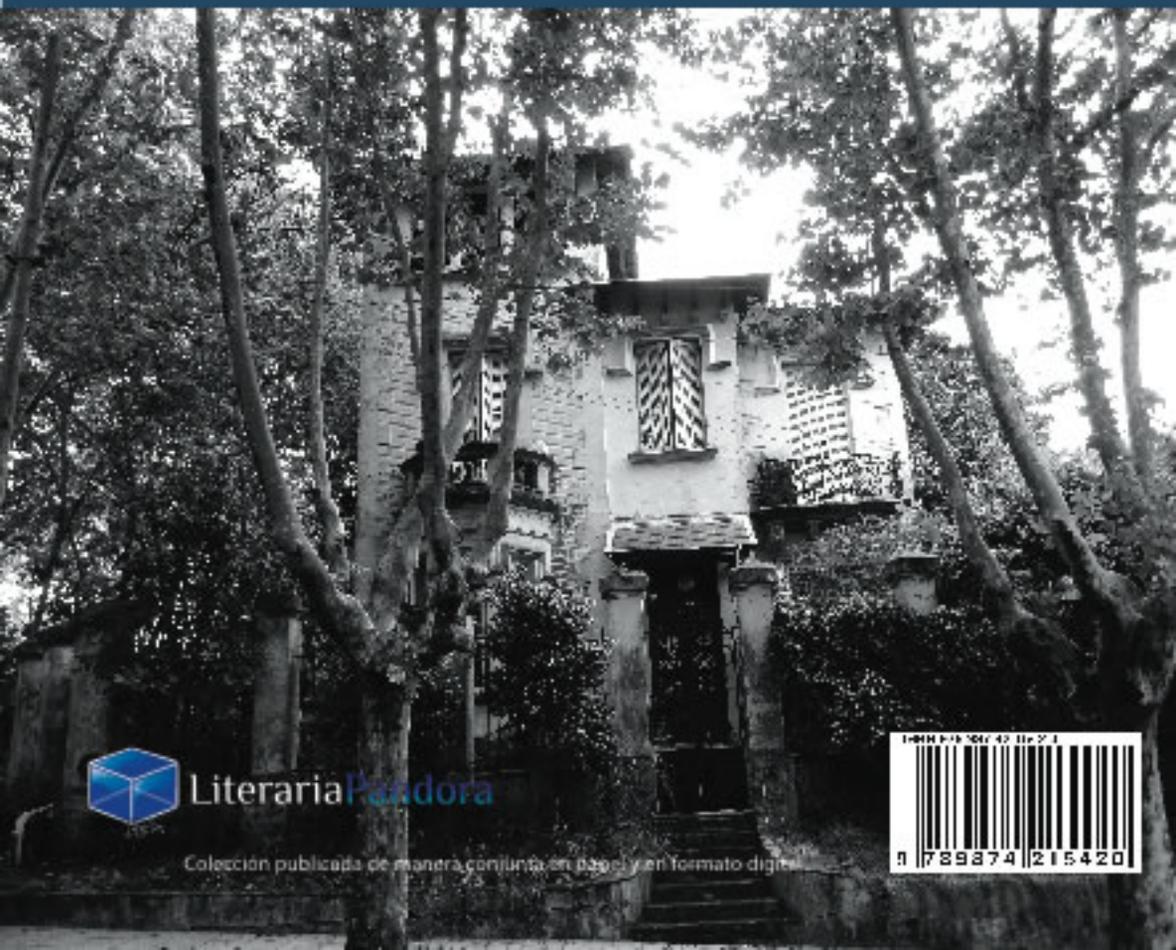
Actualmente este sitio se encuentra en construcción, por lo tanto la novela que acá presentamos puede ser descargada gratuitamente desde www.horacioesber.com.ar.

El autor autoriza que la obra sea reproducida o publicada por cualquier medio, citando la fuente o el autor, y siempre que no resulten alterados de ninguna manera la letra y el espíritu del texto.

Una novela sobre un tiempo que nos parecería lejano, sobre los viajes, las marchas, los cafés de esquina. Las casas casi abandonadas, el amor a los libros, los recuerdos de una guerra. Sobre todo del recuerdo y de cómo nos hacemos cargo de las herencias que nos pesan y persiguen. Las palabras que constituyen nuestro imaginario y las relaciones que establecemos a partir de ellas. *Legados* es la historia no sólo de una chica y un chico militantes y el amor que surge entre ellos, sino también de la gravedad que ejerce la manera en que fuimos educados; de cómo introyectamos un lenguaje que llega a estar tan dentro nuestro que ni una canción, ni el vagabundeo por las tierras más eriazas y distantes nos pueden lavar del destino de vernos aplastados por su fuerza invisible.

Diego Alfaro Palma

Poeta, Premio Municipal de Santiago (Chile) 2015



Literaria Pandora

Colección publicada de manera conjunta en papel y en formato digital

